

M. M. VAUSSARD

E l
C a r m e l o



PRIMERA EDICIÓN

M A D R I D
Ediciones Literarias
Ferraz, 21



M. M. SAUNDERS

EL
CARMELO

EL CARMELO



M-M. VAUSSARD

EL
CARMELO

TRADUCCION DE
CARMEN PAYÁ



PRIMERA EDICION

MADRID
Ediciones Literarias
Ferraz, 21

M. M. VAUSSARD

EL
CARMELO

TRADUCCION DE

ARMEN PAVAY

Copyright by.
Ediciones Literarias
Madrid, 1931



INDUSTRIAL GRAFICA

MADRID

INDUSTRIAL GRAFICA

«La locura en Dios, aventaja
a la sabiduría en los hombres ;
y lo que parece debilidad en Dios
aventaja a la fortaleza de
los hombres.»

(Cor, I, 25.)

«Más hace, el que más ama.»

(Imit. L. I. XV, 2.)

PRIMERA PARTE

LOS ORIGENES DEL CARMELO

DEL MONTE CARMELO A LA CIUDAD DE AVILA EN CASTILLA

En los confines de la Galilea y de la Samaria, separando la llanura de Esdrelón de la de Sarón, las pendientes del Carmelo dominan, con su línea sobria y neta, la deliciosa ribera mediterránea.

En el horizonte, hacia el Jordán, emerge el Tabor, y alrededor de los dos grandes testigos: Nazareth, Caná, Tiberiades, Bethsaida, Cafarnaum, Corozain... Aquí, la cadena está soldada, entre la antigua ley, y la nueva palabra...

¡El Carmelo! ¡Montaña santa del Antiguo Testamento, de donde desciende aún la gracia sobre el mundo!... En sus bosques, que antiguamente la cubrían, es donde Elías, profeta del Señor, y su discípulo Eliseo, fueron a buscar la soledad y el recogimiento, para mejor penetrar los designios de Dios, y a iniciar la ruta, que desde entonces, ha sido seguida por millares de continuadores.

«Esta vida—dicen las Constituciones de los Carmelitas—compuesta del amor de Dios y del prójimo, fué instituída por nuestros santos padres Elías y Eliseo ; ellos trazaron las reglas, no con la pluma, sino con el ejemplo ; y de este modo, es como ellos transmitieron la observancia a sus sucesores.»

Y he aquí que a la súplica de Elías, los muertos resucitan ; el cielo, cerrado desde hacía tres años, concede la lluvia, al fin, a la tierra desecada, y revela, en la nube salvadora la promesa de que la Virgen concebirá... Cubierto el rostro con un pliegue de su manto, Elías oye «en el murmurio de una ligera brisa» avanzar a Jehová : «¿Qué haces aquí, Elías?»... Y es en verdad que él responde a la palabra inscrita al blasón carmelitano : «¡ Me abraso de celo por el Señor Dios de los ejércitos !» Como simbolizando por siempre el poderío del Espíritu, y el arrobamiento del alma en Dios, separada de las caducidades terrestres, de la descomposición de su carne...

Y el gran contemplativo, después de haber consagrado su vida al cumplimiento de la obra divina, sobre un carro de fuego atraviesa las nubes en un vuelo directo, quizá hasta el cielo de gloria abierto ante él, antes de la llegada del crucificado libertador ; y esperando que, lleno de luz, vuelva de nuevo a los misterios de los últimos tiempos...

En los flancos del Carmelo, la vida eremítica continúa, sin embargo. Agrupados alrede-

dor de Eliseo, viviendo en grutas los cenobitas, y en pobres cabañas, penitentes y solitarios, celebraban ya con particular devoción a la que, desde la humilde aldea vecina de Nazareth, sería la Madre de Dios María, «gloria del Líbano, belleza del Carmelo y de Sarrón».

La venida del Salvador—que no deseaba destruir la antigua ley, sino purificarla—no borrar el camino de la santa Montaña escalada a menudo por los peregrinos, que buscaban las huellas y el recuerdo de sus antepasados (1)... Una inscripción griega del siglo IV, guarda la memoria de estos lejanos peregrinos. Pero únicamente en el siglo XII y en un libro del monje griego Phocas, es donde se hace mención de una suerte de comunidad agrupada en el monte Carmelo, alrededor del monje lemosino, San Berthold de Malifay, que había construído «un pequeño baluarte, con una torre y una capilla». No obstante, cada uno, fiel a la soledad, vivía en algún hueco u anfractuosidad del peñasco, en silenciosa contemplación.

La regla observada, era, sin duda, la de San Basilio, que, por otra parte, se adaptaba mal a los solitarios. Por eso S. Brocard, hijo espi-

(1) Como un volumen de la colección de las Grandes Ordenes monásticas será consagrado a los Carmelitas, no queremos dar en este capítulo, sino breves notas sobre los orígenes carmelitanos, puesto que, además, serán tratados, con la amplitud conveniente.

ritual de Berthold, recurrió, para resolver algunos puntos dudosos, al patriarca de Jerusalem, San Alberto, quien le da la regla—aún en vigor en el convento de los Carmelitas descalzos (1206-1214)—y confirmada el 30 de enero de 1228 por el papa Honorio III.

Pero las incursiones sarracenas hacían precaria la situación de los Carmelitas en Tierra Santa : Entonces ellos se esparcieron por Europa, y pronto se les vió en Chipre, Mesina, en los Aygalades, en Valenciennes, en Inglaterra... En 1263, había sido construído un nuevo monasterio sobre la montaña del Carmelo ; mas, después de la caída de S. Juan de Acre en 1291, los sarracenos lo quemaron y asesinaron a los monjes, que murieron al canto de «Salve Regina».

Y será necesario esperar el promedio del siglo XVII para ver de nuevo el sayal carmelitano sobre la montaña de sus orígenes.

Muy rápidamente, los Carmelitas se esparcieron por Europa, y tuvieron monasterios en las grandes ciudades universitarias, donde los jóvenes eran enviados para adquirir sus grados académicos, después de haber hecho sus «humanidades» en el centro de estudios de cada provincia.

Pero estos contactos con el mundo, no tenían lugar sin alteración de la Regla, y después de algunas variaciones introducidas por Inocencio IV, empieza a manifestarse cierto malestar en la Orden, y una oposición de opi-

niones entre partidarios de una vida mezclada de actividad, y adeptos fieles de la contemplación pura.

Exenciones cada vez más amplias, llevaron consigo los abusos, y cuando sobre esta relajación cayó la guerra, la peste, el Cisma de Occidente; la Orden, diezmada, debilitada, entibiada, se recluta mediocrementemente, y de una parte por llenar sus bajas, y de otra, por no acabar con las energías desfallecientes, pide al papa Eugenio IV—quien se lo concede—la mitigación de la regla primitiva.

La soledad y el ayuno fueron muy suavizados; y como la pendiente del relajamiento es extrañamente resbaladiza, pronto se vió a numerosos monasterios, descender mucho más abajo de lo que ellos hubieran creído posible.

Desde la venida de los Carmelitas a Europa, varias mujeres deseaban vivir esa vida. Unas continuaban viviendo con sus familias, en tanto que otras se agrupaban en pequeñas comunidades.

En Sicilia, en España, en Flandes, en Inglaterra, se habían fundado algunos conventos de Carmelitas, los cuales se dejaron invadir asimismo por la vida fácil, muy alejados de la austera consigna de San Alberto.

Hubo también algunas reformas locales, de una eficacia y duración mudables: tal la del «Silvarum», cerca de Florencia; las de Albi, Rouen, Meaux, Génova; la de Turena, iniciada por Jean Soreth, quien, autorizado para

dar una institución canónica a las Carmelitas, funda varios monasterios en Flandes y en Francia ; entre otros, el de Vannes, donde vivió la bienaventurada Francisca d'Amboise.

Estas reformas, por loables que fuesen, contribuían sin embargo a destruir la unidad de la Orden, que parecía dislocarse cada vez más ; no llegando tampoco el fervor, hasta encontrar de nuevo la vida de austera contemplación de los rudos antepasados, sino a volver a tomar sin fatiga la Regla mitigada, que hubiera parecido ya grandemente menoscabada a los que, «devorados de celo por el Señor Dios de los ejércitos», habían instaurado desde tiempos milenarios, sobre las austeras pendientes del Carmelo, la vida de oración, con la entrega total de sí mismos.

¿Había muerto la sublime voz de Elías, que en el ardor de su invocación, abría y cerraba los cielos?... ¿No sabrían escucharla más, sus hijos?... La Virgen María, belleza del Carmelo, después de cubrir a su pueblo con el «vestido de salvación y el manto de la Santidad (1) ; después de haber «introducido en la tierra del Carmelo, para que se alimentaran, los frutos y los bienes» (2), ¿iba a dejar que olvidara sus altas tradiciones ; que permaneciera ciego ante sus verdaderas riquezas, y languideciera hasta morir por degeneración?...

(1) Antífona de las vísperas *Iras* del día de nuestra Señora del Monte Carmelo.

(2) Idem, Comunión.

II

LA REFORMADORA DEL CARMELO : SANTA TERE- SA DE AVILA

I

No ; la antigua orden mariana no había agotado su savia, y su árbol debía florecer nuevamente sobre una cima castellana para extender un compacto ramaje hasta los confines del mundo.

Además, la espiritualidad carmelitana, que por las etapas del renunciamiento de sí mismo y la muerte interior alcanza desde aquí abajo hasta el umbral de los goces beatíficos —¿no es privilegio particular concedido a esta tierra de España ardiente y desnuda, entregada por completo a los efluvios de la luz ; donde el sol «que semeja transformarse en llama y rayo», hace brotar con su ardor los manantiales sabrosos, y surgir a profusión las rosas, los jazmines, el espliego, el romero..., mil plantas cuyos perfumes se extienden hasta el mar, penetrando y emocionando al viajero?...

Pero su posesión reclama una larga constancia... Más allá de las llanuras—semejantes a grandes lagos de claridad—, se yerguen altas barreras, y el corazón del país, bien guardado, no se franquea al extraño, a menos que éste, por medio de un gran esfuerzo, no se eleve hasta él, ya que el español vive sobre las alturas, en un ambiente sensible y sutil.

«Por cualquier lado—escribe Unamuno— que se penetre en la península, no se tarda en encontrar los accidentes del terreno, entrando en seguida en el laberinto de los valles, gargantas, desfiladeros y fallas, y se llega, por fin—subiendo más o menos—, a la meseta central, vallada por desnudas sierras que perfilan las vastas cuencas de sus grandes ríos.

Sobre la meseta, se extiende Castilla (el país de los Castillos)...»

Situada en el corazón del país—como el centinela sobre su camino de ronda—, lanza Castilla la grave llamada de su carácter, para reunir a España entera; hacer esta potencia eminentemente espiritual, y que, fija la mirada en la muerte, mantenga la integridad de su alma, por encima de las tiranías materiales.

Y de esta Castilla elevada y pura, de la ciudad cercada de Avila, fiel a Dios y a su rey, una criatura tenía que realizar la conjunción del cielo y de la tierra y, más que las flores de su terruño, atraer, a lo largo de los siglos, a las almas, «al olor de sus perfumes».

Esta noble ciudad de Avida dominaba, a 1.100 metros de altura, la llanura reverberante que se estrella en la muralla del Guadarrama. Construída sobre la roca, horadada por ocho puertas, herizada por ochenta y ocho torres, era necesario abordarla por el Este, para encontrarse, sin penosa escensión, en el dedalo de sus estrechos callejones, bordeados de severos palacios con extrañas ventanas enrejadas, y cuya línea se rompía con frecuencia, para hacer sitio a una iglesia que parecía una fortaleza.

¡ Ciudad mística y guerrera ! El pueblo la había juzgado bien al llamarla «Avila de los Caballeros», y mejor aún «Avila de los Santos»; mientras que un dicho repetía: «Avila no es más, que piedras y Santos».

Desde muy antiguo, fué Avila un baluarte de la fe. Desde el siglo XI—cuando Enrique de Borgoña prestaba socorros a Alfonso VI de Castilla, en su lucha contra el sarraceno—, Ramón de Borgoña la fortificaba como una avanzada, que era necesario mantener por el honor del nombre cristiano.

Detrás de sus murallas, se reunía lo más selecto de la nobleza de los alrededores para pelear contra el infiel, quien por tanto tiempo aún, tenía que alarmar a los príncipes creyentes, puesto que cinco siglos más tarde, después que en Lepanto aniquilara don Juan de Austria el ímpetu turco, y después de la toma de Granada, todavía será necesario que una

Armada reunida por Felipe II, arrojada a la morisma, refugiada en las provincias meridionales, y exterminada, en una lucha cruel, la traición religiosa mantenida sobre el suelo de España.

Sin embargo—no hay corazón, por firme que sea, que alguna vez no vacile—, cuando los guerreros castellanos volvieron sobre sus pasos, cargados con deslumbrantes trofeos moriscos, y sobre las losas de los austeros palacios, desplegaron las suntuosidades voluptuosas de los paganos despojos, la ruda provincia se ablanda, bajo el imperio de una secreta emoción.

Pero los soberanos católicos Fernando e Isabel—que residían en el convento de Santo Tomás, fuera de los muros abulenses—, no dejaban de velar por la salud de su pueblo, y así, supieron enderezar nuevamente su alma, doblegada ya hacia los bienes de este mundo.

Cuando se vió a la reina desaprobando el lujo y los refinamientos en el vestir, caminar a lomos de mulo, conducida por un simple aldeano y acompañada sólo por algunos servidores, con ningún fasto, cada cual reacciona; los corazones se elevan, y las nobles familias, orgullosas de su «limpia sangre»—que atestiguaba su ascendencia exenta de toda alianza judaica o morisca—, puestas en guardia contra la esclavitud de la riqueza, renuncian a las vanidades y se entregan nuevamente a

una vida casi ascética, que coloca definitivamente sobre la pequeña ciudad—resonante por el ruido de las armas—un sello religioso, más acentuado luego, por la creciente amenaza de la herejía luterana.

El rosario se enrosca en el crucífero pomo de las espadas; las almas velan y ruegan a Dios para que haga resplandecer la gloria de su verdad eterna... ¿Había, pues, lugar más apropiado que este, para acoger el don del Señor a su tierra fiel, a Teresa, hija tercera del piadoso hidalgo Alonso de Cepeda y de Beatriz de Ahumada, la dulce y delicada mamá de veinte años; la cual, después de dar al mundo nueve hijos, morirá tan silenciosamente como ha vivido, su rosario entre los dedos, y sobre la mesilla de noche el libro de devociones junto a uno de esos libros de ballerías, tan amados por ella? (1)

Teresa nació, pues, el 28 de marzo de 1515, entre un murmullo de plegarias y bajo un presagio de batallas, en la mañana en que fué celebrada la primera misa en el monasterio de la Encarnación—que más tarde será su re-

(1) Don Alonso de Cepeda había estado casado en primeras nupcias con doña Catalina del Peso y Enao, de quien tuvo tres hijos: Juan, Pedro y María. Beatriz de Ahumada tenía catorce años, cuando él la desposa. De esta unión, nacieron siete hijos y dos hijas: Teresa la tercera, y Juana la última. Siguiendo la costumbre, los hijos adoptaron, los unos, el nombre de su padre, y los otros, el de su madre.

fugio—, y en el año de «Mariñán», el más duro en la lucha de los dos grandes soberanos, la cual, cinco años más tarde, después del desastre de Pavía, conducirá al rey de Francia a Madrid, con «todo perdido, excepto el honor».

¡Momento patético de la historia! Defendiendo contra el infiel y el hereje, el Evangelio de Cristo y la integridad de su Iglesia. El universo, ensanchado, ofreciendo desde menos de un cuarto de siglo las perspectivas del Nuevo Mundo... España en su apogeo, en el apogeo que ella ignoraba todavía, ya que su cima la señalará esta niña, que crecerá vibrante y alegre en una vieja mansión castellana.

En el palacio Cepeda, la vida transcurría cristianamente, bajo la vigilancia austera del padre, tan sinceramente caritativo, que jamás aceptó—a pesar de la costumbre de aquellos tiempos—el tener esclavos.

La imaginación de Teresa se inflamaba con el relato de las heroicas hazañas del Ejército real, pero la exaltaba más aún, el valor de los Santos Mártires, ofreciendo sus cuerpos a las crueldades del verdugo, y ganando de pronto y plenamente, la felicidad que nunca tendría fin. Esta visión de los gozos paradisiacos la maravillaba; y, práctica y realista, como ella fué siempre, parecía que «compraban muy barato el ir a gozar de Dios», aun pagando por ello, los sufrimientos y tormentos más atroces, ya que estos eran pasajeros.

Ya entonces tenía ella una lógica soberana, y la angustia de salvar otras almas, al mismo tiempo que la suya, la oprimía.

Sus pláticas ardientes, estimulaban el fervor de su hermano preferido—cuatro años mayor que ella—, Rodrigo, hasta el punto de decidirles a buscar el martirio, que inmediatamente les abriría las puertas de oro de un cielo siempre luminoso. Y los dos, enlazadas las manos y fortalecida el alma, franquearon furtivamente el recinto fortificado, y tomaron, después de atravesar el Adaja, la ruta que conducía a Salamanca... Por el camino pedirían limosna por el amor de Jesús; y así, hasta el día en que, llegados al país de los moros, inclinarían sus frágiles cuellos bajo la fría hoja de la espada, cantando a Dios una alabanza que continuaría ininterrumpida en el éxtasis del Paraíso.

Pero ya muy cerca, les esperaba la prueba—no la que ellos querían—en la persona del tío Francisco, quien los conduce a casa, humillados bajo el derrumbamiento de su sueño incomprendido, aceptando allí Teresa la responsabilidad que le cargaba Rodrigo, el cual declaró—sin ningún reparo—que «la pequeña le había arrastrado»...

Con esta aventura, la niña de siete años se nos revela de pronto, conquistándonos con todo su encanto. Allí está, entera, esta gran conductora de almas, que une a la gracia femenina, la energía viril, y quien no considera el obstáculo, sino para vencerlo.

Ningún rencor contra el hermano pusilánime; ningún abatimiento ante el fracaso: «De que vimos que era imposible ir adonde nos matasen por amor de Dios—escribe—, decidimos vivir como ermitaños.» Pero las ermitas construídas por ellos de áridas piedras, se desplomaban... Y entonces Teresa, tratando de remedar la vida de las religiosas en sus monasterios, cumplía en algún lugar solitario sus devociones, «que eran hartas»; hacía limosnas, y dirigía su deseo hacia el cielo; hacía ese cielo que ella hubiera querido violentar, para abrazar por fin la dicha suprema.

Todo lo que participaba de lo heroico, la hacía estremecerse de entusiasmo. Mas cuando ella aprendió a extraer del macizo cofre de pesada tapadera—donde se amontonaban—los libros de caballerías que tanto encantaban a su madre, los piadosos divertimientos palidieron ante los relatos de espada y de amor, y, más que la soledad, se le revela atrayente la compañía de los amigos.

Teresa obraba siempre bajo apasionado ímpetu, y avanzaba al encuentro de la vida, con un hermoso entusiasmo y un gran deseo de felicidad, hábil en reflejar las facetas de su espíritu, y en no ocultar nada de los dones que Dios—según confesión propia—le había prodigado.

Era bonita y no lo ignoraba, pues más tarde, al reprocharse su afecto un poco tierno—aunque siempre puro y leal—por sus primos,

al mismo tiempo que sus ingenuas frivolidades, confesará: «Dijéronme que mis gracias eran muchas, y yo tuve la debilidad de creerlo.»

En verdad, Teresa soñaba en el matrimonio, y estaba satisfecha de sentirse joven y seductora; prodigaba a su persona un cuidado exquisito, y amaba los perfumes, los atavíos favorecedores... Una amiga demasiado mundana, llegó a ser su confidente; y, amortiguado el amor de Dios, fué el honor su único escudo...

Su tenacidad desorientaba la vigilancia familiar; mas, detrás de las ásperas ventanas de los viejos palacios, el ojo severo y vigilante y las maldicientes murmuraciones de las dueñas, acompañaban sus pasos.

Don Alonso, entonces, con su energía habitual, no duda en confiar su hija predilecta a las religiosas Agustinas, quienes, no lejos de la ciudad, educaban en su monasterio a las jóvenes más distinguidas.

Sin duda, el padre, clarividente, no sólo había previsto el peligro posible, sino que adivinó la íntima turbación de su hija, cuya naturaleza, esencialmente elevada e ingenua, se encontraba en medio de los compromisos humanos y de las oblicuas habilidades, en una atmósfera asfixiante. Ya se había apoderado de ella una laxitud indecible. El largo drama, —que durante diez y ocho años la dividirá entre la atracción del mundo y la voluntad divi-

na—se inicia : Y la angustia comienza a ser-
pentear en este espíritu, incapaz de encontrar
la quietud, salvo en lo absoluto...

Paz. Calma. Silencio... Teresa deja a su alma sosegar, esclarecerse... El estado religioso le inspira una total aversión ; mas su corazón tan tierno, que para complacer a los demás no conoce el obstáculo, e incluso excedía «los límites de la discreción», ese corazón amante y remiso, se apasiona por una religiosa, y la seduce por sus tesoros de bondad.

Las largas conversaciones sobre la elección divina, reemplazan y borran las charlas frívolas y clandestinas...

Diez y ocho meses más tarde, y apenas vuelta a casa de sus padres, una grave enfermedad viene a aislarla aún más del mundo, al obligarla a permanecer una temporada en el campo, en casa de su hermana María, casada hacía poco tiempo.

Y cuando Teresa retorna a Avila y toma de nuevo la dirección de su casa, en la que los hermanos y hermanas eran numerosos, ya se hallaba transformada por una madurez dolorosa y secreta. Ni las amistades ni las lecturas de antaño, la atraían ; los discursos mundanos, le sonaban vacíos... Una sorda angustia se apoderaba de ella ante el porvenir. El matrimonio la asusta, y la vida religiosa la repele... Sin embargo, se acerca el día en que será necesario escoger y decidir...

Tres meses de íntima y silenciosa agonía.

Teresa está en un campo cerrado, donde se enfrentan los ángeles buenos con los malos... De vez en vez, desfallece, y su pobre cuerpo se estremece febril ante la evidencia que poco a poco, la domina, y contra la cual toda su carne protesta. ¿Cómo huir de esta luz que le muestra la excelencia del estado religioso?... Sí, en lo más íntimo de su alma, el consentimiento está dado; ella se hará violencia... Mas, ¡cuánta lucha!...

* * *

Para entrever la rudeza de este combate, hace falta tratar de comprender la potencia de las reacciones en un temperamento tan rico en dones excepcionales, el cual, no situándose jamás sobre el plano mediocre, percibía todas las cosas con rara intensidad.

La naturaleza resistía tenazmente contra el espíritu; esta naturaleza de Teresa, tan sensible, cuyos estremecimientos no se extinguirán jamás, y la cual a los sesenta años, aún temblará a la vista de un cadáver, y de tiempo en tiempo, experimentará cierto pánico al encontrarse sola en una habitación.

Heroica en el sufrimiento que la torturará toda su vida, dejará, sin embargo, escapar este grito: «No hay nada que me haga sufrir como un dolor agudo; yo no lo desearía a mis enemigos (1).»

Ante las perspectivas del renunciamento, su

(1) Carta a María Bautista, priora del convento de Valladolid, 1576.

corazón flaqueaba, y ella procuraba sustraerse a sí misma.

Los suyos y todo lo que ella amaba, la sujetaban apasionadamente; las viejas paredes familiares, el jardín lleno de recuerdos, la retenían; la ternura la encadenaba; esa ternura de la que ella tuvo siempre tan intensa necesidad, que hacia el final de su vida, con el corazón siempre joven, escribirá a María de San José, su hija predilecta, con una debilidad emocionante: «No me extraña que Vuestra Reverencia me devuelva el afecto que yo nunca he dejado de sentir por ella; más me place que me lo diga...» En otro tiempo, ella había deseado la plenitud y las alegrías de un hogar cristiano; la casa severa, regocijada con las risas infantiles, y hospitalaria para todos... Amaba asimismo la naturaleza, cambiante bajo el ritmo de las estaciones; los retozos del sol en la llanura; las fontanas apacibles, sosegantes; las flores, los frutos; en una palabra, la creación entera.

Nunca supo, antes de esta hora en la que, ya abatida, luchaba aún contra Dios, cómo amaba la vida; esa vida que era necesario dejar, rompiendo para ello mil fibras sutiles, y ¡tan dolorosas!, que la dejaban destrozada interiormente... Pero todo lo sufría en silencio, pues ante el Señor no buscó nunca confortación humana alguna. No, la amistad era el recreo de su corazón, mas su fuerza estaba en ella superabundante.

La naturaleza se irritaba ; una mano de hierro la dominaba, y la conducía allí, adonde ella no quería ir. No obstante, en esta muchachita tan tierna, el equilibrio de sus dones era una alabanza para el Criador, pues la voluntad jamás desfallecía. Y en el instante en que, contra ella mismas, Teresa se da a Dios, se perfila toda su acción futura ; un solo camino a seguir, el más perfecto, cueste lo que cueste.

Con este valor, que «no era pequeño» y que Dios le había «dado muy superior al de una mujer», ella se obliga y se ata inmediatamente por un acto inquebrantable, definitivo : «Me determiné a decirlo a mi padre, que casi era como tomar el hábito ; porque era tan honrosa, que me parece no tornara atrás, de ninguna manera, habiéndolo dicho una vez (1).»

Contra toda esperanza, el gran cristiano rehusó. ¡ Ofrecer a Dios el diezmo de sus hijos ! El no lo podía admitir, ni ruego alguno pudo doblegarle.

La vida de Teresa de Avila, no es sino una enseñanza cotidiana y profunda, hasta en sus menores particularidades. Esta oposición a su voluntad religiosa, descubre la debilidad, tan frecuente en las conciencias católicas. Este fiel sostén de la Iglesia, se cree por completo leal hacia su Dios, y, sin embargo, no atiende a servirlo más que en la manera escogida por él : limosnas, plegarias, virtudes, incluso aus-

(1) Obras de Santa Teresa. I. 25.

teridades... Mas, ¿aceptar en su casa la suprema bendición del Señor por la renuncia al corazón de su hija, entregar su juventud a la elección divina y pagarla con su propio sufrimiento?... ¡Jamás!

Y ante esta decisión, ¿con qué tremenda responsabilidad no hubiera cargado don Alonso, si Teresa, queriendo sólo conocer la voluntad divina, no hubiera pasado más allá de toda oposición humana?

Incapaz de pensar solamente en sí, Teresa había convertido a su hermano Antonio al estado religioso, y decidido a tomar el hábito dominicano.

Y en el alba del 15 de agosto, bajo la protección especial de la Virgen, cubierta la cabeza con una mantilla, y envuelta con un gran manto—quizá echado sobre ese traje naranja guarnecido de terciopelo negro, que tan a gusto llevaba ella—huye, llevando consigo a su joven hermano (1). Mas, a pesar de recurrir a todas sus energías, en este punto culminante del renunciamiento, ella creyó desfallecer: «Cuando salí de casa de mi padre, no creo será más el sentimiento cuando me muera; porque cada hueso se me apartaba por sí, que como no había amor de Dios que quitase el amor del padre y parientes, era todo, haciéndome una

(1) Su salud, no permitió a éste permanecer en el convento; vuelve a la casa paterna, y muere a los veintiséis años, después de haber reunido a varios de sus hermanos en América.

fuerza tan grande, que, si el Señor no me ayudara, no bastaran mis consideraciones para ir adelante. Aquí me dió ánimo contra mí, de manera que lo puse por obra.» E inmediatamente, añade, con su peculiar valentía : «Por otra parte, nadie entendía de mí, sino grandísima voluntad (1).»

Franqueando la puerta del norte, desciende hasta la hondonada del vallecillo próximo, e inmediatamente, tras los muros del Carmelo, dedicado a la Virgen de la Encarnación, lleva a cabo su ruptura con el mundo.

Son necesarios muchos meses para persuadir a don Alonso a que lo apruebe, obstinado en su negativa. Teresa fué admitida a tomar el hábito, el 2 de noviembre ; tenía entonces veinte años y seis meses ; pero los acuerdos para su dote, sancionando el consentimiento paternal, tardaron hasta su profesión, y no fueron firmados antes del 31 de octubre de 1536, alrededor de quince meses después de la entrada de la nueva carmelita en el monasterio.

En seguida, el júbilo se apodera de la nueva novicia, y desaparece la aridez de su corazón ; las prácticas de la vida religiosa la arrebatan ; y en tanto que las horas en otro tiempo consagradas a sus placeres, las dedica ahora al cumplimiento de los más ínfimos trabajos , su alma, liberada del aborrecible mundo,

(1) Ob. cit., t. I, pág. 26.

abunda en alegría. Una gran fuerza de amor la agitaba y la conducía a la soledad, donde lloraba sus pasadas tibiezas. Gozo, por completo divino, que las criaturas tendían a realzar, con una gota de amargura...

Como les suele ocurrir a los seres cuya fuerte personalidad domina la mediocridad ambiente, Teresa fué criticada. Las pruebas de una originalidad llena de promesas, chocaba a su alrededor, y tuvo que sufrir reproches inmerecidos, que perturbaban grandemente su generoso entusiasmo, en busca de afectuosos puntos de apoyo.

Cada vez más cerca de Jesucristo, pedíale —envidiando la resignación de una hermana, atacada por una enfermedad repugnante— que la purificase por medio de los más duros sufrimientos corporales, y le concediera la virtud santa de la paciencia. Y a lo largo de su vida, repetirá infinitas veces la misma expresión: «Éstaba tan puesta en ganar bienes eternos, que por cualquier medio me determinaba a ganarlos.»

¡ Sublime avidez de un alma marcada con el sello de los elegidos, que nadie aún sospecha, y la cual se verificará, no solamente en la prueba interior, sino también en los tormentos físicos prestos a apoderarse de Teresa hasta su muerte !

Desde el comienzo de su vida religiosa, la nueva carmelita, quebrantada por el esfuerzo rudo del combate y desorientada por el ré-

gimen monacal, sintió su salud gravemente alterada. Frecuentes síncope, demostraban su decaimiento; en tanto que el dolor que había taladrado su corazón, al serle preciso romper los lazos familiares, parecía inmovilizarse en un sufrimiento que la hacía desfallecer.

El Carmelo de la Encarnación de Avila, de ancha observancia, no estaba sujeto a clausura. Así que Teresa fué confiada a su padre, quien la condujo a casa de su hermana María, y luego a un lugar de cura.

Mas no solamente fracasaron los remedios humanos, sino que la intensidad de esta compleja enfermedad, llegó a tal grado, que toda esperanza humana se creyó perdida, ante la moribunda, minada por la fiebre primero, contraída por el dolor después, y finalmente, privada de conocimiento durante cuatro días...

Los que la rodeaban, acechaban a la luz de las candelas algún signo de vida en el joven rostro exangüe, insensible a la cera ardiente, cuyos pábilos, le resbalaban alguna vez sobre los párpados...

Se había celebrado ya un servicio fúnebre prematuro, por los padres Carmelitas, mientras que en el monasterio la tumba abierta, esperaba...

Pero ella no estaba muerta, sino misteriosamente adormida en el Señor; el cual, llegada la hora, la vuelve a la vida. Su primer impulso, fué entonces para Dios; y se confiesa y comulga entre sollozos, herida por la con-

tricción, y por la intolerable violencia de sus dolores corporales.

Mas aquella criatura tan fresca y lozana pocos años antes, parecía sumida en una ruina física irremediable. La lengua «en pedazos», mordida en la inconsciencia del dolor; la garganta, oprimida; los miembros, contraídos, «hechos un ovillo», envarados por el sufrimiento, salvo «un dedo de la mano derecha», el único que se podía aún mover...

En cuanto aparece la mejoría, cumple su voto, y la transportan al monasterio, donde, después de ocho meses aún de crisis, le sobreviene una ligera mejoría progresiva; mas la contracción del cuerpo, se prolongó aún tres años.

¿Intoxicación profunda? ¿Polineuritis? ¿Crisis aguda de reumatismo deformante?... ¡Vanas conjeturas medicinales! El lenguaje humano no sabe expresar en absoluto la unción quemante y purificadora del Señor sobre los miembros de la criatura, que, desde este mundo, debe ser transformada en El, y hacer resplandecer su gloria...

Teresa sufre con paciencia; casi con gozo. La caridad se dilata en ella; el amor absorbe el miedo servil, y la oración eleva su alma hasta la quietud... Como una tierra escogida, Dios la revuelve y la trabaja profundamente, y por medio de dolorosas semillas, prepara las cosechas futuras.

Una tentación, sin embargo, se insinúa en

esta nueva vida espiritual, y en ella sucumbe Teresa: Después de haber implorado la enfermedad, deseaba la salud; la salud que la volvería de nuevo atrayente y activa como antes, a fin de mejor servir a su Maestro con fuerzas enteramente nuevas...

Faltábale entonces esa sinceridad que conduce a la aceptación total; a la conformidad perfecta de nuestra voluntad con el plan divino, donde el deseo carece ya de sitio, y por la que sabemos que nuestro mejor servicio al Señor reside en la ausencia de todo deseo; en la adhesión plena e incondicionada al momento presente, sin mirada alguna hacia el mañana...

No obstante, este deseo es muy humano en una criatura de veinticuatro años apenas, que al umbral del áspero camino de perfección, se vuelve hacia la alegría del vivir con una mirada de envidia.

Pero San José, su recurso en esta angustia—como en muchas otras circunstancias—, la exaude. No, que no recobre nunca la salud, que viva siempre sometida a este estado de enfermedad que distingue a menudo a los Santos...

Mas, al fin, puede volver a ocupar su puesto entre las hermanas de religión y a seguir el ritmo de sus días. El drama—comenzado en el tiempo en que ella se rebeló contra la llamada divina—va a proseguirse; y, más que por sus dolores físicos sufrirá, aún, durante die-

ciocho años, con el mal de su conciencia, tratando de conciliar lo inconciliable: Dios, y el mundo.

Y para que nos sirva, no solamente de modelo de perfección—al cual debe aspirar la criatura—, sino más aún, de guía cotidiano en el camino de nuestros tropiezos, Teresa vivirá nuestras tibiezas, nuestras inconsecuencias, nuestras regresiones, nuestras fugas innumerables ante la llamada incansable...

* * *

El Carmelo de la Encarnación de Avila, no estaba «fundado con mucha perfección». La regla, mitigada, se practicaba allí con demasiada lenidad, puesto que no se mantenía la clausura.

Cada religiosa tenía su departamento, con un oratorio particular, donde, con motivo de honrar a los santos de su devoción en las novenas, daban agradables conciertos, haciendo valer sus talentos y la delicadeza de sus voces.

El locutorio era de los más frecuentados por la buena sociedad, que tenía allí su «salón», y los espíritus selectos se ejercitaban con bromas y agudezas sobre el amor platónico o las guerras del rey; sobre un soneto galante, o tal concepto filosófico... Se murmuraba, se melindreaba, se intrigaba... Ciertas «pasiones» de antaño se prolongaban por el intercambio de preciados billetes...

En medio de este hambiento sabihondo, Te-

resa debería hacer una figura de aguilucho en un palomar... Mas su éxito estaba patente; el giro espontáneo de sus frases, la originalidad de sus conceptos, le procuraban discretos triunfos, que, lejos de dejarla insensible, renovaban secretamente sus lazos con el mundo, tan difícilmente rotos. En el vasto convento rodeado de jardín, con bellas umbrías no herizadas por verjas infranqueables, la existencia era fácil. Las religiosas iban a la ciudad según su capricho, y hacían largas estancias fuera de él. Por ello, Teresa, reclamada constantemente por parientes y amigos, escribe en el relato de su vida. «En fin de cuentas, yo estaba poco en el monasterio»...

Ciento cincuenta religiosas, en continuas relaciones con la sociedad, iban y venían con sus hábitos de paño fino, bien cortados, adornadas con sus joyas, y sostenían, tras sus muros demasiado acogedores, un rumrum mundano, cuyos últimos murmullos se apagaban difícilmente en las horas destinadas al recogimiento...

¡No quiere esto decir que allí sucediera nada grave! Teresa tiene cuidado de advertirnos que en su monasterio «hay muchas que sirven muy de veras y con mucha perfección al Señor»...

Ella nos asegura que éste «no era de los más abiertos», y que «en él se guardaba toda religión»; en comparación—evidentemente—, pues los había mucho peores.

Mas lo que nosotros sabemos de este monasterio tan «regulado», nos hace medir la singular decadencia a que entonces había descendido la vida religiosa.

Teresa se debatía entre todas estas contradicciones en una compleja y penosa lucha interior. Las amistades humanas la seducían, y las advertencias divinas la turbaban. Y un día, mientras que ella se solazaba en el locutorio con la presencia—dañosa para su paz íntima—de un «visitante», vió claramente, «con los ojos del alma», el rostro de Cristo, severo y lleno de reproches... Pero desviándose de la importuna visión, proseguía resistiéndose al plan providencial, abandonando la oración y recibiendo con impaciencia las exhortaciones de una vieja religiosa preocupada por su tibieza.

No obstante, cuidadosa siempre de procurar a los demás el bien insuperable de la unión con Dios, velaba, persuasiva y conquistadora, por el avance espiritual de las almas atraídas a la vida sobrenatural, enseñándoles métodos de oración, y haciéndoles progresar en el mismo camino, donde ella estaba estancada.

La licencia que permitía dejar el monasterio, le permitió volver al palacio de Cepeda para asistir a su padre en su última enfermedad, conduciendo asimismo a éste muy adelante en la senda de la divina unión, hasta una muerte completamente santa.

Teresa—destrozada por sus perturbaciones

digestivas, que durante veinte años le ocasionaron un vómito matinal, constriñéndola a quedar en ayunas, débil como estaba, hasta el mediodía—, se consumía sin notarlo, con el corazón angustiado cerca del enfermo tan querido, mas dominándose, como de ordinario, hasta parecer indiferente. «Con estar yo harto mala, me esforzaba, y con que en faltarme él, me faltaba todo el bien y regalo, porque en un ser me lo hacía, tuve tan gran ánimo para no le mostrar pena, y estar hasta que murió como si ninguna cosa sintiera; pareciéndome se arrancaba mi alma cuando veía acabar su vida, porque le quería mucho» (1).

Después de un desvanecimiento de tres días vuelve en sí, y sostenido por su hija, expira a la mitad del Credo, recitado por él mismo con voz todavía firme.

En esta prueba aguardaba a Teresa una gracia. Un buen religioso dominicano, el padre Vicente Barón, confesor de don Alonso, se compadeció de esta angustia filial y fortificó al alma presta a abatirse; y después de haber escuchado la confesión de Teresa, la hizo comulgar cada quincena, y la persuadió tan bien a volver a la oración, que ella no la abandona ya más. Con la subida a este peldaño, quedó detenida la regresión. Mas, ¡cuánta pendiente que escalar aún!

Lúcida como fué siempre Teresa hasta en sus menores circunstancias, ha anotado a lo

(1) Ob. cit., t. I, págs. 61-62.

largo de su relato cuatro pequeños puntos, que nos esclarecen su sueño espiritual.

En el debate interior que la conduce a la vida religiosa, ella observa: «En este movimiento de tomar este estado, más me parece me movía un temor servil, que amor.» (1). Y cuando toma de nuevo la oración: «Comencé a tornar a ella, aunque, no a quitarme de las ocasiones, y nunca más la dejé». Luego, algo más tarde: «Paréceme a mí que si yo tuviera con quien tratar todo esto, que me ayudara a no tornar a caer, siquiera por vergüenza, ya que no la tenía de Dios.» Y, finalmente: «Yo ningún caso hacía de pecados veniales»...

Ella se encontraba muy sola, y sufría ya, esa falta de dirección, que constituyó una de las pruebas de su vida, pues, cuando creyó encontrarse con un director, era, generalmente, para tropezar con una incomprensión y una desmaña, que la hacía echar de menos su soledad primera.

Por tanto, ella aconseja a un alma, el estar «más bien sin director, mientras no encuentre el que le convenga».

Dios se había reservado el enseñarla directamente; pero ella tardaba a establecerse en esa soledad absoluta, donde la voz divina se hace entender—sin ruido de palabras—por medio de la iluminación del espíritu y la dilación del alma.

(1) Ob. cit., t. I, págs. 61-62.

Teresa se «arrastraba por los más bajos senderos de la perfección», y hecha para vivir sobre las cimas, sufría constantemente: «Cuándo estaba en los contentos del mundo, en acordarme lo que debía a Dios, era con pena; cuando estaba con Dios, las aficiones del mundo me desasosegaban». «Ello es una guerra tan penosa, que no sé cómo un mes la pude sufrir; cuando más tantos años. Con todo, veo claro la gran misericordia que el Señor hizo conmigo, ya que había de tratar en el mundo, que tuviese ánimo para tener oración. Y digo ánimo, porque no sé yo para qué cosa de las que hay en él es menester mayor que tratar traición al rey, y saber que lo sabe, y no se le quitar nunca de delante. Porque, puesto que siempre estamos delante de Dios, pareceme a mí es de otra manera los que tratan de oración, porque están viendo que los mira; que los demás, podrá ser estén algunos días que aún no se acuerden que los ve Dios... Más de dieciocho años pasé en esta batalla y contienda, de tratar con Dios, y el mundo. Los demás que ahora me quedan por decir, mudóse la causa de la guerra, aunque no ha sido pequeña; mas con estar, a lo que pienso, en servicio de Dios, y conocimiento de la vanidad que es el mundo, todo ha sido suave.» (1).

(1) Ob. cit., t. I, págs. 66 a 68.

Más por este «ánimo» de hacer oración, Teresa había abierto de nuevo «la puesta a las gracias elegidas», y vuelto a tomar su ruta, yendo «a pasitos, cayendo y levantándose» para no detenerse ya, hasta la estabilidad paradisiaca. Llevaba a la oración un espíritu rebelde, a menudo «más atento al sonido del reloj que a piadosas consideraciones», y al cual tenía que sujetar con un esfuerzo inflexible durante toda la hora fijada, cuyo fin esperaba él con impaciencia. Estos deseos de vida purificada y santa, que la invadían cada vez más, nadie puede comprenderlos... Algunas discretas líneas nos lo declaran: «Es necesaria más cautela y disimulación para hablar en la amistad que se desea de tener con Dios, que en otras amistades y voluntades, que el demonio ordena en los monasterios.» (1).

Y aún: «Los confesores, viendo mis buenos deseos, y ocupación de oración, encontraban que hacía mucho; mas entendía mi alma que no era hacer lo que era obligada por quien debía tanto. Lástima le tengo ahora, de lo mucho que pasó, y el poco socorro que de ninguna parte tenía, sino de Dios, y la mucha salida que le daban, para sus pasatiempos y contentos, con decir eran lícitos.» (2).

Y concluye: «También en esto, como en todo lo restante, es extremadamente necesari-

(1) Ob. cit., t. I, pág. 54.

(2) Ob. cit., t. I, pág. 69.

rio tener un guía, y comunicar con personas espirituales.»

Durante bastantes años, el alma de Teresa continúa en el mismo callejón sin salida : Lucha sin tregua a la vez, contra su naturaleza llena de contradicciones, y contra el atractivo de la vida perfecta ; aislamiento entre las criaturas humanas, de quienes su corazón ávido y ansioso, no recibía consolación alguna...

Mas la hora llega ; la hora, en la que Dios la trastorna profundamente y la atrae enteramente a sí, ha llegado. Entonces, como ella no desea más que su Señor, todo el resto le es dado por añadidura.

2

Cuando suena la hora del recogimiento solitario, Teresa se dirige al oratorio, y—un poco inclinada como de costumbre sin duda por la molestia de su enfermedad—, hela aquí embargada por una indecible emoción. La imagen del Cristo esculpida por el realismo de un artista español, está allí, en la reducida pieza decorada con pinturas sosegantes, inopinadamente trágica... «Ego autem sum vermis et non homo, opprobrium hominum, et abjectio plebis...» Estas son ciertamente las palabras del salmista, que tradujo a este Jesús tumefacto, sangrante, jadeante bajo el ultraje de los siglos... Prosternada y en lágri-

mas, Teresa invoca a la Magdalena, la pecadora transformada por el amor, y, en un minuto intenso de emoción, entrevé a la divina Humanidad, torturada por el gran Rescate.

¡Instantes intraducibles! Semejante a Pedro, rescatado por el ángel, Teresa se siente misteriosamente libre de sus cadenas, y la puerta de su oscura prisión se abre sin ruido ni esfuerzo. La luz de la verdad, la inunda. Y, en adelante, todas las cosas, empezando por ella misma, le aparecerán bajo este rayo que parte de Dios, y vuelve hacia él.

La carmelita, entregada tanto tiempo a tan contrarios remolinos, no se «arrastrará» más por los pedregosos senderos de la vida espiritual: Guiada por la gracia divina, «correrá por el camino de los mandamientos» del Señor.

Desecha la ayuda del libro—sin el cual no conseguía antes meditar—, y tomando su punto de apoyo en la Pasión y la Humanidad adorable de su Maestro, y sumida en su nada, «siente su alma una seguridad de su salvación, mezclada, no obstante, de humildad y de espanto. El miedo servil, desaparece, y el temor filial toma, en cambio, gran incremento. Ella se apercibe que su amor por Dios se desliga de todo interés propio: Desea los momentos de soledad para gozar más libremente de este tesoro, y, en ella, Teresa, permanece inmóvil, en la quietud, a los pies de Jesús, para recibir las sutiles lecciones que el espí-

ritu entiende, pero que las palabras no saben expresar.

Los consuelos terrestres, tan a menudo deseados, vienen por fin a sostenerla: El hidalgo Francisco de Salcedo, y la piadosa viuda doña Guiomar de Ulloa—muy adelantados los dos en los caminos que a Dios conducen—entablan con ella una fecunda amistad, y llegan a ser—sobre todo el primero—sus consejeros y sus guías.

Eminentes religiosos destinados a la santidad: Francisco de Borja y Pedro de Alcántara, la asisten con sus inteligencias, en tanto que entra en relaciones continuas con los padres de la Compañía de Jesús, y uno de ellos, el padre Baltasar Alvarez, se convierte en seguida en su director, y lo continúa siendo durante seis años.

¡Que todas las amarras que retienen a Teresa en la tierra se rompan, pues en adelante, ya que, según la observación de su futuro hijo y padre San Juan de la Cruz: «Sea el lazo de hierro o del hilo más fino, mientras que éste no se rompa, el pájaro no emprenderá su vuelo; el alma, por poco encadenada que esté, por cualquier afección que tenga a las cosas humanas, no puede, antes de romper esta ligadura, volar hacia Dios».

Después de haberla elevado hasta el arrobamiento, la voz del Señor se hace entender de Teresa: «Yo no quiero que tú converses más con los hombres, sino con los ángeles», y la

colma de un gran temor, sobrepujado por una alegría intensa y transformante, de la cual sale llena de valor para renunciar a todo por el amor de Dios. Esto advino en 1558, Teresa tenía cuarenta y tres años; veinte, pues, de vacilante y oscura vida monástica, la cual, después de tantos rodeos, llega por fin a la plena luz...

La Carmelita, por completo fiel en adelante, sube, sube cada vez más arriba; más cerca de Dios, con el corazón siempre contrito y humilde. El gozo sobrehumano la envuelve. La tierra—donde le parece no haber ya nada que hacer—desaparece a sus ojos; y hela aquí semejante a «uno que está con la candela en la mano, que le falta poco para morir, muerte que la desea. Está gozando en aquella agonía con el mayor deleite que se puede decir. No me parece que es otra cosa, sino un morir casi del todo a todas las cosas del mundo, y estar gozando de Dios... Es un glorioso desatino; una celestial locura, adonde se desprende la verdadera asbiduría, y es deleitosísima manera de gozar el alma.» (1).

Todo lo que no sea cantar locamente la alabanza a su Creador, y desear ejercer para El esta fuerza capaz de afrontar el martirio, con la que El la ha investido, le resulta pesado.

La tiranía de las exigencias materiales, combate al principio los transportes de su alegría; mas luego, el gozo la absorbe en Dios, hasta

(1) Ob. cit., t. I, págs. 123 a 124.

el punto de reducir el cuerpo a la impotencia, y de tener cautivos los sentidos.

La voluntad creada se absorbe en la voluntad divina, y desaparece en ella; y el alma se une a su Dios, hasta el despojamiento total de ella misma. Bajo el abrazo de la verdad soberana, la criatura «ve al desnudo la profundidad de su miseria»; se abisma humildemente en presencia del don gratuito de la infinita misericordia, y «las resoluciones heroicas; los ardientes deseos; el horror del mundo, y la vista clara de su vanidad», se afirman en ella.

Entregada por completo a Jesús, impregnado el pensamiento y asimismo el sentimiento de su santa presencia, posee desde entonces el don del temor de Dios; ese temor que ella describe magníficamente, con «el prosternamiento del espíritu». El favor divino la oprime: el Cristo, piadoso con su debilidad, la hace contemplar, primero, la inefable belleza de sus manos gloriosas; luego, su santísima Humanidad...

Un arrobamiento, eleva el espíritu de Teresa hasta Jesús, reposando en el seno del Padre, dejándola anonadada de terror y emoción, ofuscada el alma por el recuerdo imborrable de la majestad del Hijo de Dios, y herida por el dolor de sus faltas pasadas. Visiones concedidas «cuando el Señor quiere; de la manera que El quiere, y el tiempo que quiere».

Pero exigen la pasividad total de la criatura. Todo esfuerzo por provocar el éxtasis maravilloso, es estéril, y el más fugitivo movimiento de curiosidad, lo hace desvanecerse.

Ante Teresa, el misterio se descubre. La Hostia le deja ver a Jesús, y el horroroso triunfo de Satán, con el ser entregado al pecado, se desarrolla ante sus ojos. Su alma purificada, se le aparece como un espejo con múltiples facetas, reflejando a Dios en todas partes, y traspasando sus propios límites, ella discierne cómo «todas las cosas se ven en Dios, y las tiene todas en sí».

La divinidad se le aparece entonces «como un diamante muy claro y muy mayor que todo el mundo; y que todo lo que hacemos, se ve en este diamante, siendo de manera que él encierra todo en sí, porque no hay nada que salga fuera de esta grandeza».

Conducida por la misma mano soberana que la había llevado hasta el umbral del paraíso, sondea el abismo infernal, y ve el lugar preparado a sus traiciones, si la gracia de Dios no hubiera triunfado de ella.

Lugar de inmundas tinieblas y de sufrimientos, que Teresa describe con un horror cada vez más vivo:

«Ello fué brevísimo espacio; mas aunque yo viviese muchos años, me parece imposible olvidárseme, ni sé cómo lo he de dar a entender; mas sentí un fuego en el alma, que yo no puedo decir de la manera que es. Los

dolores corporales tan insoportables, que con haberlos pasado en esta vida gravísimos, y, según dicen los médicos, los mayores que se pueden pasar acá—porque fué encogerse-me todos los nervios cuando me tullí, sin otros muchos de muchas maneras que he tenido—, no es todo nada, en comparación de lo que allí sentí, y ver que habían de ser sin fin y sin cesar jamás. Esto no es nada en comparación del agonizar del alma; un apretamiento, un ahogamiento, una aflicción tan sensible, y con tan desesperado descontento, que yo no sé cómo lo encarecer; porque decir que es un estarse siempre arrancando el alma, es poco; porque ahí parece que otro os acaba la vida; mas aquí el alma misma es la que se despedaza. El caso es que yo no sé cómo explicar aquel fuego interior, y aquel desesperamiento sobre tan gravísimos tormentos y dolores. No veía yo quién me los daba, más sentíame quemar y desmenuzarse, a lo que me parece; y digo que aquel fuego y desesperación interior es lo peor... No hay luz, sino todo tinieblas oscurísimas. Yo no entiendo cómo puede ser esto, que con no haber luz, lo que a la vista ha de dar pena, todo se ve... Yo quedé tan espantada, y aún lo estoy ahora escribiéndolo, con que ha casi seis años. y es así, que me parece faltarme de temor el calor natural, aquí adonde estoy... Después acá, todo me parece fácil, en comparación de un momento que se haya de su-

frir lo que yo en él padecí... De aquí también, gané la grandísima pena que me da las muchas almas que se condenan; en especial, de estos luteranos (porque eran ya por el bautismo, miembros de la Iglesia), y los ímpetus grandes de aprovechar almas, que me parece cierto a mí, que por librar una sola de tan gravísimos tormentos, pasaría yo muchas muertes de buena gana... Pues ver a un alma para sin fin, en el sumo trabajo de los trabajos, ¿quién lo ha de poder sufrir?» (1).

Después de haber entrevisto los gozos paradisiacos de los elegidos, y franqueado los ciclos del infierno, Teresa se afirma en la perfecta caridad. El deseo insaciable de felicidad de su inquieta juventud, ha encontrado su término y su verdadero alimento: el sufrimiento que merece la dicha del prójimo, fuerza las misericordias divinas, arranca su presa al demonio, y no tiene otro fin que la gloria de Dios, amado a través de sus más ínfimas criaturas.

¿No nos ha indicado Jesús el camino del rescate?... ¿Seguirá el servidor otra ruta que su maestro, y por qué dudaremos, si el Evangelio, adelantándose a nuestra pregunta, nos da, a lo largo de los siglos, la única y plena respuesta?... Toda contradicción se unifica en Cristo, y el ser, divide contra él mismo, el instante ante el cual no ve más que una sencillez enteramente divina.

(1) Ob. cit., t. II, págs. 81 a 84.

«¿Qué hacer—se pregunta Teresa desde el fondo de su alma renovada—para agradar a mi Señor, y para conquistarle las almas de mis hermanos, de las cuales responderé ante su justicia?» Y la respuesta del equilibrio cristiano, no cae en la insidiosa trampa del sentido propio—diestro en tomar la máscara—, pero considerando, desde luego, el primer deber, concluye Teresa: «Ante todo, guardando mi regla, con la mayor perfección que pudiese.» ¡FIAT! Que la voluntad de Dios, maestro de la vocación, sea hecha, y que toda la vida de la carmelita, no sea más que una ascensión sin fin, hacia la perfección absoluta.

Hela, pues, aquí, llena de un vigor extraordinario, «caminando con nueva pureza por los caminos de Dios», y penetrando primeramente en la celda del conocimiento de sí misma, iluminada por el conocimiento de Dios, donde la humildad, sinónimo de verdad, llega a ser la piedra angular de la vida espiritual. «La verdadera humildad, consiste muy principalmente en la aceptación diligente de lo que guste al Señor ordenar de nosotras» —dirá más tarde Teresa a sus hijas, entregándolas así la llave del renunciamiento, y abriéndoles la vida de la penitencia—; ese «camino real, por el que nuestro Rey ha pasado el primero, y por donde todos sus elegidos y todos sus santos han pasado después de El»; que Jesús, en un íntimo coloquio, le

había designado ya como la ruta verdadera de acceso a su corazón : «Créelo, hija, aquellos que reciben de mi Padre los mayores sufrimientos, son los más amados de El ; y estos sufrimientos, son la medida de su amor. ¿En qué puedo yo mejor mostrarte el mío, que escogiendo para ti lo que yo escogí para mí mismo? Mira estas llagas ; tus dolores no llegarán nunca hasta aquí. Este es el camino de la Verdad»... Y Teresa, en un torrente de luz sobrenatural, recibe la enseñanza divina : «Yo sabía ya, que nosotros éramos partícipes de los sufrimientos de Nuestro Señor ; pero entonces lo entendí de una manera harto diferente : parecíame que poseía un inmenso patrimonio... De allí en adelante, considero de otra manera lo que Nuestro Señor ha sufrido, y lo miro como un bien que me pertenece. Y esto, es para mí, una verdadera consolación.» (1).

Ella ofrece al Padre esta Sangre misericordiosa, como el rescate del mundo, y en ella baña sus propios sufrimientos, para obtenerles un valor redentor : incesantes dolores físicos ; íntimas turbaciones del alma ; oscuridad, aflicción, sequedad, hastíos, que entrechocan en el silencio de Dios ; asaltos demoníacos, tentaciones, todo lo acepta ella, en espíritu de alabanza, en la serenidad de su alma despojada, limpia y silenciosa ante el Señor, co-

(1) Ob. cit., t. II, págs. 248 a 274.

mo un ara de altar, donde ella se inmola gozosa.

«¡ Oh, cruz!—exclama Teresa, entonces— ¡ Reposo dulce de mi vida !» Indiferente a todo; incapaz de entristecerse o de alegrarse, salvo en Jesús crucificado; abrasada con amor, cada vez más intenso, por la flecha de oro, con resplandeciente punta, con la que un ángel luminoso le traspasa el corazón, ella no puede «contentarse ya con nada que sea menos que Dios»; ningún deseo, sino el de ofrecerse, abatidos todos los obstáculos, para el cumplimiento íntegro del plan divino; después, nada más que el gran renunciamiento; salvo, quizá, ese ligero estremecimiento humano, al sonar del reloj, cuyas horas vienen a colmar un poco este exilio terrestre que la separa del abrazo divino; y excepto también, este suspiro, en el que exhala el último deseo de su voluntad: «¡ O sufrir, o morir, Señor !»

* * *

Llegada a este punto en que la contemplación engendra la acción, Teresa va a conocer su expansión plena, pues el Señor, que exalta a los humildes, hará por ella grandes cosas.

Con toda verdad, se ha podido escribir: «Los santos, son aquellos cuya personalidad es la más acabada.» Se les llama los Perfectos. Ellos son los verdaderos modelos. Por es-

to la Iglesia dice de cada uno de ellos : «NON EST INVENTUS SIMILIS ILLI QUI CONSERVARET LEGEM EXCELSI» (1).

Nosotros lo vamos a ver bien en el ejemplo de esta monja española aún desconocida, de quien las generaciones seguirán las huellas hasta el fin de los tiempos, y recogerán sus enseñanzas.

Despojada de toda mentira y de toda caducidad, ella domina al mundo con una santa indiferencia, y encuentra la plena realización de su ser en Dios, quien la ha absorbido por completo. Su vida, hasta entonces fragmentaria, va a reunirse en una síntesis magnífica, auténtica santidad, donde los dones naturales y los sobrenaturales, se equilibran en una armonía perfecta.

La conversión de Teresa había impresionado profundamente a varias de sus compañeras ; en su estela, subían ellas hacia Dios, y su ardor por la perfección rebasaba el demasiado fácil monasterio de la Encarnación. Prontas a seguir puntualmente a su hermana, convertida en su guía, la solicitaban—precediendo a sus secretas aspiraciones—a arrancarlas del mundo, y a conducir las al abrigo de un Carmelo de estricta observancia.

No duda Teresa mucho tiempo, pues en el coloquio eucarístico donde ella recibía todas sus enseñanzas, Jesús la hizo conocer cuán

(1) *El Carmelo*. (Librería del Arte católico) Página 3.

agradable le resultaría este monasterio. Sería dedicado a San José, y este santo guardaría una de sus puertas, mientras que Nuestra Señora velaría por la otra, posándose el Salvador en medio de sus hijas.

Críticas, vejaciones, oposiciones provocadas por el proyecto de la nueva fundación, no alterarán lo más mínimo la paz de Teresa. Presta a abandonarlo todo bajo la orden de sus superiores, desligada del menor deseo, ella sabía que Dios triunfa a su hora, y esperaba, sostenida por la aprobación de San Pedro de Alcántara y del célebre dominicano Pedro Ibáñez.

Este último, negocia él mismo con Roma para obtener las autorizaciones exigidas, las cuales fué necesario esperar cerca de dos años.

En fin, el breve de Pío IV, con fecha del 7 de febrero de 1562, otorga la fundación del nuevo Carmelo, donde la regla, no mitigada, y basada sobre la más estricta pobreza, sería vivida de nuevo.

Mas la hostilidad humana era tal, en presencia de esta «extravagancia femenina», que fué preciso tratarlo clandestinamente. Se adquirió, en uno de los arrabales de la ciudad, una casa pequeña con «hermosas vistas y un cercado», y allí, luchando con los obstáculos por la falta de dinero, y aprovechando las libertades del monasterio sin clausura, Teresa estimula a los obreros, a fin de darle algún

aspecto conventual a la pobre vivienda, en la que habitaba temporalmente uno de sus cuñados, enfermo, y a quien ella había obtenido el permiso para atenderlo.

Curado el enfermo, en el momento oportuno, fué colocado el Santo Sacramento en el humilde monasterio de San José de Avila, en la mañana del día de San Bartolomé; en tanto que cuatro huérfanas pobres, privadas de dote, tomaban el hábito en presencia de la fundadora, y de dos de sus compañeras... Ceremonia en la cual, fué la pobreza grandemente honrada, y en la que los ángeles de Belem debieron sentirse regocijados...

Teresa resume su alegría en una corta frase: «Esto fué para mí, como estar en una gloria.»

Mas, apenas saboreada esta hora bienaventurada, la tentación la asalta, y hela de nuevo atormentada por un gran combate. La duda la invade; la inquietud la domina; las tinieblas cubren toda certitud; y ella sufre un dolor punzante, que el Señor calma seguidamente, dejándola muy cansada.

En la noche de ese día de emoción, ¡cuán grato le hubiera sido el permanecer entre sus nuevas hijas y cantar las Completas en una unión perfecta de los corazones, y luego, tomar al fin, algún reposo, después de varias noches y tantos días pasados «en inquietudes y trabajos agotadores!...»

Es cierto que todo se había realizado en el

secreto. Cierta también, que los «teólogos» que la aconsejaban, le habían dado licencia para obrar, y que su propio juicio no la ofuscaba, ya que ella estaba pronta a toda sumisión, según lo afirma repetidas veces: «Como veían ser muy provechoso para toda la Orden, por muchas causas, que aunque iba con secreto, y guardándome no lo supiesen mis prelados, me decían lo podía hacer; porque, por muy poca imperfección que me dijeran era, mil monasterios me parece que dejara, cuanto más uno. Esto es cierto, porque aunque lo deseaba por apartarme más de todo, y llevar mi profesión y llamamiento con más perfección y encerramiento, de tal manera lo deseaba, que cuando entendiera era más servicio del Señor dejarlo todo, lo hiciera, como lo hice la otra vez, con todo sosiego y paz.» (1).

Pero... en la Encarnación no se ignora por mucho tiempo, y antes de la noche, le fué intimada la orden de reintegrarse a su monasterio. Inmediatamente, Teresa se restituye; y cuando, después de una dura reprimenda, se le permitió explicarse, lo hizo con una gracia tan humilde, y al mismo tiempo tan firme, que fueron apaciguados los corazones.

Mas no ocurrió lo mismo en la ciudad, donde la agitación era extremada, y donde la oposición no dejaba de ir en aumento: el Ayuntamiento, los regidores y los doctores

(1) Ob. cit., t. II, pág. 134.

de cada Orden religiosa, convocados en asamblea extraordinaria, dieron su dictamen; y, sin la intervención de un religioso dominicano, el Padre Domingo Ibáñez, se hubiera concluído con la supresión del monasterio.

No obstante, fué empeñado un proceso ante el Consejo real, contra las pobres monjas, tan incapaces de afrontar enjuiciamientos tan onerosos...

En el más fuerte de los ataques, dijo Jesús a su sierva: «¿No sabes que soy todopoderoso? ¿De qué temes?» Y a su vez, contesta ella: «Señor, esta casa no es mía; por vos se ha hecho; ahora que no hay nadie que negocie, hágalo vuestra Majestad.» Añadiendo después: «Y quedaba tan descansada y tan sin pena, como si tuviera a todo el mundo que negociara por mí; y luego tenía por seguro el negocio.» (1).

Al cabo de algunos meses, las hostilidades disminuyen, y Teresa obtiene el permiso de residir en el monasterio de San José, adonde la siguieron algunas de sus fieles compañeras de la Encarnación.

Dos años más tarde, un breve papal confirma la fundación del Carmelo reformado de Avila, y su privilegio de observar una absoluta pobreza.

«NUNC DIMITIS SERVUM TUUM DOMINE»..., hubiera podido rezar Teresa, des-

(1) Ob. cit., t. II, pág. 143.

pués del gran esfuerzo empleado para plantar este joven árbol—aún tan frágil—destinado a dar tanto fruto...

Pero su tarea no está aún terminada, y Dios no la permitirá dejar esta tierra antes de haber esparcido abundantemente la fructífera semilla de la reforma. Cuando la paz absoluta le será concedida, serán diez y siete los monasterios que de sus manos, habrá ofrecido al Señor.

Mientras tanto, ella podrá gozar de este lugar silencioso, merecido por su renunciamento. Y a pesar de los rigores del clima de Avila—tan rudo para una salud siempre precaria—, los cinco años pasados en las heroicas alegrías de su primera fundación, le serán un tiempo querido entre todos.

¿Quién podrá expresar el fervor de las trece religiosas instruídas por su santa madre?... ¡Divinas alegrías de la soledad, de la pobreza desprendida de todo bien, de la penitencia liberadora!...

En el pequeño monasterio, privado de todo, el júbilo abundaba; y estas jóvenes mujeres, que acababan de arrancarse al lujo, a la riqueza, a las solicitudes del mundo, cantaban un purísimo ALELUIA, en alabanza al Señor, por haber dado al mundo, a Teresa, gloria de su creación.

En la intimidad espiritual, la fundadora, a pesar de sus pudores y de su discreción, se entregaba por completo. Jesús la poseía vi-

siblemente, y su mirada contemplaba, más allá de las apariencias, las verdaderas realidades : El porvenir le era a menudo revelado ; la ternura divina, allanaba ante ellas las dificultades materiales : «¿Qué me pides tú, hija mía, que yo no haga?»—le decía el Señor—. Y la inquietud no la visitaba más, puesto que la Providencia velaba, y por alguna limosna, llenaba de nuevo la hucha vacía.

Frecuentemente, un aletazo la elevaba hacia las cimas : ella luchaba por no perder pie, y, destrozada por una extrema laxitud, parecía haber combatido contra un gigante... Mas, generalmente, toda resistencia era vana ; el alma huía a las regiones divinas, y sucedía que el cuerpo, arrastrado por ella, permanecía alzado de la tierra... También de vez en cuando, el pulso, interrumpido, yacía rígido e inerte, y luego, pasado el arrobamiento, quedaban sus miembros doloridos durante varios días.

Nueva elección de Cruz, pues estos favores, hicieron conocer al alma un martirio «sutil y penetrante» : «está así, que ni del cielo le viene consuelo, ni está en él, ni de la tierra le quiere, ni está en ella, sino como crucificada entre el cielo y la tierra, padeciendo, sin venirle socorro de ningún cabo. Porque el que viene del cielo (que es, como he dicho, una noticia de Dios tan admirable, muy sobre todo lo que podemos desear), es para más tormento, porque acrecienta el deseo ; de

manera que, a mi parecer, la gran pena algunas veces quita el sentido, sino que dura poco sin él.

Parecen unos tránsitos de la muerte; salvo que trae consigo un tan gran contento este padecer, que no sé yo, a qué lo comparar. Ello es un recio martirio sabroso.» (1).

Teresa prohibía a sus religiosas el dar a conocer los privilegios divinos de que era objeto; mas algunas veces, el éxtasis la tomaba ante extraños: entonces ella disimulaba lo mejor que podía, excusándose con su enfermedad cardíaca, y rogaba le trajeran algún alimento, a fin de achacarlo todo a su debilidad... Pero estas astucias piadosas, no engañaban a nadie, y la reputación de su santidad se propagaba cada vez más.

Viviendo, como ella vivía, en lo más alto de las cimas místicas, continuaba, no obstante, sencilla y corriente, normal—sin que este último término tenga nada de paradoja—. ¿No son los santos, no solamente las «personalidades más acabadas», sino aun los únicos seres plenamente normales, puesto que han establecido en ellos el triunfo soberano de la lógica hasta en sus más estrictas consecuencias, y realizado absolutamente su verdadero fin, franqueando los límites carnales, y conduciendo a la criatura, hasta el grado más alto a que ella puede pretender?...

(1) Ob. cit., t. I, pág. 59.

¡ Cuán bien lo verificamos en Teresa de Avila ! Cuanto más alto sube en su camino de perfección, más se amplifica su acción ; sus virtudes naturales, al mismo tiempo que sus menores cualidades, adquieren más relieve, y su personalidad, procura al espíritu una total satisfacción.

El monasterio de Avila es pobre ; cada una trabaja allí para asegurar el orden de la casa, y ganar algún dinero. Teresa se entrega activamente a la labor de aguja, y sus bordados son muy admirados. Asume también su parte en los quehaceres domésticos, y cuando le llega el turno «de semana» en la cocina, ella no quisiera, a ningún precio, ceder su puesto. Cocinaba muy bien, «con mucha alegría», y se ingeniaba a preparar muy cuidadosamente la frugal comida de sus hijas.

Se interrumpe contra su voluntad de hilar, para redactar, por orden de sus superiores, el relato de su vida ; «el Camino de Perfección» y las «Constituciones», escrito todo al correr de la pluma, en los instantes sustraídos a las obligaciones monásticas, y en los cuales, con un lenguaje sencillo, sin aderezos, y, sin embargo, elegante y preciso, nos describe los estados místicos más elevados, y las más sutiles emociones divinas.

Esta criatura, a la vez tan completa y tan exenta de artificio, nos muestra tan bien el conjunto de sus cualidades, dispuestas según el orden necesario, que una admiración frag-

mentaria la falsearía : es preciso considerarla en la unidad de su ser, espejo de la sencillez más elevada.

Estos años, pasados en San José de Avila, son un alto bendecido en su camino. Mas la caridad de Cristo la oprime ; su corazón sufre pensando en la condenación de las almas ; sobre todo, en las de los luteranos, cuya herejía ensangrentaba la Francia y conquistaba a Inglaterra. Pero ella forjará nuevas «armas de luz», y combatirá contra ellos, por su salvación...

Y el 13 de agosto de 1567, hela, pues (acusada de loca, por los prudentes del siglo) ; acompañada del capellán Julián de Avila—a caballo—y de una media docena de religiosas, amontonadas en tres o cuatro carros cubiertos con toldos—donde ellas practicaban con la regularidad posible los ejercicios monásticos— ; y seguida por algunas gentes de servicio, en camino a través de la ardorosa Castilla, para fundar, a veinte leguas de allí, con cincuenta maravedises en la faltriguera, el monasterio de Medina del Campo.

Mas la casa retenida de antemano con esta intención, le es denegada, en razón a la oposición hecha por los religiosos vecinos ; y ante esto, tuvo necesidad de obtener improvisadamente la autorización de guardar a su rebaño en una casucha ruinoso, perteneciente a una viuda caritativa.

A media noche, los viajeros echan pie a

tierra ante la ciudad dormida ; y, habiendo despertado con fuertes golpes en su puerta al administrador de su huéspeda, «quien pasa una noche muy molesta», transportan su reducido mobiliario, rodeando los muros exteriores, a fin de evitar el encuentro con los toros destinados a la corrida del día siguiente, que precisamente en esta hora tardía eran conducidos a la ciudad. «Cargados como nosotros estábamos—cuenta Julián de Avila—teníamos el aire de gitanos que acaban de desvalijar una iglesia.» La noche se pasa en barrer, en erigir el altar, en colocar la campana ; luego, al empezar el día y según indicación del capellán local, se hizo levantar de la cama a un bravo notario, a fin de hacer constar, por una escritura en debida forma, el establecimiento de un monasterio, provisto de la autorización y la bendición del superior eclesiástico...

Al alba, colocado el Santo Sacramento, refugiadas las hermanas en una escalera formada con tablas separadas figurando un coro cerrado, repica la campana anunciando la primera misa, entre la gran estupefacción del vecindario...

Como los muros ruinosos defendían muy mal la capilla, Teresa tuvo que colocar guardias para proteger el tabernáculo ; y llegada la noche, al claro de luna, ella los vigila desde una ventana, temiendo verles adormirse.

Con gran pena, una semana más tarde fué encontrado otro domicilio, donde la vida mo-

nástica pudo ser observada con toda regularidad.

Tal será en adelante, y durante varios años, la vida de esta carmelita, minada por una fiebre continua, presa de violentos dolores de corazón y de estómago, cuyo espíritu contempla la humanidad gloriosa del Salvador, o la acción del Santo Espíritu en las almas justas, y la cual debe, traqueteando a lo largo de los caminos, con desprecio del sol y de la lluvia, ir de ciudad en ciudad, tratando con los obreros, arreglando las viviendas deterioradas, y velar por los más humildes detalles materiales.

Los viajes a través del campo español del siglo XVI, son fecundos en incidentes, y sus hosterías no ofrecen sino pobres refugios...

Ora la pequeña manada se extravía en la oscuridad, y el guía se eclipsa en el momento crítico; ora atraviesa entre grupos ruidosos, donde frecuentemente estallan palabras malsonantes que degeneran en risa, y hacen desenvainar las espadas... Constantemente los carros se atascan, y es necesario meter mano a las ruedas. Otras veces, no pueden franquear un paraje estrecho, y se ven precisados a cercenar los ejes... Bajo el sol ardiente, los viajeros, extenuados, no encuentran muchas veces, a la hora de la siesta, otra sombra que el arco de un viejo puente. En la hospedería, una noche, encontraron solamente, una par de huevos, que la hostelera

había guardado para su cena. Ella los cede a Teresa, que se encontraba agotada; y ésta, agradecida, aprovecha toda ocasión en adelante para enviarle algún recuerdo...

En ciertas posadas, desprovistas de víveres y criados, Teresa y sus hijas preparan, con las provisiones para el camino, su comida y la de sus gentes. En los grandes fríos del invierno, llegaban a menudo caladas hasta los huesos; los vestidos helados, sin encontrar la confortación de un buen fuego, y una habitación acogedora. Y después de todo esto, al final del viaje, les esperaba la más extrema pobleza...

¡Cuántas noches dormirían sobre el duro suelo, desnudo, o sobre un delgado colchón verminoso, sin tener siquiera un cobertor para cada una!

Una vez hecha la nominación de los cargos en la nueva fundación, Teresa se oscurecía totalmente; se colocaba en el puesto más humilde, y a pesar de sus enfermedades, se la veía barrer, hacer la colada, servir al refectorio, preparar la comida...

Con frecuencia, después de todo un día tratando asuntos de la comunidad, o conversando con personajes eminentes, venidos de muy lejos para recibir sus consejos, restando tiempo al sueño, cogía la rueca y se ponía a hilar...

¡Admirable vigilancia, que no desfallece jamás! Cuanto más alta vive Teresa en la comunicación divina, mejor conoce la fragi-

lidad de la criatura, y se guarda en el temor de Dios, y en la desconfianza de sí misma. Los favores recibidos, la cargan con pesada responsabilidad; la cuenta estricta de tanta riqueza le será pedida, y en el fervor, un instante de abandono conduce a una regresión... ¿Qué podrá ella si la gracia le fuese retirada? Sin descanso, Teresa vigila, reza, doma a la naturaleza, pronta siempre a morder en el espíritu; no descuida ninguna imperfección, se humilla a la vista de su nada, y atribuye toda su virtud al Señor.

En este estado de control perpetuo sobre sí misma, ninguna rigidez aparente, ningún esfuerzo exterior; ninguna tensión que grave sobre su reserva, a la vez grave y jocosa. «¡Dios nos preserve—decía ella—de los santos enfurruñados!» ¿Y qué santa más amable, más atrayente, más sencillamente buena y alegre, que esta gran mística tan continuamente mortificada en su vida de penitencia?

Los santos, no son solamente los exploradores de la ruta de la verdad; ellos nos revelan también un poco de la suavidad divina. Su sello especial es la alegría, «esta armonía de todas nuestras potencias con la voluntad de Dios» (1); y el santo y seña dejado a sus hijas, que no faltará jamás detrás de los altos muros del claustro, es: **SERVITE DOMINO IN LAETITIA**, última expresión del renunciamiento.

(1) Santo Tomás.

A pesar de sus sufrimientos, de sus fatigas, de los múltiples incidentes del camino, y de la inquietud de llegar alguna vez a una fundación, sin saber por qué medio será asegurado el pan cotidiano, Teresa mantiene su alma gozosa, y se convierte en la animadora de todos. Con sus relatos encantadores, ella aligera la laxitud de sus hijas, o echando pie a tierra, les lleva «florecitas y hierbas para refrescarlas».

Las bellezas de la naturaleza la encantan; los límpidos arroyuelos, le producen un vivísimo gozo, y el espectáculo de la Creación, como un libro viviente, la eleva hacia el Creador. De vez en vez, le subían espontáneamente a los labios algunas canciones, que hacían parecer más corto el camino; o bien acogía, sonriente, con gracia exquisita, alguna amable sorpresa, verbigracia, como la de aquel día en que, camino de Andalucía, una familia cristiana le ofrece, así como a sus hijas, una abundante hospitalidad.

Sentada Teresa a la mesa de sus huéspedes, acepta con su acostumbrada sencillez, tan dócil en toda circunstancia, las perdices que le fueron servidas, en tanto que una sirvienta se decía, extrañada, a sí misma: «Si es una santa, como se dice, ¿comerá perdices?» A lo cual la viajera, penetrando este secreto pensamiento, le responde de pronto: «Querida mía, conserva esto bien: hay tiempo para la perdiz, y tiempo para la penitencia. Cuando

perdiz, perdiz, y cuando penitencia, penitencia.»

¿No está encerrado en esta frase todo el equilibrio de Santa Teresa?...

Así iba ella, creando lugares de oración, y luego, después de darles un alma, volvía a tomar su camino, con el corazón oprimido, al separarse, por una tristeza humana, declarada sin embarazo: «Una pena, muy grande para mí, era la de dejar a mis hijas y hermanas cuando había de pasar de un lugar a otro. Las amaba tan tiernamente, que no era ésta la más pequeña de mis cruces..., sobre todo cuando me decía que no las tornarí a ver más, y era testigo de sus lágrimas... Ellas están muy desasidas de todo el resto, pero Dios no ha querido que lo estén de mí, quizá para encontrar la manera de darme un nuevo tormento, ya que yo tampoco lo estoy de ellas»... (1).

Establecido el oasis de quietud, lo abandonaba para recorrer de nuevo la arriesgada ruta, con este heroico buen humor que sus compañeras no dejaban de admirar. Una, celebraba la gran maravilla de una intención tan perfectamente recta, que hasta sus menores acciones estaban ordenadas únicamente en Dios, y otra respondía: «¡Ni sus sublimes ejercicios de virtud y de perfección, ni su oración y contemplación, ni sus arrobamientos, sus éxta-

(1) Ob. cit.

sis, sus visiones, ni siquiera la ardiente caridad que llena su alma, me han causado jamás tanta admiración como esè don divino de la paciencia, que resplandece en ella!» (1).

Durante los nueve años que transcurren desde la partida de San José de Avila, en 1567, al de la fundación del monasterio de Caravaca, realizada inmediatamente después de la de Sevilla, Teresa ha establecido once Carmelos femeninos de estricta observancia (2), e iniciado la reforma masculina, por la erección de dos conventos de hombres : Duruelo (1568) y Pastrana, en el año siguiente.

En lo que concierne a la reforma de los carmelitas, fué secundada por el hermano San Juan de la Cruz, «un monje y medio», según su graciosa expresión, aludiendo a la pequeña talla del hermano Juan, quien, verdadero discípulo de Teresa, se elevará, en sus pláticas con ella, a tan sublimes consideraciones, que sus almas, de vez en vez, arrastrarán a sus cuerpos más allá de la tierra. Un día, fueron encontrados los dos, alzados del suelo, y arrojados en Dios, cada uno a ambos lados de la verja claustral ; lo cual hizo decir a la Santa, siempre dispuesta a ocultar con una sonrisa los privilegios divinos : «Es peligroso hablar con nuestro hermano Juan de la Cruz ; no sólo

(1) Relato del Padre Pedro de la Purificación.

(2) Medina del Campo, Malagón, Valladolid, Toledo, Pastrana, Salamanca, Alba, Segovia, Beas, Sevilla, Caravaca.

entra él en éxtasis, sino que hace entrar a los otros.»

Para colmo de esta agotadora labor, tuvo que añadir, durante tres años (1571-1574), el cargo de priora del monasterio no reformado de la Encarnación, en circunstancias particularmente difíciles, pues la nominación había sido hecha por autorización del padre visitador, Pedro Fernández, sin admitir a las religiosas su derecho de elección.

Así, cuando la nueva priora, acompañada por el mismo visitador, y llevando en sus brazos una estatua de San José, llega al monasterio, donde estaban sus mejores amigas, se desencadena una violenta protesta; y es acogida con gritos, injurias y maldiciones, hasta tal punto, que tuvo que intervenir la justicia para conseguir la instalación de Teresa.

Mas su alma, siempre unida a Dios, no era accesible a la agitación, y no aspiraba sino al recogimiento; tanto, que, al encontrarse de nuevo en aquel coro, que la había acogido joven religiosa, y olvidando el motivo que allí la vuelve, se restituye directamente a su antiguo puesto. Luego, apercibiéndose de su distracción y disimulando «un deseo de reír que la invade a pesar de su pena», se apresura hacia el banco prioral; instala en él una imagen de la Virgen de la Clemencia, le coloca las llaves del monasterio, y arrodillada a sus pies, declara a María la verdadera priora de la comunidad.

Mientras que este acto de humildad apacigua poco a poco los agitados corazones, Nuestra Señora acepta el cargo, y el sitio ocupado por su imagen, se vió, al canto de la SALVE, rodeado de una multitud de ángeles que venían a residir entre sus hijas.

El encanto de Teresa había triunfado ; mas su tarea no era menos pesada : ¡ arrancar progresivamente a ciento treinta religiosas de sus muelles hábitos y conducir las sin tropiezos hacia una más segura perfección !...

No obstante, el resultado fué plenamente logrado ; y el monasterio de la Encarnación llegó a ser tan fecundo en votos para la reforma, que San Juan de la Cruz fué, durante cinco años, el confesor habitual.

Mientras tanto, la priora, embargada por la fiebre todas las noches, y extenuada por frecuentes sangrías, padecía grandemente de todas formas : Sufrimientos del cuerpo, pero también del alma sostenida entre los más excepcionales favores ; contemplando los misterios de las tres Personas divinas en frecuentes visiones ; conversando con Cristo ; admitida a contraer el indisoluble lazo de la unión espiritual, donde «el alma llega a ser, según se puede juzgar, una sola cosa con Dios» (1). «En adelante—dice Jesús a Teresa—tendrás cuidado de mi honor, no sólo porque soy tu Creador, tu Rey y tu Dios, sino porque tú eres mi

(1) Ob. cit., t. VI, pág. 286. (Año 1572.)

verdadera esposa. Mi honor es el tuyo, y tu honor, es el mío.» Colmada de gracias divinas, ella se consume con un deseo tan intenso de poseer plenamente a su Dios en la unión paradisiaca, que su vida «no es más que un martirio, pero un martirio sabroso», y el exceso del dolor la conduce al arrobamiento.

Así, un día de abril, en el convento de Salamanca, el canto de coplas expresando el sufrimiento del alma privada de su Dios («Mi vida no es más que una muerte sin ti, ¡ oh !, mi verdadera vida..., ¡ ah ! Cuándo vendrás, pues, a terminar mi destierro...») la hace entrar en un largo y doloroso éxtasis, que acaba con una lamentación, en la cual, estrofa por estrofa, describe la agonía de su corazón : «¡ Vivo sin vivir en mí, y tan alta vida espero, que muero porque no muero !... ¡ La esperanza de subir hacia ti, me causa un dolor tan vivo, que muero porque no muero !... ¡ Que venga la muerte dulcísima, pues muero por que no muero !»...

Continuamente, su alma sufre en la alegría ; las tentaciones la visitan ; los remordimientos de sus faltas pasadas la atormentan ; la sequedad y los grandes abandonos interiores, incluso en los días festivos, la sumergen en una amarga soledad, que sólo puede romper la presencia sensible de su Maestro : «¿ Piensas, hija, que está el merecer en gozar ? No, sino en obrar y en padecer y en amar»...

¿ Y cómo amar más ? ¿ Cómo trabajar más ?.. El corazón, dirigido hacia Jesús, no es sino

una llama..., pero la medida del sufrimiento no está nunca colmada... ; la cruz es la divisa del amor... ; y la cruz es lo que recibirá Teresa, como el mismo Cristo, en recompensa de la tarea fielmente cumplida.

Siente cerca la persecución, y se turba : «El considerar las columnias tan granves, que iban a traer contra mí, me espantaba, y sentía yo desaparecer aquel valor que yo tenía siempre, cuando se trataba de sufrir por Dios...» Pero el Niño Jesús la fortalece para el ataque, y, colocándose entre sus brazos, le dice : «No te asustes, mi Padre es con tu alma, en una unión incomparablemente estrecha»...

«En nosotros—había escrito Teresa varios años antes—, las palabras de Dios, son obras».

Hela aquí, pues, libre y fuerte, de pie, bajo la nueva cruz.

3

Los «carmelitas descalzos»—es decir, no reformados—experimentaban una sorda irritación contra la obra de Santa Teresa, que ellos trataban de minar, solapadamente, primero ; abiertamente, después.

Volvía Teresa de esa penosa fundación de Sevilla—la cual, a pesar de ser comenzada con una carencia total de medios, y entre las más dolorosas hostilidades, habíase terminado con una procesión triunfal bajo los arcos de

«taffetas» amarillo y carmesí, a través de los claustros y capilla, adornados «con bellos altares e ingeniosas invenciones, entre otras, la de una fuente de donde brotaba agua de azahar, debida a una amable fantasía eclesiástica»—, y no había tomado aún el ardiente camino del retorno, cuando el Cabildo general de la Orden, reunido en Plasencia el 21 de abril de 1575, dictaba inicuas medidas contra la reforma.

Los «religiosos desobedientes, rebeldes y contumaces, conocidos bajo el nombre de Carmelitas descalzos», abandonarán, en el término de tres meses, todos sus monasterios de fuera de Castilla, y deberán someterse, antes de tres días, bajo pena de graves represalias.

En cuanto a Teresa de Avila, en quien se manifiesta groseramente «el espíritu ambulativo», en espera de que un Nuncio la trate de «mujer inquieta y andariega», deberá cesar de toda fundación, y retirarse, para no salir más, a un monasterio de Castilla, elegido por ella misma; y no se titubea en abrumarla con las más graves acusaciones...

«Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos... Bienaventurados sois cuando os maldijeren y dijeren todo mal contra vosotros, mintiendo, por mi causa: Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón muy grande es en los cielos» (1).

(1) Mat., t. V, págs. 10 a 12.

En esta persecución, Teresa vió el coronamiento y la consolidación de su obra, y una alegría intensa se apodera de ella.

«En cuanto a la perspectiva de no fundar más—dice ella—, era para mí un verdadero descanso: ¡Cuántas veces había deseado yo terminar mi vida en el reposo!»

La tempestad fué terrible. El padre Graciano fué relevado de su cargo y encarcelado al mismo tiempo que otros varios carmelitas—particularmente el padre Antonio de Jesús, y San Juan de la Cruz, quien detenido en Toledo, en una especie de cueva, cubierta de vermina, alimentado sólo de pan y agua, y azotado hasta sangrar, por sus propios hermanos, es, después de muchos meses de cautividad, milagrosamente libertado...—. Las religiosas de la Encarnación son excomulgadas—además irregularmente—por haber reelegido a Teresa como su priora... En todos los monasterios, las carmelitas reformadas son perseguidas, hostigadas, vejadas de todas formas, y a menudo interrogadas ante tribunales, que, por medio de amenazas, les arrancan falsas declaraciones, las cuales, si bien son retractadas después, ello no empece para que, entre tanto, sean gravemente explotadas contra la reforma.

«¡Nadie—escribió entonces Teresa—toma la defensa de la verdad, o dice alguna buena palabra para abogar por mi causa!... Pero Dios me ha concedido la gracia de que me

encuentre entre todas estas pruebas, como en el seno de la alegría»...

Y en presencia de este desencadenamiento satánico, ella acaba por acudir al rey Felipe II y exponerle los hechos. Cuatro asesores fueron nombrados por Real decreto, y encargados de examinar la cuestión, persuaden pronto al Nuncio a modificar sus sentimientos, en tanto que dos «descalzos» se embarcan secretamente para Roma, y apoyados por un informe favorable de la comisión real, obtienen de la autorización pontifical un breve, estableciendo la separación de las dos familias carmelitanas: reformada y mitigada. Pero los gastos que originó el viaje a Roma, fueron una carga en extremo pesada para los pobres monasterios femeninos, ¡que eran solos a soportarla!...

Al fin, fué recuperada la libertad de servir a Dios siguiendo la más elevada perfección, y el padre Graciano fué elegido provincial de los «descalzos».

No obstante, la persecución alentaré aún, solapadamente, durante muchos años, y se pretenderá desnaturalizar el espíritu de la obra teresiana bastante después de la muerte de la fundadora: El padre Graciano será desterrado, y San Juan de la Cruz, despojado de todos sus cargos, enviado al desierto de la Peñuela... Habrá que esperar hasta el 1593 para obtener la separación total y efectiva de los dos brazos de la Orden.

Este tiempo—en el cual vivió Teresa reclusa—es extremadamente fecundo. No solamente redacta la relación detallada de sus fundaciones, y el «Castillo Interior», donde describe con sutil precisión, las diversas moradas por las que atraviesa el alma hasta llegar a esa celda central, «donde se suceden entre Dios y el alma las cosas más secretas», sino que, además, sostiene una numerosa correspondencia, que nos permite comprender mejor los aspectos familiares de su naturaleza, y recoger los avisos, siempre llenos de afectuosa solicitud, que ella dirige a sus prioras.

Son sus cartas—a pesar del exceso de sus ocupaciones—a menudo extensas y hasta prolijas; repletas de sencillos detalles de la vida cotidiana, y le acontece escribirlas generalmente, entre doce y dos de la madrugada.

Otras veces, termina bruscamente, o garrapea una simple esquila, pues el arriero espera. Le remite el pliego cerrado por una lengüeta de papel, deslizada por una hendidura practicada de un lado a otro de la hoja, y sellado con su sello; una calavera, que ella reemplaza bien pronto por la faz de Cristo, pues Teresa no gusta de las imágenes tristes.

El arriero recibe la mitad del porte; la otra, se la pagará el destinatario, quien a veces lo encuentra en la misma carta, al abrirla; pero raramente, ya que los caminos son poco seguros, y el correo está en riesgo de caer en manos deshonestas o indiscretas. Por ello, es pe-

ligroso escribir demasiado abiertamente, y para contar sus querellas con los Carmelitas mitigados, de quienes ella no quisiera «ni aun ver los muros», Teresa emplea sobrenombres. Sus perseguidores son designados como los «gatos» o los «pájaros nocturnos». El Nuncio se convierte en «Matusalem», mientras que el «Gran ángel» encubre al cardenal Quiroga; San Juan de la Cruz, y el padre Graciano, responden al nombre de Séneca y Eliseo, respectivamente; y la corresponsal, ocultando asimismo su nombre, se firma con el seudónimo de «Lorenza».

* * *

Desde lejos, Teresa lo dirige todo; gracias a sus cuidados, el espíritu del Carmelo se mantiene en todas las circunstancias, y cada punto particular, se encuentra regulado, según el justo equilibrio. Ella aconseja a sus prioras en la elección de las novicias, quienes deben ser inteligentes, provistas de una suficiente instrucción, dar pruebas de buen juicio, y les enseña a conducir las almas, con la discreción necesaria, sin pretender perfeccionarlas «a fuerza de brazos», y sin dejarse guiar por sus atractivos personales. «Las jóvenes prioras, obran a impulso de sus propias inclinaciones», cuando su deber es ayudar progresivamente a cada religiosa, según su capacidad intelectual y espiritual.

Las monjas no son esclavas; cada cual debe seguir su camino original; y si la mortificación

es indispensable para adquirir la libertad perfecta y franquear los grados más altos de la vida espiritual, no es, sin embargo, más que un medio dirigido hacia el objeto único : el perfeccionamiento interior. Y..., ¿qué ejemplo de discreta prudencia deja de dar la Santa fundadora en todas las circunstancias, en el curso de esta larga y preciosa dirección epistolar?... ¿Se trata de una nueva penitencia corporal? Pues antes de autorizar a sus hijas a practicarla, la experimentará ella.

Martiriza sus carnes hasta llagarlas ; mas cuando se trata de otro, ella se muestra circunspecta, y modera sus generosidades demasiado ardientes, con una autoridad sonriente, como lo demuestran ciertas cartas a su hermano Lorenzo : «Tomará la disciplina muy de tarde en tarde ; de esta manera la sentirá antes, y le dañará menos. No se golpee, sin embargo, demasiado ; esto importa poco, además, aunque piense que sea imperfección, no hacerlo... Y si ese cilicio llegare a toda la cintura, ponga un pañico de lienzo al estómago, que es muy dañoso ; y mire que si sintiera mal en los riñones, que ni eso ni la disciplina, no lo tome, que le hará mucho mal ; que más quiere Dios su salud que su penitencia, y que obedezca.»

Y a este mismo, quien le da cuenta de su vehemente amor por Dios : «No será malo, cuando alguna vez despertare con esos ímpetus de Dios, sentarse sobre la cama un rato , y no deje de mirar siempre de tener el

sueño que ha menester su cabeza ; que aunque no se siente, puede venir a no poder tener oración, y procure no sufrir mucho frío, que para ese mal de hijada, no le conviene.»

Teresa no envía únicamente cilicios y disciplinas a su familia, sino, además, ya, a uno ya, a otro, algunas frutas y dulces, y también una bola de agua caliente para recalentar las manos en la iglesia, durante los largos sermones. Y muy atentamente, sigue las penosas condiciones de existencia de su hermano Pedro, inquieto y desorientado, que le es causa de grandes preocupaciones.

Esta misma prudencia, la aplica en los decaimientos de la salud. «Es mejor cuidarse un poco—escribe—a estar enfermo.»

Pero a ella, sin embargo, sufriendo de enfermedades crónicas penosísimas, y doliéndole la cabeza constantemente, le es preciso cumplir su tarea, sobrecargada por la correspondencia que cercena sus noches, ya demasiados breves. Pero su juicio discretísimo, se amolda a las necesidades de los diversos tratamientos, y sabe tomar el descanso cuando hace falta, y lo mismo el abstenerse de oración, con el fin de evitar la fatiga cerebral. Su vigilancia respecto de la salud de sus hijas, es extrema; tanto más, cuanto que ella sabe por experiencia cuánto participa el alma de las enfermedades del cuerpo, y a qué indolencia o, al contrario, a qué exceso de ilusiones puede conducirla una simple causa física.

Con la más neta clarividencia, ella encubre sus pretendidos arrobamientos, diciendo que no son generalmente sino desfallecimientos físicos, «flaquezas de mujeres»; así como sus «largos espasmos», los cuales es necesario cortar sin demora, puesto que fácilmente se vencen con aumentar el descanso, y con una nutrición sustanciosa.

Teresa conoce a todas sus hijas y a lo largo de sus cartas, regula los detalles especiales según el temperamento particular de cada una. Ella sabe la solidez de cada espíritu, y la firmeza de cada alma. De este modo, prescribe las direcciones con toda seguridad: «En cuanto la Cuaresma acabe, quítenle el ayuno a la hermana de quien he hablado. Yo quisiera saber lo que ella quiere decir, por esa fuerza que Dios pone en ella; ella no lo explica...

»De la San Jerónimo, será menester hacerla comer carne algunos días, y quitarle la oración, y mandarle vuestra paternidad que no trate sino con él, o que me escriba; que tiene flaca la imaginación y lo que medita, le parece que ve u oye; bien que algunas veces será verdad y lo ha sido, que es muy buen alma...

»Por Beatriz, ha menester ayunar poco. Mándelo vuestra paternidad a la priora, y que no las deje a estas dos hermanas tener oración a tiempos, sino ocupadas en otros oficios, porque no vengamos a peor, y créame que es menester esto».

La solicitud de Teresa por sus hijas, se

extiende hasta a los menores detalles con una emocionante ternura, y las delicadezas de un corazón amante, se revelan a lo largo de las cuatrocientas cincuenta admirables cartas, donde se hallan resumidos más de doce años de su vida cotidiana.

Están esmaltadas estas cartas de consejos sobre higiene, y de recetas médicas: a una le recomienda no hilar, cuando la fiebre se apodere de ella; a otra le aconseja el jarabe «del rey de los Medas», que le ha «devuelto la vida», y prohíbe con insistencia, el beber agua de zarzaparrilla; luego, una receta de fumigación, «con yero, coriandro, cáscaras de huevo, un poco de aceite, y un poquitín de romero y de espliego». Mas, sin duda alguna, el mejor remedio será—como lo escribe a su sobrina María Bautista, priora en Valladolid, que sufría fuertes dolores de cabeza y gran melancolía—el de su presencia siempre alegre y valerosa: «Yo quisiera estar allá, que habría bien que hablar para entretenerla».

A todas sus amigas dispensa la Santa Madre el tesoro de sus afectos; pero, permaneciendo con una lucidez y una franqueza sin decaimiento respecto a ellas, ya que, cuanto más querida le es una persona, menos puede ella verla desfigurada por cualquier defecto.

Las expresiones de su amistad, brotan espontáneamente. A su fiel amigo Francisco de Salcedo, escribe: «Y no piense que es tiempo perdido el escribirme, que lo he menester a

ratos ; a condición que no me diga tanto que es viejo, que me da en toda mi alma mucha pena». Al padre Báñez : «No hay que espantarse de cosa que se haga por amor de Dios ; pues puede tanto el de Fray Domingo, que lo que le parece bien a él, me lo parece a mí, y lo que quiere él, quiero yo ; y no sé en qué ha de parar este encantamiento...» A decir verdad, desde el final de la carta, el encanto crece, si juzgamos por esta frese : «y de poco humilde, no me quiere creer...»

Al padre Rubeo, general de los carmelitas, escribe ella : «Primero entienda vuestra paternidad, por amor de Nuestro Señor, que todos los descalzos juntos, no tengo en nada, a trueco de lo que toca en la ropa a V. P. Esto es así, que es darme en los ojos, dar a V. P. ningún gusto». Y cuando él muere, ella llorará todo el día, ¡ «sin poder hacer otra cosa» !

Sobre el padre Antonio, expresa su parecer sin ambages : «Este padre, me cansa con extremo ; sin embargo le quiero mucho , sí, mucho, pues es un santo, pero eso no puede impedirme de ver que Dios no le ha dado el don de gobernar».

Con una gracia siempre alerta, ella expresa netamente a cada uno su pensamiento : «Días ha que no me he mortificado tanto como hoy, con la carta de V. M. Porque no soy tan humilde que quiera ser tenida por tan soberbia ; ni ha de querer V. M. mostrar su humildad tan a mi costa... Nunca

carta de V. M. pensé romper de tan buena gana...»—escribe al padre Gonzalo Dávila. Más, sobre todo, es con su querido protector el padre Jerónimo Graciano con quien su corazón se exploya sin restricciones: él tiene treinta años, cuando ella lleva bien cumplidos los sesenta; nada, pues, tan emocionante, como la expresión de esta amistad, a la vez maternal y filial. En medio de sus graves preocupaciones, Teresa se inquieta por su salud, y asimismo por su bienestar. Se propone él, ir a Sevilla, donde hace extragos la peste; ella le disuade y alega: «Es verdad, Dios le ha dado la salud; pero el exponerla al peligro, sería capaz de quitarme la vida». En otra ocasión, bromeando sobre las caídas del buen padre en sus viajes a lomos de mulo, para visitar los monasterios, añade: «Yo no sé qué borriquito es ese, ni para qué ha de andar vuestra paternidad diez leguas en un día; que en una albarda es para matar. Con pena estoy si ha caído en ponerle más ropa, que hace ya frío...»

Como siempre, el afecto y la franqueza caminan a la par; y como testimonio, damos aún la siguiente carta, tan vivamente alegre: «¡Jesús sea con vuestra paternidad, mi padre y mi superior, como El me dice! Ello, me ha hecho reír mucho, y me ha alegrado en un mismo tiempo. Cada vez que lo recuerdo, es una recreación para mí, de ver con qué tono tan serio parece decirme que no juzgue a mi superior. ¡Oh padre mío! ¡Bien poca necesidad

tiene de jurarlo, no como un santo, sino con mayor razón, como un carretero ! He aquí una verdad de la que yo estoy muy convencida ; cuando Dios concede a alguno ese celo y ese deseo del bien de las almas con que El le ha enriquecido, El no lo priva para con los mismos sujetos. No digo más de esto ; sólo le recuerdo que V. P. me ha dado todo el permiso, para juzgarlo, y pensar de él, lo que yo quiera» (1). Si quiere hacer comprender alguna exhortación más íntima a su padre e hijo espiritual, el subterfugio de un seudónimo lo suavizará : «Quiero decirle una tentación que me ha venido ayer, sobre Eliseo, y que aún me dura. Parece que se le escapa alguna vez, de no decir la verdad en toda cosa ; es, yo lo veo, en cosas de poca importancia ; más querría que se observase mucho en ello. Por caridad, quiera V. P. rogárselo con insistencia de mi parte. A mi entender, no se llega jamás a una entera perfección cuando se abandonan así. Vea en qué me meto, como sino tuviera otros cuidados. ¡ Que V. P. tenga el de encomendarme a Dios, que tengo mucha necesidad...» ¡ Admirable Santa, de quien se desearía citar cada carta, cada línea ; tan empapados están sus menores pensamientos de sentido y de reconfortante bondad !...

Mas sin duda, la delicada flor de su amistad, donde mejor se manifiesta, es en su inti-

(1) Cartas de Santa Teresa. Tomo II.

midad con la exquisita María de San José, su hija predilecta, quien, a pesar de las heridas hechas al corazón de su madre, no recibe de él sino una inagotable ternura: «Héme holgado tanto, que me enterneció y caído en gracia todos sus perdones. Con que me quiera tanto como yo la quiero, yo la perdono lo hecho, y lo por hacer... Cuando estuve en Sevilla, y yo la trataba como a mi hija muy querida, harto mal me hacía el no ver en ella la misma llaneza y amor. Mas con su carta, todo se me ha quitado, y quédase solamente la voluntad que no se acordará más de lo pasado, para que amengüe su exceso...» (1).

Extensamente, frecuentemente, escribe Teresa a su querida priora de Sevilla, feliz de retardarse, y no resolviéndose a dejarla: «No sé acabar cuando le escribo, y sin embargo esto me cansa»... «Riéndome estoy, de verme cargada de cartas, y qué de espacio me pongo a escribir cosas impertinentes»... «Aunque yo la quería mucho, es ahora tanto más, que me espanta; y así, me dan deseos de verla y abrazarla mucho...» Así, de este modo, sencillamente familiar y amante, la gran mística, elevada hasta la visión de la Trinidad, ora descubre el tesoro de su sensibilidad; ora se ocupa de los más ínfimos detalles materiales. Por ejemplo, de la instalación de una fuente, o de un horno, del que «dicen es una maravilla»; o bien

(1) Cartas de Santa Teresa. Tomo I.

agradece envíos de membrillos, de pescado, de manteca, de flor de azahar, de almendras, de un «timbal», que será ofrecido a un bienhechor de la casa ; pues, «aunque este señor vaya vestido de sarga», no hay «nada malo, en que beba en una copa tan hermosa» ; luego, expresa sus menudos deseos, y pide azahar «seca en su tallo, y almibarado en azúcar» ; o un poco de agua de rosas ; también una estampa de San Pablo, pero bonita, para que ella «tenga gusto en verla» ; y un día, la divirtió sobremanera, el recibir cocos ; esa «curiosa fruta»...

A menudo, entre estos amables cambios de presentes, y en medio de estas humildes cuestiones domésticas, una sola frase la sumerge, de un golpe, en ese abismo de humildad, al que ella se entrega prosternada : «¡ Que vuestra paternidad pida a Dios haga de mí una verdadera religiosa carmelita, pues más vale tarde que nunca»... «Comienzo a traer una vida religiosa, pida a las hermanas de rogar porque esto dure»...

Siempre sumisa a la voluntad del Señor, no tardará Teresa a comenzar de nuevo sus largos viajes de antaño : La persecución, es cada vez mayor ; las almas la solicitan, y es necesario ir a dar ánimo a las hijas lejanas. Cuando le dan la orden de partir, ella la comunica al padre Graciano, para que vea «lo que se pide a la pobre viejecita». Y el 25 de junio de 1579, he aquí de nuevo a esta mujer de sesenta y

cuatro años, «tan quebrada», tan enferma, pero segura en la serenidad, sin sombra ni turbación de la suprema morada, de donde el alma puede elevarse, volver al camino de Medina, Valladolid, Alba, Salamanca..., etapas bendecidas, por las que la Santa Madre deja el postrer encargo, ya que estos lugares tan queridos, no la volverán a ver más...

De Malagón, parte para la fundación de Villanueva de la Jara, el 13 de febrero de 1580, y de paso, se detiene en Toledo. Este viaje, fué un viaje triunfal, que evoca la entrada del Señor en Jerusalem, sobre caminos cubiertos de palmas, en la víspera del Calvario.

La multitud se aprensa a su paso, pues su santidad es bien conocida de los humildes, hasta en sus más apartados villorrios. Y mientras que ella come en casa de una virtuosa dueña, dos alguaciles, tienen que guardar la puerta, y para salir, hubo «hasta que prender a algunas personas».

Al atravesar una villa, un campesino le ruega que acepte la espléndida comida que le ha preparado, y al serle rehusada, le pide, al menos, que bendiga a su familia y a sus rebaños, que él conduce a su presencia. Los religiosos de los vecinos monasterios salen a su encuentro procesionalmente, y reciben su bendición de rodillas... Los niños escoltan su carro...

Después de haber fundado a Villanueva, Pastrana, Soria, y al marchar hacia Burgos para establecer allí otro monasterio, el 2 de enero

de 1589—bajo las más rudas intemperies—, las gentes sencillas se prosternan aún a su paso, en testimonio de profunda veneración, quedando ella muy extrañada con la oposición de un arzobispo, que era, precisamente, el único que deseaba su marcha.

En camino, la aflige un nuevo ataque de parálisis, del cual le quedó la lengua trabada. Luego, una llaga en la garganta vino a aumentar sus sufrimientos, y en una cama pequeña—que hubo que improvisar—es donde arregló las difíciles negociaciones de su última fundación.

Como siempre, Teresa bendecía a Dios en el sufrimiento, y le daba gracias por su pobre jergón : «¡ Oh Maestro mío, que cama tan deliciosa ; mientras que vos estáis, ¡ vos !, sobre una cruz !»

Si le hacían algún obsequio, inmediatamente lo remitía a los pobres. Pacientemente, y sin que nada turbara jamás su paz interior, esperó durante cuatro meses, con toda humildad, a que variara de humor el arzobispo. Y luego, fundado el monasterio, y sin concederse la dulzura de gozar de su obra, vuelve a partir, como siempre...

El otoño la encuentra camino de Alba, agotando sus últimas fuerzas ; en la pequeña villa de Peñaranda, se desvanece de sufrimiento, y sus hermanas no tienen para ofrecerle sino algunos higos... ¡ Ningún recurso en la pobre aldea, ni siquiera un huevo !..., y al día si-

guiente, por toda pitanza, le llevarán «coles cocidas con gran cantidad de cebolla».

Llegada al monasterio de Alba, resiste de pié varios días aún ; mas, atacada por un flujo de sangre, tuvo que guardar cama...

Teresa va a subir hacia el Señor ; y acoge a la muerte con alegría, acción de gracias y humildad, repitiendo con David : «Sacrificio para Dios, es el espíritu atribulado ; al corazón contrito y humillado, no lo despreciarás, ¡ oh Dios !»

El monasterio espera con recogimiento el instante misterioso en que esta alma—que conoce quizá desde aquí abajo, todo lo que una criatura puede conocer de su Dios—va a gozar de la visión beatífica. Algunos prodigios anuncian la hora suprema : una estrella luminosa ; una paloma inmaculada ; una larga procesión de celestes personajes, que rodean su cama... Mientras le llevan el viático, ella habla : «Hijas y señoras mías : Perdónenme el mal ejemplo que les he dado, y no aprendan de mí, que he sido la mayor pecadora del mundo, y la que más mal ha guardado la Regla y Constituciones. Pídoles por amor de Dios, mis hijas, que las guarden con mucha perfección y obedezcan a sus superiores. Si la guardasen con la puntualidad debida, no es necesario de otros milagros para canonizarlas». Luego, resplandeciente el rostro y en un supremo ímpetu de amor, recibe a Jesús : «¡ Mi Bien Amado ! ¡ Mi Maestro ! ¡ Ya ha llegado la hora para mí de

quitar este destierro, y mi alma va a gozar plenamente de vos, como ella ha deseado tanto !»

Incansablemente, con una sumisión y una gratitud infinita, repite : «¡ En fin, Señor, soy hija de la Iglesia !...» Pero bien pronto, no puede ya hablar más... A su alrededor, Ana de San Bartolomé—fiel compañera de todos sus viajes—, que no la abandona un momento, la viste enteramente de lienzo nuevo, lo cual agradece ella con dulce sonrisa . Después, en una última expansión de su corazón, tan tierno, Teresa, agonizante ya, atrae a su querida Ana ; ella misma coloca su cabeza entre los brazos de ésta, y vuelve hacia sus hermanas su rostro—donde aún hay huellas de la belleza de su juventud—el cual, en esta hora suprema, aureolado por la santidad, está aún mucho más resplandeciente.

Y en oración, en medio de una paz profunda y un celeste júbilo, y exhalando suaves perfumes, ella permanece entre los brazos de su compañera, que piensa morir de dolor... Cristo se deja ver a la cabecera de su sierva, y Ana, se somete al fin a la pesada cruz que se le ofrece : «Señor—exclama—, si Vuestra Majestad quería conservármela para mi consuelo, ahora que he visto la gloria que le destináis, yo os pido de no retenerla un momento más aquí abajo». Y como si este FIAT supremo, rompiera el único lazo terrestre, Teresa exhala en este momento mismo su último suspiro. Fué en la noche del día de San Francisco, el 4 de

E L C A R M E L O

octubre de 1582, dejando al mundo iluminado y confortado con una pura llama de amor, que España, fiel, supo expresar con un fervor que hubiera halagado a la virgen de Avila.

«No me mueve, mi Dios, para quererte,
El cielo que me tienes prometido ;
Ni me mueve el infierno tan temido,
Para dejar por eso de ofenderte.
Tú me mueves, Señor ; muéveme el verte
Clavado en una cruz y escarnecido ;
Muéveme ver tu cuerpo tan herido ;
Muéveme tus afrentas y tu muerte.
Muéveme, al fin, tu amor, y en tal manera,
Que, aunque no hubiera cielo, yo te amara,
Y aunque no hubiera infierno, te temiera.
No me tienes que dar porque te quiera ;
Pues, aunque lo que espero, no esperara,
Lo mismo que te quiero, te quisiera.»

III

LOS ORIGENES DEL CARMELO EN FRANCIA

Entre los designios reparadores de su reforma carmelitana, Santa Teresa menciona en varias ocasiones, la lucha por la oración y la penitencia, contra los grandes estragos de la herejía luterana, en el cristianísimo reino de la Francia. Así vemos, igualmente después de la muerte de su madre, a las carmelitas de España prolongar esta solicitud, y estar prontas a franquear la frontera, cuando el Señor haga sonar la hora, y sin dudar que su misión ha de conducir las un día a combatir por la unidad cristiana, sobre el mismo suelo de la nación dividida.

Ocurre, pues, que un hidalgo francés, Jean de Quintanadoine, señor de Brétigny-sur-Brionne, de origen español, cuya juventud se formó en Sevilla, después de establecerse en sus tierras de Normandía, y cerca de los treinta años, hace un viaje a España

(1582-1586), donde, conducido por un amigo al monasterio de Sevilla, en el que era continuamente priora María de San José, el encanto del Carmelo le conquista de pronto, y para siempre. «Era—dice H. Bremond—de estos seres deliciosamente buenos y humildes, que aceptan el sacrificio como la cosa más natural» (1). Y hele aquí, convertido inmediatamente en fiel servidor de las carmelitas, cuidando de su establecimiento en Lisboa, y meditando el conducir las a Francia.

Leal al espíritu de Teresa, María de San José, aseguraba que ella iría «antes a Francia que a cualquier otro lugar», y acogió el proyecto con gran entusiasmo.

Mas la hora no había llegado, y tardará aún cerca de veinte años, sin cansar la paciencia del piadoso Quintanadoine, convertido en sacerdote, en 1598, el cual, entregado a la causa teresiana, piensa, muy a propósito, que el medio mejor de servirla es el de hacer conocer los escritos de la Santa Reformadora. Y no sólo contribuye con largueza a los gastos de la primera edición española, sino que traduce al francés la vida de Teresa de Avila, al mis-

(1) Ob. sobre los orígenes del Carmelo en Francia: Henri Bremond, «Histoire littéraire du Sentiment religieux en France», t. II, chap. IV.—Abbé Houssaye: «M. de Bérulle et les Carmelites de France.»—Abbé Gramidon: «Notes historiques sur la réforme therésienne.»—R. P. Albert de San Sauveur: «Les Carmes déchaussés en France.»

mo tiempo que ordena hacer, en talla, su retrato, y lo difunde por todas partes.

Por este medio, el libro admirable, llega hasta madame Acarie—quien iba muy adelante por los caminos de Dios—quien, además de la pesada carga que le suponía su casa con sus seis hijos, agrupa a su alrededor a algunas amigas elegidas, ansiosas de encontrar el camino donde poder mejor servir al Señor..., y he aquí que, durante su oración, y por dos veces, Santa Teresa se le aparece, para indicarle que ella debe trabajar por la instalación del Carmelo en Francia, y que todas las dificultades se allanarán, ante la obra santa. En efecto, al día siguiente de la Liga, no pareció muy sencillo el conseguir que aceptasen, tanto el país como el Soberano, una institución española, sea de la Orden que fuera..., y la erección de un monasterio no pareció deseable entre la gran cantidad de las recientes fundaciones religiosas.

El buen sentido mismo, se mezclaba a combatirla con consideraciones prácticas, de unas miras muy cortas: «¿Qué necesidad de establecer una nueva orden? ¿No hay ya bastantes? Tantas casas religiosas perjudican el comercio; impiden el desenvolvimiento de las ciudades, pues ocupan sin fruto el terreno; y por los vastos espacios de los que ellas se apoderan, causan molestias considerables a los habitantes, obligados a hacer largas caminatas y fatigantes rodeos para trasladarse de un ba-

rrio a otro...» (1). No se les escapaba tampoco el añadir, que «el bien que entra en los conventos, está como perdido para el Estado», y que la sociedad estaba grandemente defraudada por la pérdida de tantas jóvenes atraídas hacia el claustro, que «hubiesen podido llegar a buenas madres de familia y concurrir al bien público...»

Los hombres deliberan, pues, para fijar a Dios sus límites; pero ante el Señor, dueño de la tierra, todas las barreras se derrumban súbitamente...

El 18 de julio de 1602, Enrique IV firmaba las cartas de la fundación del primer Carmelo de Francia, requerido por su prima Mlle. de Longueville, inspirada ésta a su vez, por madame Acarie y por el futuro cardenal de Béruille; y al año siguiente, después de vencidas una serie de dificultades, los benedictinos del priorato de «Notre-Dame-des-Champs», situados en el «faubourg» «Saint-Jacques», consentían, al fin, a ceder su sitio a las futuras hijas de Santa Teresa.

Aquel lugar, estaba poblado de grandes recuerdos. Según aseguraban, se había refugiado en su capilla subterránea San Denis, durante el tiempo de las persecuciones; y, después de haberla consagrado a la Santísima Virgen, llevó a ella una imagen de Nuestra Señora, la cual, si se da crédito a una antigua

(1) Manuscrito del Carmelo de Burgos, citado por el Abbé Houssaye, pág. 255.

tradición, es la primera que se vió en Francia.

En el espacioso recinto, se erigió una iglesia, bajo la advocación de San Miguel, la cual, de acuerdo con la tradición teresiana, ofrecía una vista extensa y apacible. «Hacia el norte —escribe el abate Houssaye— se veían perfilarse en el cielo, los campanarios vecinos de «Saint-Magloire» y de «Saint-Jacques du Haute Pas». Más lejos, los de «Saint-Etienne y Sainte Geneviève». Más allá, entre la bruma, un bosque de torres y flechas: los colegios, capillas e iglesias de l'Université. Al poniente, se erguía, a poca distancia, la gran iglesia de los «Chartreux», rodeada, como una madre de sus hijos, por las celdas de sus monjes. Al Levante y Mediodía, huertas y campos de bosques; por horizonte, una línea zulada de colinas... Y por todas partes, aire puro, silencio, y paz.»

Sin perder tiempo, los albañiles pusieron-se al trabajo, a fin de erigir un monasterio como los de España, o sea, siguiendo el plan trazado por la misma Santa Teresa. Por otra parte, las negociaciones para conseguir que fueran a presidir la fundación francesa algunas de las más importantes monjas españolas, instruídas directamente por la Santa, se proseguían activamente.

Una vez más, el excelente Quintanadoine estaba dispuesto a cruzar la frontera, para conducir a buen fin, esta obra, que parecía como su misión particular.

Pero el asunto era delicado; pues si bien

el rey había abierto su reino a las carmelitas, no sucedía lo mismo con los carmelitas, de los cuales se temía alguna intriga que reavivara los penosos recuerdos de la Liga, y el mismo San Francisco de Sales, en su perfecta moderación, estimaba prematura su ida a la Francia.

Hubo pues, que aceptar esta separación con los carmelitas de España, los cuales no habían imaginado jamás la posibilidad de dejar partir sin ellos, a un país extranjero a sus hermanas, sometidas, por otra parte, a su jurisdicción. Jurisdicción nada rígida—es necesario decirlo—, y cuyos poderes eran sólo exteriores. La Santa Reformadora—nosotros lo hemos visto—procuraba mantener muy ligera la dirección espiritual de sus monasterios, sin ligarse exclusivamente a ninguna orden masculina, ni aún a la de su propia familia religiosa; siendo mucho tiempo el superior de su monasterio de San José de Avila, el obispo don Alvaro de Mendoza, antes de remitirse a la dirección de los padres carmelitas, por el consejo de Nuestro Señor, al cual Teresa se une al punto (1).

El vínculo era pues estrecho entre monjes y monjas nacidos de la Reforma Teresiana, y su distensión no se efectuó sin algún sufrimiento... Toda fundación, se erige sobre el sacrificio; el de la ruptura fraternal, fué una

(1) Obras de Santa Teresa, t. IV: Fundaciones, pág. 224.

de las bases del Carmelo de Francia. Este no fué aceptado espontáneamente; las dificultades de toda índole, las repugnancias humanas, suplantaron momentáneamente el impulso generoso; pero, cuando apareció la bula del Papa Clemente VIII, fundando el Carmelo francés, y colocándolo bajo la triple jurisdicción eclesiástica de M. M. de Bérulle, Gallemant y Duval, los espíritus acabaron por sosegarse con la obediencia al Santo Padre.

Bérulle, Brétigny, Mmes. de Pucheuil y Jourdain, que vivían en el cenáculo de madame Acarie, y su ayudanta Rose Lesgue, se reunieron todos en España para escoltar a las religiosas hasta París. Y vencidos los últimos sobresaltos de amor propio, y las últimas dudas, cuando el minuto de obedecer sonó definitivamente, la tierra de Francia recibió, por fin, a Ana de Jesús—la hija querida de Santa Teresa, a quien ella llamaba «su corona», y a quien había designado como la heredera de su pensamiento—; a Ana de San Bartolomé—la compañera de la Santa hasta su última hora—, a Eleonora de San Bernardo; a Isabel de San Pablo, a Isabel de los Angeles y a Beatriz de la Concepción, después de un largo viaje por los caminos de España, que debió a menudo recordar a la pequeña bandada—compuesta de veintidós personas y de dieciocho mulos— las correrías de su Madre Teresa, durante el período de sus fundaciones.

(Caminos fangosos, encharcados por la llu-

via ; carros hundidos ; hosterías llenas, que obligaban a una parte de los viajeros a pasar la noche sobre una silla, mirando a las estrellas ; escasos de todo alimento en las pobres villas ; fatigas indecibles, en fin). Ana de Jesús sufría de la gota ; la fiebre lenta, minaba a Eleonora de San Bernardo ; mientras que violentos accesos de fiebre, también, se apoderaban todas las noches de Mme. de Jourdain...

Con el fin de hacerles vacilar en su resolución de dejar España, se había representado a las pobres carmelitas de Francia, como entregada a la más sangrienta herejía, y reserván-doles, por lo tanto, un martirio seguro.

Pero, lejos de amedrentarlas, su valor se exalta con el pensamiento de la persecución, y, deseosas de apresurar la hora bienaventurada, sacaban fuera del coche sus crucifijos y sus rosarios, para testimoniar su fe. Mas el buen pueblo francés, ignorante de su ardor y de sus secretos pensamientos, las acogía muy amablemente ; y de este modo, llegaron con toda tranquilidad a la vista de París, donde, M. de Bérulle, que se les había adelantado, las recibe el 15 de octubre de 1604. Escoltadas por Mlles. de Longueville y d'Estouville ; de la marquesa de Bréauté, de madame Acarie y de sus hijas, y agrupadas en varias carrozas, se dirigen inmediatamente a cumplir con sus devociones a Saint-Denis y a Montmartre ; y luego se instalan—el 17 del mismo mes—en el Priorado de Notre-Dame-

des-Champs, donde, al día siguiente, fué colocado el Santo Sacramento.

La fundación del primer Carmelo francés era, en adelante, cosa hecha.

Tres días más tarde, la reina, las princesas, y su séquito fueron a visitarlas «con gran pompa»; y luego, cuando esta ostentación mundana cedió ante el recogimiento, fueron presentadas a las madres españolas las almas destinadas al Carmelo. Estas se formaban desde muchos meses antes, bajo la protección del cardenal de Bérulle y de Mme. Acarie, en la pequeña Congregación de Sainte-Geneviève, la cual se proponía solamente ser el humilde plantel, donde Santa Teresa escogería sus primeras hijas francesas.

Primeramente, fueron recibidas tres novicias: Mlle. d'Hannivel, de Rouen; madame Jourdain y la doncella de Mme. Acarie, Andrée Levoix; y al final del año, eran siete a tomar le hábito.

¡Epoca magnífica que recuerda las horas más grandes de las fundaciones de España!... Mas, para estas jóvenes—aunque iniciadas, y muy profundamente, en la vida espiritual—, esta brusca reclusión en un Carmelo español, en pleno París, era singularmente dura y desconcertante. Del Carmelo, ellas no conocían más que la vida de Teresa de Avila; los detalles de esta ruda existencia, les resultaban nuevos, y, de repente, tuvieron que someterse a ella, y además bajo una dirección

extranjera—bastante rígida—, lo cual reclamaba de las francesas, tan vivaces, joviales y espontáneas, un esfuerzo no pequeño.

La vida de estas primeras carmelitas, señala una de las más hermosas etapas de la espiritualidad en Francia, y las almas, que se revelan entre las más elevadas son: Madeleine de Saint-Joseph—admirablemente bella y seductora—, sobre quien el sello divino aparece con evidencia tal, que al día siguiente de profesar ya le es confiada la tarea de formar novicias; María de Jesús, marquesa de Bréauté; Marie de la Trinité; Anne du Saint-Sacrement, devorada por el celo de la penitencia; Angélique de la Trinité, hija de Charles de Cossé, duque de Brissac, quien conquista con una lucha heroica su entrada en el Carmelo: Las hijas de Mme. Acarie, entregadas las tres a Santa Teresa; y la misma Mme. Acarie, quien, después de la muerte de su marido, se convirtió en simple hermana del velo blanco, sometiendo a la más estricta obediencia y con el más humilde renunciamiento sus brillantes dones, que habían conducido al Señor, y marcado con la huella profunda, tantas almas elegidas, que con razón se la ha podido designar, como «la mayor fuerza religiosa de su tiempo, ¡y de qué tiempo!» (1).

Sería necesario citar todos los nombres, y consagrar un volumen entero, para dar una

(1) Bremond, ob. cit., t. II, pág. 259.

idea de esta epopeya espiritual, en la que cada página está teñida con la sangre de la inmolación secreta y gozosa. Con una milagrosa rapidez, las fundaciones se multiplican. En diez años, de 1605 a 1615, Pontoise, Dijon, Amiens, Tours, Rouen, Bordeaux, Châlons, Besancon y Dieppe, poseen un Carmelo en pleno fervor. Y en 1644, a la muerte de Isabel de los Angeles—la última española que habitaba en tierra francesa—, serán cincuenta y cinco los monasterios carmelitanos arraigados allí. Desde el año 1606, las carmelitas españolas, fundadoras de la Reforma Teresiana en Francia, viendo el espíritu de Teresa de Avila, perfectamente comprendido y vivido en los Carmelos franceses, no dudaron en dejarlas a su prosperidad, para responder a la demanda de la Infanta Isabel, gobernadora de los Países Bajos, impaciente por ver establecer en Bélgica la pura tradición carmelitana, y deseosa de tener a Ana de Jesús como primera priora del Carmelo de Bruselas.

Así, en cuanto su obra quedó consolidada en Francia, las españolas no tardaron en decidirse : Flandes, sometido a España, las volvía en cierto modo a sus orígenes nacionales ; además volverían a encontrar a los padres carmelitas, y se colocarían de nuevo bajo su jurisdicción, que tanto echaban de menos.

En Bélgica, se apresuran igualmente a volver a tomar el último texto de las Constituciones, llamado de 1592 (porque fué en este año

modificado por el Papa Gregorio XIV, después de haberlo sido ya en 1590 por el Papa Sixto IV). Pues aunque esta edición, revisada por dos veces, fuese la adoptada por los monasterios de España, M. de Bérullé había preferido la versión más antigua, hecha en 1581 por Santa Teresa misma, y publicada gracias a los cuidados del padre Jerónimo Graciano, en 1588.

Esta dejaba la libertad a las prioras, de acuerdo con el ordinario, de procurar a sus hijas los confesores de quienes ellas tuvieran necesidad en los casos particulares, además de su capellán habitual ; en tanto que las Constituciones de 1592 suprimían este privilegio, y, sometiendo a las carmelitas a los superiores de su Orden, las entregaba en adelante a la discreción del provincial de los carmelitas descalzos.

En cinco años, todas las carmelitas trasladadas de España a Francia a costa de tanto esfuerzo, dejaron nuestro país, excepto la madre Isabel de los Angeles, quien, muy encariñada con él, no quiso abandonarlo, permaneciendo en Francia hasta su muerte. También los carmelitas pudieron, al fin, penetrar en ella, pero los monasterios femeninos permanecieron bajo la autoridad de los visitadores generales hasta el Concordato, después del cuál, pasaron todos bajo la jurisdicción del obispo, quien es por derecho, su superior eclesiástico.

Las dos ramas reformadas, masculina y femenina, se desenvuelven con igual amplitud ; tanto, que a la época de la Revolución, unos contaban con 63 monasterios, y los otros con 60...

La persecución destruye, secuestra, exila y enriquece de este modo el martirologio del Carmelo. Madeleine de la Croix, Firmin de la Nativité, Dosithée de Saint-Pierre ; los dieciséis carmelitas de Compiègne, y tantos otros, en la fidelidad suprema y la heroica reparación, vertieron su sangre sobre el suelo de Francia... Mas, pasada la prueba y mas abundante que nunca, la mies retoña ; los monasterios antiguos se pueblan nuevamente ; se fundan otros, y otra vez, del Norte al Sur, y del Este al Oeste, la protección de la plegaria carmelitana, cubre al país.

Pronto, sin embargo, del tronco único de la Reforma Teresiana, dos ramas francesas se separan ; una, fiel a las Constituciones adoptadas por el cardenal de Bérullé ; y la otra, a la edición de 1592. Las dos se desenvuelven con el mismo vigor, y cuentan cada una, con más de se sesenta monasterios, ya que les alimenta una misma savia ; la santidad aureola lo mismo a unos que a otros, y el corazón ardiente de Teresa de Avila, palpita siempre en cada uno de ellos.

SEGUNDA PARTE

LA VIDA CARMELITANA

LA PUERTA ESTRECHA

Esta muñeca grande que es una jovencita, escucha vagamente la conversación, donde cae el peso macizo de los nombres de Francisco de Asís, Angela de Foligno, Margarita-Marie, Juana de Chantal... ; luego, de pronto, emergiendo de la nube de su tabaco rubio, pronuncia con un delicioso suspiro: «Los Santos no son interesante, ellos están fijos, en tanto que nosotros, ¡somos tan patéticos!...» Cuidadosa de originalidad, ella no expresa, sin embargo, otra cosa que la opinión corriente del mundo ; su confusión sobre las verdaderas personalidades ; su desprecio de los más altos valores, y su complacencia en sí mismo.

Es cierto que lo «patético», nos rodea ; que está más o menos en cada ser, en todos los que llevan por el mundo su inquietud sin conocer la divina *fijeza*, atracción de su errante

carrera ; está en el hombre que sin cesar se excede a él mismo, explora los océanos, vuela sobre la tierra, o muere en las nieves inmaculadas por haber querido alcanzar la cumbre más alta ; está en todo sufrimiento ; en las agonías del espíritu y del corazón ; en la lucha ruda y silenciosa ; está en esas vidas, cuyo secreto no será revelado ; está asimismo—más no del modo que ellos lo creen—en esos mundanos que llevan su alma, sin saberlo ; y está finalmente, y, sobre todo, hasta profundidades insondables, en los que encuentran al Libertador, le nombran por su dulce nombre inexorable y, no pudiendo en adelante conocer sino a Él, caminan sobre las ásperas sendas donde ellos lo encuentran sólo, y hacen reinar sobre toda su vida la lógica del Amor. La santidad es un drama cotidiano. Igual que las cimas terrestres, las cumbres espirituales tienen sus barrancos, donde el alma, aún cerca ya del fin, puede sumergirse para siempre. Se trepa a fuerza de caídas ; de energías renovadas ; de luchas constantes que no pueden interrumpirse, sin peligro de muerte... Los Santos, lo mismo que los grandes virtuosos, llegan a no mostrar de su vida, más que una faceta cómoda, serena, salpicada de flores paradisiacas. Pero penetrando más adelante en su misterio, les vemos roturar, con las manos magulladas y a grandes golpes de azadón, un suelo rocoso, y regar, con su sangre, esos «parterres» floridos...

Sucesivamente, y a través de los siglos, la larga procesión de los seres consagrados a la persecución trágica de la perfección, se escalona sobre las pendientes de la Santa Montaña, luchando cada cual con esfuerzo singular, desde la base a la cima.

* * *

La mujer que pide al claustro le abra su puerta, para encerrarla tras ella para siempre, ha conocido ya la victoria en la lucha... Ha combatido contra su Angel en las horas en que su carne se resistía y desfallecía; cuando el amor humano le tendía sus brazos firmes; cuando su corazón cedía bajo la ternura; esa ternura que no recibiría ningún hijo de su cuerpo tan joven... Y también contra ella misma, las batallas han sido largas y dolorosas. Fibra a fibra, le ha sido preciso desprenderse de tantas cosas sencillas, que estaban íntimamente adheridas a su ser. Un renunciamiento tras otro, desde los horizontes familiares, los perfumes del mar y del bosque, hasta la libertad de andar, de reir, de cantar a su gusto; desde los rostros amigos, abandonados uno a uno, hasta la casa tibia, acogedora, donde continuarán viviendo los hermanos y hermanas alrededor del puesto vacío, de año en año más estrecho; y sobre todo, hasta a la pobre madre, que inclinada bajo su cruz, conduce a su hija hasta la frontera infranqueable...

Una campana lanza al aire sus menudos repiques ; la pesada puerta se abre ante esta criatura llamada por Cristo, quien con vivo paso atraviesa el umbral entre una hilera de monjas cubiertas con el velo ; el largo claustro desnudo la absorbe en su claridad, en tanto que el silencioso monasterio, resuena bajo el ruido de la puerta, altivamente rechazada... La gruesa llave, da la vuelta a la cerradura ; los cerrojos resbalan... Y, al igual que un lago estremecido un instante por un ligero soplo, la paz monástica se cierne de nuevo sobre un alma más, absorbida en sus límpidas profundidades.

* * *

Ante la priora, la nueva hija se arrodilla para recibir su bendición, y besar la imagen del Maestro, a quien ella va a servir. Después, con un gesto fraternal—primera demostración de un afecto cuyos testimonios serán numerosos a lo largo de su vida claustral—cada una de las religiosas la abraza.

Un instante después, heña en el coro, ofreciendo su oblación al Señor y a la Virgen. Luego, en el jardín cerrado del noviciado, sus hermanitas la acogen con hermosa sonrisa y tierno abrazo, que quisiera expresar cuánto comprenden ellas, esas emociones profundas del primer día...

Pero esto no es más que un contacto fugitivo ; pues, durante unos días, será confiada a

una de las monjas, quien se convertirá en su «ángel» y la iniciará en la vida monástica, más viviendo cerca de la comunidad, a fin de ser observada con discreta prudencia.

Antes de ser admitida al interior de la clausura, ha sido ya sometida a una indagación, que la habrá reconocido inteligente, atraída por la oración y el renunciamiento, de buena salud, sin enfermedad peligrosa para sus compañeras, y capaz de participar en los ejercicios del coro.

De este monasterio, en donde tras una determinación meditada y libre, ha encerrado su juventud, para no salir sino muerta, la aspirante a carmelita lo ignora todo; ya que, hasta entonces, una rigurosa clausura no ha podido ceder ante ella, y ni aún de sus futuras hermanas, le ha sido posible ver el rostro.

¿No oirá alguna vez una voz alegre, conocida de ella, tras la reja, además de esta nueva familia, de la que ella es la última hija...? No. En seguida, ante sus primeros pasos, dama Pobreza se adelanta, y la guía a través de los lugares monásticos, adornados solamente con su meticulosa limpieza; netos, blancos, fríos; cruces negras, y negras sentencias sobre las paredes encaladas; humilde mobiliario de madera de pino... ¿Puede suprimirse de arriba a abajo algún objeto superfluo, o disminuir lo necesario? ¡Imposible! Todas las supresiones han sido ya hechas, y allí está, ciertamente, el auténtico reino de la

mística novia del pobrecito de Asís, tan querida de Santa Teresa, que habita ya la estrecha celda, donde la recién venida, entregada a su soledad primera, espera el próximo ejercicio común.

Tres metros de lado, cuyos muros blancos son perforados por una ventana desde la que se divisa el patio del convento o algún apacible horizonte campesino; una cruz de madera, sin Cristo; una pila de agua bendita y alguna imagen, reproduciendo alguna obra bella y edificante... Posado en el suelo, y en un barreño, un cántaro de agua; un pequeño pupitre formando escritorio, y una cesta de labor; un banco estrecho y bajo, y en un rincón la cama: sobre dos caballetes, una tabla cubierta con un jergón; sábana y almohada de lana blanca, y una cubierta de buriel; algunos libros piadosos..., y ahí está todo su dominio, y el testigo de su lucha cotidiana, de sus alegrías y sus desfallecimientos...

Lo esencial, es lo único que allí se encuentra, y la verdad, es quien lo habita; despojada de toda ficción, la mentira no puede penetrar, y la más alta libertad reina allí, en ese cuadro estrecho, rodeado de muros, detrás de las macizas verjas. Escapada del mundo, solamente desde algunas horas, la sierva del Señor, siente ya esta libertad que corta sus ligaduras, libertándola; apenas quitado el mundo, nota un súbito retroceso; los rostros amados son vagos, se van esfumando; un jú-

bilo confuso la invade; un flujo y reflujo de tumultuosos sentimientos brotan de su alma, que se abisma en la paz, y, entre el gran silencio que la rodea, las nuevas palpitaciones de su corazón, hacen un ruido sordo y profundo..., y le parece que entra en su eternidad. Impetus íntimos le suben a los labios, mientras que lee y relee la pregunta fijada en el muro: «Hija mía, ¿qué vienes a hacer aquí?...» A buscaros a vos solo, Jesús... ¡Alleluia!... Señor: ya que me habéis escogido..., que vuestro reinado llegue para mí... Que renuncie a él mismo, aquél que quiera ser vuestro discípulo, y tome su cruz. Yo he oído vuestra voz, mi Dios, y vos no habréis hablado en vano... Vos me habéis dicho: «Entra por la puerta estrecha, a fin de encontrarme». Yo he entrado, Señor; heme aquí, heme aquí, y vos estáis ahí...

* * *

Terminada la prueba, la futura Carmelita sigue de nuevo los largos corredores, acompañada por la priora, hasta el noviciado; apenas entrevisto aún, donde, durante más de tres años, sufrirá la formación particular y continua, que la llevará hasta los votos solemnes.

En el oratorio, donde rezan las novicias, la madre maestra confía inmediatamente al Señor, su nueva hija: «¡Oh, Jesús!, dignaos recibir esta criatura entre el número de vuestras siervas; dadle la perseverancia y haced-

le la gracia de conseguir esta vida de conformidad con Vos, que sois su modelo, y que debéis ser el único objeto de su amor».

Y todas, con un solo corazón, llaman en socorro de esta alma a las potencias celestiales, pues el gran combate—que hasta el fin de sus días ella va a sostener contra la carne y la sangre, al mismo tiempo que contra las potencias infernales que, de frente u oblicuamente, la atacarán sin piedad—la espera...

«¡Que una sólida armadura la revista, y que su corazón permanezca firme...! Santa Virgen María, San José, santo Profeta Elías, Nuestro Padre, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, guardad a la criatura que avanza sobre vuestros pasos, seducida por el glorioso esplendor de vuestra vida, en la palestra donde, después de vosotros, ella va a descender; no la dejéis desfallecer.»

Y así, las invocaciones se suceden para poner eficazmente en juego las santas protecciones, constituyendo unos minutos solemnes, llenos de recogida emoción.

La priora marcha y la postulante queda confiada a la maestra de las novicias, quien, paso a paso, la guiará, la sostendrá, y la hará seguir, escalón por escalón, la subida del Carmelo.

Entonces ella, cambia sus vestidos por un modesto hábito negro; cubre su cabeza con un velo, y toma su sitio entre el pequeño rebaño.

Pequeño rebaño en verdad, ya que el número de religiosas de un monasterio carmelitano, no excede ordinariamente de veinticinco, comprendidas las tres hermanas conversas, autorizadas por las Constituciones, lo cual da generalmente un noviciado poco poblado, pero en el que conviven las edades más diversas; pues si bien es necesario, salvo dispensa, tener diez y seis años cumplidos para entrar en el Carmelo, no reina otro límite que el de las fuerzas. Vírgenes casi niñas y viudas—algunas veces madres de familia—se unifican allí, en una cordial fraternidad.

Los seis meses de postulante, son la segunda prueba en la iniciación; no el atrio aún, pero sí las gradas del templo, donde ella se tiende humildemente en la espera.

Sin duda necesita recobrase, profundizar con mirada lúcida hasta el fondo de su alma; establecer todo su ser en el orden y la paz, tan necesarios después de tantas emociones como la habrán agitado desde algunas semanas...

Para tocar esta sensibilidad, puesta en extrema tensión por las últimas luchas; a este espíritu fatigado de ser espiado por él mismo en sus menores reacciones, para comprobar su valor y su sinceridad; a esta voluntad tensa, que hay que doblar sin romperla..., hace falta una caridad comprensiva... Pues la mujer que, con un gran impulso, se hurta al mundo, se abate algunas veces, des-

trozada por el esfuerzo, a los pies de la Virgen del Carmelo. ¡Sufrimientos capaces de conmover todos los instintos de un ser desorientado por esta entrada brusca en el desierto!... ¡Desgarramientos interiores que, algunos años más tarde, harán exclamar a una Teresita del Niño Jesús: «...Yo me preguntaba si es que no iba a morir. ¡Ah! ¡Qué instante!, ¡qué agonía! ¡Es preciso haberla probado para comprenderla!»)

La postulante tiene a menudo cierta analogía con una convaleciente. Acaba de escapar, si no de la muerte, al menos de la vida incompleta que la acechaba; ha roto las redes, y se ha desligado de los lazos..., mas hela aquí cansada y despojada de todo; sus manos, llenas ayer de los frutos de la tierra, están vacías, y no tienen fuerza sino para unirse y tenderse hacia el Dios de los ejércitos, fuerza de los débiles.

Los seis meses, serán, pues, una iniciación progresiva. La postulante de menos de veinte años no estará sujeta al ayuno; todas tendrán, generalmente, más reposo que sus mayores, y los trabajos necesarios les serán impuestos juiciosamente.

El estudio de la regla, de la liturgia y del latín, la formación del carácter, el control del continente exterior—pues hay que habituarse a hablar sin mímica ni gestos—, el examen de sí misma, la penetración de la vida interior, la adaptación al trabajo manual, unido a los

ejercicios obligatorios, llenan muy cumplidamente sus días, sin sobrecargarlos. Así, cuando llegue la hora de subir un peldaño más para entrar en el noviciado, la postulante habrá tenido todas las posibilidades para meditar sobre su vocación, y experimentar su firmeza.

En la sala Capitular, donde, a lo largo de los muros, y en dos filas, se coloca la comunidad en forma de asamblea, penetra ella, conducida por la maestra de las novicias y, en el silencio de esta armonía blanca, morena y negra, se arrodilla; luego, para demostrar el conocimiento de su nada, besa la tierra y dice al fin: **BENEDICITE**. La respuesta de la priora, **DOMINUS**, le concede la palabra. Y entonces, dividida entre el sentimiento de su insuficiencia, y la esperanza de una indulgente acogida, y dirigiéndose más que a las criaturas, a Jesús, maestro de los corazones, ella implora: «Pido gracia y misericordia a la Santa Comunidad, y suplícole muy humildemente de recibirme para el santo hábito, aunque, ante Dios y ante ella yo me reconozca muy indigna. Mas espero, con la gracia de Dios y el socorro de sus plegarias, obrar mejor en el porvenir que he obrado en el pasado.»

Da de nuevo un beso a la tierra, símbolo de su humillación, y luego escucha los avisos de la priora, quien seguidamente la da la licencia: «Id, hermana mía, con la esperan-

za de que nuestras hermanas accederán a vuestros santos deseos.»

Y la joven postulante, después de un gesto de sumisión, lleva a sus labios el escapulario de su priora, y se retira silenciosa y grandemente emocionada por haber tenido que levantar la voz, sola, ante el tribunal fraternal.

(¡Muy diferentemente se emocionará, en cambio, el día de su toma de hábito, de una sencillez tan penetrante, después que la comunidad, en voto secreto, la haya juzgado digna de ello!) Una semana de retiro y un recogimiento más intenso, la ha preparado para esta hora en la que va, por más tiempo, a ligarse a la vida claustral.

Ella ha podido interrogarse, medir su valor. Cierta, ella permanece libre; ahora, al año siguiente, y aún más tarde, se abrirá, a su petición, la puerta del monasterio para devolverla al mundo, si éste le llega a resultar atrayente; sin vergüenza, sin remordimientos, sin dificultades, podrá de nuevo tomar el camino de su vivienda familiar, seguida por las oraciones, las cuales, de lejos, querrán aún envolverla y ayudarla.

Mas la hora de revestir el santo hábito es solemne; un instante emocionante entre todos es cuando la postulante, toda vestida de blanco y coronada de flores como una desposada, avanza hacia los suyos—de quienes la separan ha seis meses esa austera portada—, que la esperan con los brazos abiertos y con

una emoción imposible de describir... Porque, ¿cómo expresar, en un momento tal, la compleja multitud de los sentimientos de esta madre que tiende los brazos a la hija suprimida, a esta hija que le sonrío, mientras su corazón, alto y firme, se vuelve hacia el Esposo, divinamente exigente, con un amor indivisible?...

Algunas veces, el mismo padre conduce a la desposada al altar, y más de uno repite con el padre admirable de Teresa de Lisieux: «Doy gracial al Señor, por el honor que me hace al escoger una esposa en mi casa... Si yo poseyera alguna cosa mejor, me apresuraría a ofrecérsela.»

Con un cirio en la mano, ella se arrodilla cerca de su madrina, y asiste a la misa. Mas los suyos no harán sino una blanca y fugitiva aparición, pues apenas termina la misa, todos la acompañan a la puerta del monasterio, expresando su muda alegría por el canto del MAGNIFICAT: «Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu está arrebatado en Dios, mi Salvador... El ha considerado la bajeza de su sierva, y hace en ella grandes cosas...» Sí, pues parecele que su alma monta rápida hacia el Jubilo, y que se disuelve en él...

De nuevo la gran puerta se abre, y todas las monjas, derechas bajo los pliegues del manto, forman una virginal avenida que, por la doble hilera de cirios encendidos, aparece centelleante de estrellas. La novicia cae de

rodillas ante su Señor en cruz, que una hermana le tiende para que lo bese ; después, su mano en la de la priora, sigue a la procesión, quien, por el interior del claustro, la vuelve a conducir a la iglesia.

Por uno y otro lado de la reja del coro, la ceremonia va a terminar. Y los cantos semejan cubrir su ruta de inmaculadas flores : «¡ Oh, Virgen, entre todas gloriosa, elevada por encima de los astros !... Lo que Eva nos ha arrebatado, tú nos lo devuelves por medio de tu dulce Hijo... Tú eres la Puerta del gran Rey...»

En el santuario, lleno de asistentes silenciosos, las voces se perciben cada vez más distintas, y a menudo, lo invaden... Tras los barrotes, vacila la llama de los cirios ; de nuevo el blanco y negro se alinea pacíficamente, en tanto que la novicia se arrodilla cerca de la reja, donde la espera su santo hábito.

El sacerdote se aproxima hacia ella, y entonces comienza el diálogo inmutable a través de los siglos, donde ella, con las más concisas y más simples palabras, afirma la libertad y la fuerza de este amor incomparable que la retiene para siempre, tras los altos muros, preferidos entre todos :

—¿ Qué pedís ?

—La misericordia de Dios, la pobreza de la Orden, y la compañía de las hermanas.

Entonces el sacerdote, por hacerle una vez

más medir su valor, y en cierto modo inflamar esta alma y descubrir alguna posible hendidura, le dice la ruda vida que le espera: La muerte de los sentidos; el renunciamiento a las más lícitas alegrías humanas; los rudos trabajos y las austeridades más rudas aún; y el silencio, y el frío, y la soledad, sin tregua hasta la muerte... Después interroga de nuevo:

—¿Y es por vuestra franca voluntad y por vuestro propio deseo por lo que queréis tomar el hábito de la religión?

—Sí.

—¿Perseveráis en decir que no tenéis ningún impedimento canónico, conforme a las demandas que os han sido hechas antes?

—Sí, persisto.

—¿Queréis constantemente perseverar en la Orden hasta la muerte?

—Sí.

—¿Queréis, pues, guardar sus cosas por el solo amor de Nuestro Señor?

—Sí, con la gracia de Dios y las plegarias de mis hermanas.

—Que Dios, pues, que os ha guiado hasta nosotros, os sostenga hasta el término; que El os despoje de toda la vida del viejo hombre.

¡Que por el amor de Cristo, en el que ella quiere desde hoy sepultarse, los colores de Nuestra Señora y de Teresa de Avila, la señalen en adelante con un sello visible, por la penitencia reparadora, por la caridad oculta!...

Terminado esto, sale un instante con la priora y la maestra de las novicias, a fin de quitar los vesidos que la atan aún al siglo, y cortar sus cabellos ; y mientras que las religiosas alternan en dos coros los versículos del salmo IN EXITU ISRAEL, vuelve ya vestida con la morena túnica, velada de blanco, calzada con sandalias, y cirio en mano, se arrodilla. Las oraciones continúan uniéndose unas a otras, como para rodearla de una muralla inexpugnable donde se amortiguarán las tentaciones ; y, bajo la bendición del sacerdote, ella completa su vestido...

He aquí el estrecho cinto de cuero negro, cuyo extremo cae a lo largo de su traje, símbolo de servidumbre. «Cuando eras joven te ceñías tú misma e ibas a tu voluntad ; en tu madurez, es otro quien te ciñe» ; luego el escapulario resbala sobre sus hombros : «Toma el suave yugo de Cristo y su peso ligero» ; y, finalmente, la envuelve el manto en su amplia blancura : «Los que siguen al Cordero immaculado caminarán a continuación en su blanca túnica ; que esta cándida vestidura sea como un signo de la pureza de su corazón».

Con una felicidad que no se podrá traducir sino por el anonadamiento y el silencio, la novicia se tiende completamente en el suelo, los brazos en cruz. Y en el fondo de su corazón se desarrolla el eternal coloquio entre El, que es, y ella, que no es. Encuentro inexplicable

de la criatura inmolada, y del Dios, de quien ella lo ha recibido todo.

Las voces continúan sus imploraciones al Espíritu de los siete dones; a la Virgen María; al Señor, Dueño de la eterna recompensa; terminando con una última bendición del sacerdote sobre la yacente, quien se levanta al fin para ir a besar, de rodillas, el altar del oratorio de las religiosas, frente a la reja; luego, la mano de la priora, en testimonio de reconocimiento y sumisión, y, finalmente, una tras otra, abraza a sus hermanas, pidiéndoles la perseverancia de su protección: «Rogad a Dios por mí, hermana»; en tanto que los chantres, haciendo eco a la repetida exaltación de la vida fraternal, alternan los versículos del salmo: «ECCE QUAM BONUM ET JUCUNDUM HABITARE FRATES IN UNUM», cortados por el estribillo del coro que, hasta el último AMEN, no se cansa de repetir: «¡Qué gozo para las hermanas el habitar en uno», como en una admiración siempre nueva.

Y la procesión, volviéndose a formar, invita a toda la tierra a bendecir al Señor: «¡Que los pueblos os alaben, oh Dios...; que las naciones sean en el júbilo!... ¡Que Dios nos bendiga, y sea reverenciado hasta en los confines de la tierra!...»

Las voces se alejan; su murmullo se apaga, y los asistentes, la mirada tendida hacia la reja protectora de las felicidades divinas, no oyen más que el grito secreto de su corazón, la

nostalgia que súbitamente los atrae, al mismo tiempo que el terror los detiene... Y, sin embargo, su vida cotidiana no es en su mano más que una pobre bujería, en tanto que la criatura inmolada allí hace un instante, posee en verdad, la perla incomparable...

* * *

Un poco torpe en su nuevo vestido, la joven novicia, en medio de las intensas emociones de esta mañana (1), siente brotar en su corazón, una alegría casi infantil. Este santo hábito, tan amado, tan deseado, helo aquí, suyo y para siempre; y en la hora postrera, la Paz infranqueable la envolverá en sus pliegues, como a todo el linaje carmelitano, para dormir su último sueño.

Salvo el gran rosario y el crucifijo, que se le darán el día de su profesión; y excepto su velo blanco, que será cambiado por uno negro el día de los votos solemnes, la novicia, desde la ceremonia de su «toma de hábito», se identifica con todas las religiosas, que, desde los tiempos heroicos de Teresa de Avila, conservan la llama carmelitana. Ni de día ni de noche, su carne, constantemente mortificada, conocerá más el grato contacto del lienzo, reemplazado en adelante por la sarga. Siempre bajo las armas, no dormirá más sin cubrir su cabeza con una toca de tela blanca, ni sin llevar la li-

(1) Las ceremonias de la toma de hábito tienen lugar, asimismo, por la tarde.

gera coraza de un escapulario que, cayendo de sus hombros, la protegerá de espaldas y de frente. Por la mañana, quitando el corto escapulario de la noche, se colocará, por encima de su túnica de mangas prendidas, el sayal moreno, «ahumado» (mas no teñido, pues la regla ha previsto los menores detalles).

El velo de noche será reemplazado por la cofia, que se llama pintorescamente en el Carmelo la «toca», cuya forma fué sugerida a Santa Teresa por Nuestro Señor, según su ruego, durante la acción de gracias de una comunión, hecha con esa intención. Es muy característica ; está formada con un trozo de lino flexible, el cual, desde lo alto de la cabeza, encierra el cuello, y se prolonga sobre el pecho, mientras que deja la frente completamente despejada.

Una carmelita, explicándome el simbolismo de la «toca», decía : «Nuestra madre Santa Teresa no amaba los espíritus vendados». Y es cierto ; esta oreación de la frente, expresa a maravilla el espíritu ancho y abierto del Carmelo, donde la inteligencia permanece vigilante, el corazón joven, y la caridad humanamente comprensiva.

Sobre la «toca», la nueva novicia, aprenderá a colocar el velo, que no se quitará a lo largo del día, sin usar más de cinco alfileres.

Atará su cinto ancho de dos dedos ; ensartará, por encima de sus «calzas» de tela o de lana—que tienen una forma ingenua de gran-

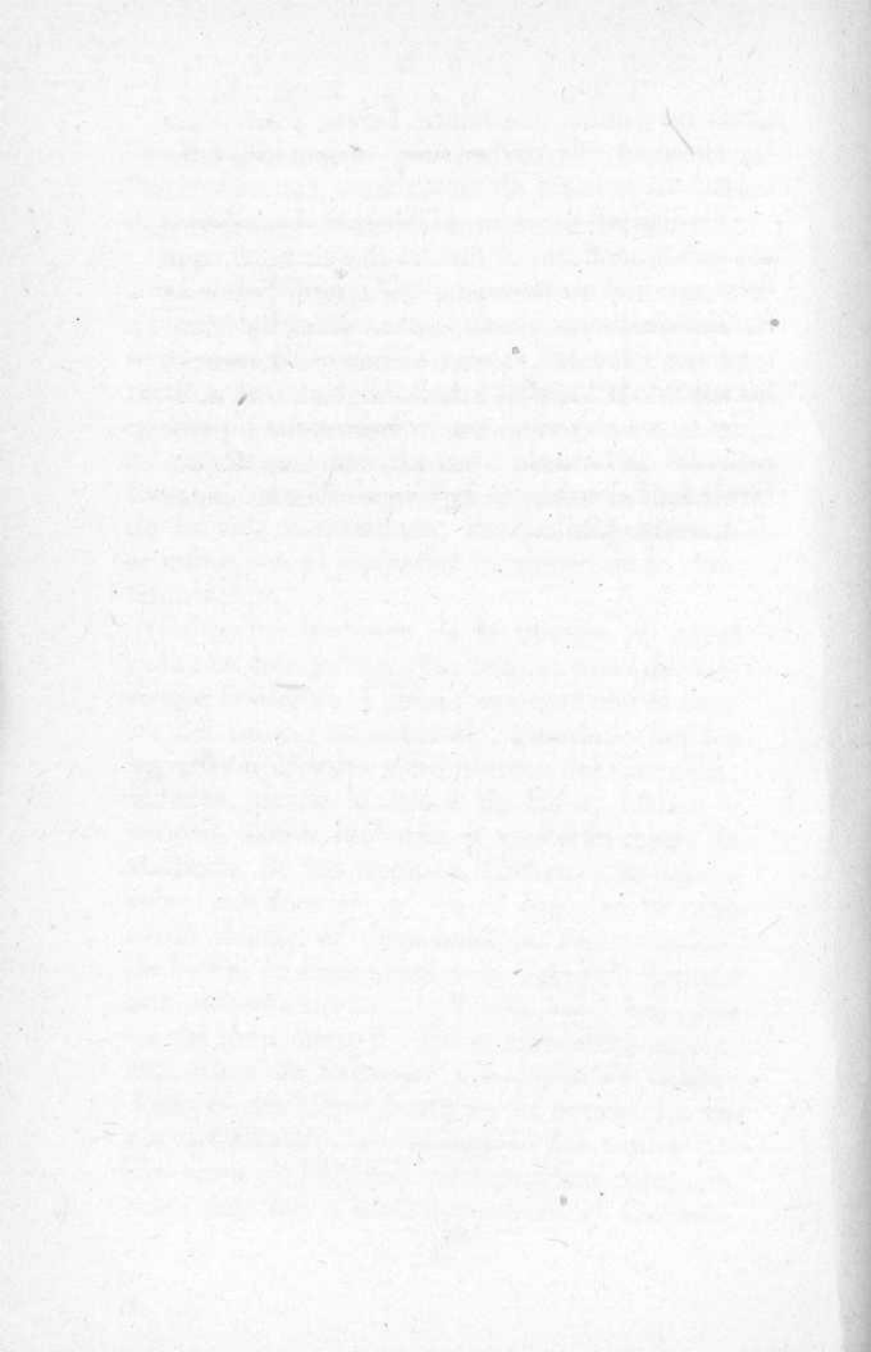
des botas blancas—, sus «alpargatas» (sandalias atadas con unas cintas de cáñamo trenzado), antiguo calzado del pueblo en España.

Y en fin, cada mañana, de rodillas, e invocando a la Virgen María, se investirá, después de haberlo besado, con el gran escapulario moreno, que disimula las puntas del velo, y cae recto a lo largo de los pliegues del hábito, quedando cuatro dedos más corto que éste. Del mismo largor, será el manto blanco que transforma a menudo la austera vestidura. Símbolo de la vida carmelitana, donde la penitencia se cubre con el esplendor luminoso de la contemplación.

Sobre los hombros de la novicia, el sayal pesa, en este primer día, con un peso delicioso que le aligera el alma; se siente con él dentro del campo atrincherado, guardado por las legiones militantes y triunfantes del Carmelo; quienes, desde la época de Elías, luchan y vencen, como lucharán y vencerán hasta la abolición de los tiempos. Entonces se apoya sobre sus fuerzas, y, en el impulso de una alada alegría, se eleva hasta las regiones donde la Fe, la Esperanza y la Caridad, forman una armonía divina... ¡Y hela aquí, hoy, reina del monasterio!... En el refectorio, se sentará cerca de su priora y rodeada de flores. Todo el día habrá fiesta en su honor. La regla del silencio, se doblegará; los cantos harán eco a su felicidad, en las coplas compuestas a este fin, y tradicionales en el Carmelo,

hasta tal punto, que Santa Teresa y sus hijas las rimaban, de vez en vez, al son del tamboril.

Obedientes hasta en la alegría, las religiosas celebran hasta el fin del día su gozo, que debe ser hoy su herencia ; ya que el Señor se ha escogido una nueva esposa sobre la Montaña del Carmelo, cuyas alabanzas acrecerán las suyas por los siglos de los siglos ; una múltiple ternura rodeará a la hermanita ; pero, más allá de la tierra y sus apariencias, ella subirá hasta el trono de la Virgen María, causa de nuestro Júbilo.



II

LA VELADA DE ARMAS

Bajo las armas, la novicia vela en adelante, a fin de estar pronta y valiente para el día en que obligará su fe. Ella vela, ante todo, sobre ella misma; sobre los estremecimientos de su corazón; sobre sus sentidos, que es preciso amortiguar y someter; sobre su espíritu, quien, para prepararse a las futuras ascensiones, debe pacificarse y purificarse.

Durante este tiempo de prueba, coloca muy particularmente cada uno de sus días bajo el signo de la obediencia, y, en toda circunstancia, atestigua su dependencia. De rodillas es como habla a la madre priora y a la maestra de las novicias; de rodillas, como besa sus escapularios a cada encuentro casual, sin olvidar de decir: «Alabado sea Nuestro Señor Jesucristo»; de rodillas, como presenta un objeto a cualquiera de sus hermanas de coro, o como ella lo recibe de sus manos, añadiendo si

es para su uso personal: BENEDICTUS DEUS IN DONIS SUIS... ¿Tiene, por algún motivo, que ausentarse del noviciado? Entonces sale de su celda donde, silenciosa, habrá estado ocupada en coser o leer; y, sin haber omitido el tomar el agua santa de su pilita, colocada cerca de la puerta, va en busca del permiso reglamentario de su madre maestra; luego, después de haberse detenido en el oratorio el tiempo de un Ave María, y haber besado el suelo, llama a su compañera encargada de la llave, a fin de que le abra la puerta, que en el seno de esta morada aislada del mundo, aísla aún el noviciado de la misma comunidad.

Con seguro paso, se apresura reflexiva y comedidamente, a terminar lo que ha motivado su salida, a fin de hacerlo de una sola vez, y no contravenir, por atolondramiento, a la santa regla de la soledad, pidiendo un segundo permiso.

Si, por algún motivo extraordinario, hay algunos seglares en el interior del monasterio, cuya venida ha sido anunciada, no habrá olvidado el proveerse de un gran velo, que, a la menor señal, la ocultará completamente entre sus largos pliegues opacos; o, si por casualidad, al dar la vuelta al corredor, oye sonar la campana anunciadora de una presencia extraña, sabrá procurar no dejarse sorprender, y evitar todo encuentro.

Una hebra de hilo, un brizna de madera;

cualquier cosa que pueda ser utilizada, que ella encuentre en el suelo, no dejará de recogerlo, fiel a la perfecta pobreza.

Terminada su diligencia, la novicia volverá a entrar, como ha salido, rehaciendo las mismas etapas : advertir a la maestra de su vuelta, besando de rodillas, su escapulario ; murmurar un Ave María al pie del altar , y, después de haberse purificado con el signo de la cruz, mojado en el agua bendita, tomará de nuevo su interrumpido trabajo.

La maestra debe siempre estar informada de lo que hace la novicia y haberlo sancionado con su permiso, ya que la obediencia, hasta en los menores detalles, consigue destruir la voluntad, y libertar al espíritu de los entorpecimientos que origina la inclinación al amor propio.

Conducir a las almas con firmeza y discreción en el camino del renunciamento, es, ciertamente, la tarea de la priora ; mas lo es, eminentemente, también de la maestra de las novicias, cuya responsabilidad es bien pesada. Pues lo mismo que toda la existencia del hombre depende de la orientación primera, asimismo la calidad de una vida monástica depende, en gran parte, de los años de formación , esto es, de la vida en el noviciado, la cual condiciona, con certera medida, el nivel de fervor y de perfeccionamiento del monasterio entero.

Por ello se podría repetir a toda maestra de

novicias las exhortaciones dirigidas por Santa Teresa, a Ana de Jesús, priora, a la sazón, en Granada : «¡ Oh, espíritu de verdadera obediencia ; cómo en viendo a una en lugar de Dios, no le queda repugnancia para amarla ! Por él, pido a vuestra reverencia, que mire que cría almas para esposas del Crucificado ; que las crucifique en que no tengan voluntad ni anden con niñerías»).

Sí, ya que el tiempo de la infancia ha pasado, y la juventud, en el Carmelo se convierte, de pronto, en una ardiente madurez que sabe el precio del tiempo, tan breve ; el valor de eternidad de cada hora de aquí abajo, pues los minutos corren, rápidos, apresurados, hacia la muerte, y el día en que la tumba se abrirá, será demasiado tarde ; y el tiempo del mérito, el tiempo de salvarse y los otros con ellos, habrán terminado para siempre.

Y ellas lo saben ; estas mujeres que, gota a gota, quieren mezclar a la sangre divina esparcida por el mundo, la sangre de su corazón, ofrecerse para el acto redentor, y velar cerca de Jesús agonizante hasta el fin de los tiempos... Como dice enérgicamente el gran místico carmelitano Jean de Saint-Samson, ellas, «no solamente están resueltas a dejar las cosas de fuera, sino aún a ellas mismas, de quien hacen un eterno holocausto a Dios, y jurado una guerra irreconciliable a su naturaleza corrompida»).

Día tras día, enseñadas por su experimen-

tado guía, y éste a su vez por el Espíritu Santo, aprenderán que la santidad «consiste, esencialmente, en la unión con Dios y en el amor con que cumplimos las acciones comunes» (1).

Para llegar al conocimiento de sí misma, la novicia se aplicará, primeramente, en el conocimiento de Dios; y más adelante, cuanto más penetrará en él, más grande, bajo la mirada de la soberana perfección, le aparecerá su nada, la corrupción de su naturaleza y la infinita misericordia del Señor. Y en esta divina presencia sabrá ella permanecer, para que el ligero palmoteo de las «tabletas»—agitadas a toda hora por el pasillo para hacerla recordar—la encuentre fiel a mantenerse en ella, hasta el punto de llegar, sin duda, siguiendo el consejo de la Santa Fundadora, a no ver nada más en el monasterio que Dios, y ella misma, pequeña sierva inexperta aún, pero llena de energía y del deseo de crecer; aplicada en realizar el santo abandono tan bien expresado por su hermana de Lisieux: «Yo me ocupaba, interiormente y únicamente, en unirme más y más a Dios, sabiendo que el resto me sería dado por añadidura».

En esta añadidura, ella encontrará la fuerza para luchar contra ella misma; para destruir, al precio de combates—cuyos preparativos, a menudo, sólo el cielo conoce—, todo lo

(1) Petitot, «Sante Teresita de Lisieux», página 104.

que hace frente a la gracia. «Velad—decía Jesús en el jardín de los olivos—; velad, a fin de no caer en tentación, pues el espíritu está pronto, y la carne es enferma».

Por haberse encerrado al abrigo de estos altos muros, el ser humano no se encuentra cambiado; el espíritu está pronto, y la carne es enferma asimismo en la celda penitencial; y así será hasta el día postrero. Por ello la oración y la mortificación, sin cesar, son necesarias, y se ha de luchar y velar, si se quiere vencer.

La maestra de las novicias, inclinada sobre el alerta espiritual de su nueva hija, es para ella verdaderamente una «madre», ya que los primeros tiempos del noviciado son un alumbramiento a la vida del espíritu, por el sufrimiento de dos seres. A esta existencia, débil aún, que dirige hacia la luz una mirada deslumbrada y un corazón demasiado palpitante, hay que darle el alimento que la nutrirá hasta el perfecto crecimiento: «La verdad viviente que sólo alcanzan las almas».

Todo el día, y asimismo a través del tabique de las celdas, tiene ella a esta niña, confiada por el Señor, bajo su vigilancia y su bendición. En el oratorio, sus plegarias se mezclan; en el recreo, sus espíritus se expansionan juntos; en el trabajo manual, la novicia, igual que la sirvienta, «tiene sus ojos fijos en las manos de su dueña», quien la enseña, lo mismo que un minuto antes formaba

su espíritu iniciándole en la oración, o explicándole algún punto de la vida interior. La novicia descubre a su madre maestra sus defectos, sus dificultades, sus desfallecimientos o sus victorias ; o, accidentalmente, es la misma madre, más clarividente, quien se los descubre, exhortándola a no dejarse abatir ; a no dudar de la misericordia de Dios, infinitamente paciente, y a apoyarse en la esperanza, que «no confunde», y al mismo tiempo a profundizar más en la humildad, o sea, en la plenitud de la verdad.

A medida que la novicia se fortifica, se simplifica también ; y con una ojeada, más rápida y más segura, sabe encontrar a Dios por todas partes. De este modo, ella permanece sin elegir nada ; sin preferencia de una ocupación por otra, puesto que la Santa Presencia hace del más humilde minuto un vaso de elección. Se eleva por encima de su propia miseria ; encuentra Paz y felicidad en la «desocupación de sí misma» y en la contemplación única de la Faz santísima, purificadora de toda miseria ; y su fuerza, se perfecciona en su debilidad.

Entre su corazón y la regla, el nudo se aprieta cada vez más ; y en verdad, podría decir con el salmista : «He tomado vuestros mandamientos, para que sean por siempre mi patrimonio, porque ellos son las delicias de mi corazón» (1).

(1) Ps., CXVIII. III.

Y mientras tanto, los días pasan—a pesar de las fluctuaciones interiores, inherentes a la flaqueza humana—en una indefectible paz. Pasan los días, velados cada uno, en apariencia, con el mismo tinte grisáceo, pero, en realidad, cambiantes por los esplendores de **Aquel que** posee el Cielo y la tierra, y todo lo que ellos encierran.

Cada día, lleva consigo las horas destinadas para la alabanza y el silencio ; para el trabajo espiritual y el trabajo manual ; para las conversaciones fraternales en el recreo ; para las penitencias prescritas ; para los ejercicios de la comunidad, y los más íntimos, en el oratorio del noviciado ; para las comidas, que reúnen alrededor de la priora a todo su rebaño , y en fin, para las sustanciales lecturas, y los comentarios de la regla.

Los días pasan, entorpecidos por el peso de un alma cada día más rica y más esclarecida... Algunos traen su sello especial . Por ejemplo, el de la acusación de culpas—es decir, de las faltas exteriores sobre la regla o respecto de los usos monásticos—ante todas las hermanas, reunidas en el capítulo ; conferencia de la madre maestra ; visita de la madre priora... Algunas veces, en fin, la regla austera se hace transigente por completo, y cuidadosa de economizar la debilidad, de la cual las siervas del Señor no están aún libres, invita a la naturaleza a expansionarse. Entonces, semejantes a esos guerreros que, despojándose de su arma-

E L C A R M E L O

dura, se recrean unos instantes en sostener un torneo, o en cantar al son de la viola, así, las religiosas, dejadas un momento las armas de la penitencia, se recrean alguna vez en su gran sala, bien durante todo el día o sólo durante la velada, en honor de ciertas fiestas, sin dejar por ello de cumplir con sus oraciones, y respetando siempre los lugares destinados al silencio.

* * *

Las novicias se mezclan a la comunidad en todas sus recreaciones; pero, tres veces, en el transcurso del año, ellas son particularmente agasajadas. En primer lugar, en el día de los Santos Inocentes; día de gran «licencia» en el Carmelo, dedicado a la juventud, quien tiene, de la mañana a la noche, un amable y efímero gobierno. Salvo para el oficio divino, y para el trato de las cuestiones extrañas al monasterio, la priora y todas las religiosas con cargo, dimiten de su autoridad en favor de las novicias; quienes, debidamente designadas por una especie de sorteo—a decir verdad, alguna vez un poco... previsto—las reemplazan durante esas horas de su breve soberanía.

Priora, sub-priora, maestra de novicias; depositarias..., con juveniles rostros, con voces frescas, con gestos aún angulosos y vivos, presiden, con una gravedad que contiene apenas la risa, pronta a desgranarse, todos los actos de la comunidad, y reciben los hono-

res debidos a sus puestos—a falta de respeto, ya que figura en el programa el divertirse un poco a sus expensas—; no transcurriendo este día sin algunas lecciones aprovechables. Igual que un jefe de partido llegado al poder por una brusca fortuna, la priora de prestado, se apresura a trastonar el orden establecido: torneras, sacristana, cocinera—que podrían agrandar aún más, el frugal «menú» del Carmelo—, son nombradas por su autoridad, y reinan cada una en su pequeño dominio.

De la sala de recreo, los ecos de una franca alegría se prolongan hasta las bóvedas del silencioso claustro; las celdas están desiertas; vacías las lencerías y los lavaderos; pues, para celebrar a las «primeras víctimas por Cristo», el «tierno rebaño de corderos inmolados» que «bajo el altar, juegan inocentemente con sus palmas y sus coronas» (1), las más jóvenes esposas de Cristo juegan también, y arrastran a sus mayores en su divertimento.

Mas se trata, además, de «dar recreación» a la comunidad, y para ello será representada por las novicias, una alegoría llena de alusiones a la gran familia carmelitana, misteriosa y activamente preparada la víspera.

Algunos trozos de tela, encontrados aquí y allá en el fondo de los armarios y al azar de la pobreza, colocados sobre el sayal, constituirán todos los gastos de su vestuario.

(1) Himno de las segundas vísperas del día de los Santos Inocentes.

Mas, ¿qué importa la miseria en el decorado de este placer familiar? El verdadero, el espléndido marco, es el de una felicidad simple, que une los corazones en el gozo, y alegra a los ángeles, atentos a estos entretenimientos terrestres, análogos a los suyos.

Cuando la noche desciende, las voces bajan también; los rostros, tranquilos, guardan en los labios una sonrisa parecida al último resplandor de un crepúsculo de verano; las conversaciones suben nuevamente a Dios; los corazones se elevan con una secreta nostalgia, y, seguidamente, al toque de la oración, el gran silencio calma todo, y vuelve a extender sobre el monasterio su tranquilidad inmutable.

Al día siguiente, ¡qué serenidad!, ¡qué indecible gozo!, ¡qué deliciosa reconquista de los menores pliegues del alma, silenciosa en la soledad viviente de la celda amiga! Pero antes de una semana, las novicias celebrarán el 2 de enero, la fiesta del Santo Nombre de Jesús, al mismo tiempo que la del noviciado. Y ¡cuán amable les aparecerá Jesús, adornado con flores, sobre el altar engalanado con su más hermoso mantel; y con qué corazón, a lo largo de las letanías, ruegan ellas a este Esposo, que hoy les parece un hermanito, bajo el nombre temible y adorable con que acaba de ser señalado, y el cual hace doblar toda rodilla en el cielo y en la tierra, y hasta en los infiernos...!

Ellas se sumergen en el misterio de la infan-

cia de Jesús, quien les precede mostrándoles la humilde senda del reino de los cielos, donde entrarán primeramente los niños y los simples de corazón... Y cuando suena la campana para traer un poco de alegría humana, en señal de regocijo, queda roto el silencio.

El año no se terminará sin que las novicias tengan, una vez más, la misión de recrear a sus hermanas; pero el 29 de julio, día de Santa Marta, las festejadas serán las religiosas conversas, para lo cual, ellas—las novicias—serán también las encargadas de hacerlo.

Santa Teresa había deseado fundar sus monasterios sin introducir la acostumbrada distinción entre hermanas de coro y hermanas conversas. Más le fué preciso renunciar, para evitar que los cargos materiales usurparan las horas de oración, y, sin duda también, para que un exceso de fatiga física, no entorpeciera al espíritu durante la salmodia del coro.

No obstante, un monasterio carmelitano no posee más de tres hermanas conversas; nunca cuatro. Y entre ellas y las religiosas del coro, no existe diferencia alguna, desde el punto de vista de la formación. Sólo que su velo es siempre blanco; la recitación del Oficio les es reemplazada por un cierto número de Pater, y su día empieza una hora antes que la de la comunidad, y toma su reposo, también, una hora más pronto.

Su situación de hermanas «del velo blanco», como se las designa, a menos de ser el resul-

tado de aptitudes prácticas muy netas, o de una vocación particular, es determinada por la priora, quien, con la gracia conferida a su cargo y los dones necesarios para iluminar su juicio, puede decidir la orientación de sus futuras hijas.

Como decíamos, el día de Santa Marta les toca, a su vez, el ser honradas, y el proporcionar a la comunidad un día de regocijo. Tanto en el coro, como en el refectorio y por todas partes, son ellas las primeras.

Alrededor de las hermanas dedicadas al trabajo doméstico, cada cual se apresura a recrearlas con «couplets» compuestos especialmente por ellas. Por otra parte, este día es de gran reposo; ya que, de un cabo al otro del año, ya inclinadas sobre las cacerolas o sobre la azada en el jardín; ya cuidando del corral, o tirando de la lesna en la confección de las «alpargatas», ellas velan por el orden doméstico, manteniendo la integridad de su vocación contemplativa—que a menudo alcanza un grado más elevado—al mismo tiempo que, por su servicio, aligeran la vida orante de sus hermanas.

Pero hoy, las jóvenes manos las servirán, y los vivos rostros las sonreirán con clara sonrisa.

Las novicias se esmeran, a fin de extraer un poco de experiencia de la suma de sus ignorancias. Bien o mal, ellas han confeccionado con su mejor deseo, en honor de sus hermanas conversas, un buen almuerzo, en el que, sin

violiar las reglas de la sobriedad, ni las de la pobreza, sin alterar el presupuesto del monasterio, ni ahondar demasiado en el bote de manteca, han conseguido, gracias a una solicitud ingeniosa, introducir algún imprevisto variante, y alguna discreta fantasía: arroz en dulce; mermeladas; tarta con el más humilde contenido; mas el condimento delicioso, debe ser esa cordialidad cálida y franca, donde el secreto del corazón, no desmiente jamás las palabras fraternales.

Entusiasmadas de ser sembradoras de alegría, las novicias sirven a sus queridas hermanas del velo blanco, cuyo puesto en la mesa está adornado con flores. Y los afectos se cambian sin palabras, pues jamás, en fiesta alguna, puede ser interrumpido el silencio del refectorio.

* * *

Y así pasan los meses, atemperados por prudentes descansos, que al sosegar el alma, le devuelven un nuevo impulso, más vigoroso, y donde ella aprende a dar sus frutos al Carmelo, de los cuales decía una gran religiosa: «¡Es tan sencillo! Ello comienza por el don pleno de sí misma; se da el alma; luego, ella deja a Dios usar de ella, y se usa asimismo en el servicio de Dios» (1).

(1) Madre Marie de Jesús, fundadora y priora del Carmelo de Paray-le-Monial. (París, Mignard, 1922.) Página 45.

La novicia vive frente al alto objeto que la llama ante sus ojos, y cada noche, una etapa la aproximará a él. Ningún compromiso la retiene aún, dándole la certitud más deseada, la de morir verdadera y fiel hija de Elías y de Teresa, carmelita para la eternidad... Porque ¿le permitirán sus hermanas el permanecer toda la vida a la sombra de sus muros bendecidos? Su corazón, ¿permanecerá sin desfallecimientos? Sus fuerzas físicas, ¿no cederán...? ¡Oh! ¡De qué modo en su plegaria suplica ella al Señor, que, después de haberla amarrado al puerto, no la deje volver al agitado océano!

Por tres veces, antes del término de su primer año de noviciado, y en espera de que hacia el décimo mes sea pronunciada su admisión por la mitad, más uno, de los votos, ella se arrodilla, las manos bajo el escapulario, en medio de sus hermanas de Capítulo, diciendo: «BENEDICITE». «DOMINUS», le contesta la priora. Y entonces, como una súplica del alma, formula su demanda: «Pido gracia y misericordia a la Santa Comunidad, para continuar mi noviciado, y ser admitida a la santa profesión en su tiempo, aunque me reconozco muy indigna; mas espero, con la gracia de Dios y el socorro de sus plegarias, obrar mejor en el porvenir, que he obrado en el pasado».

En adelante, la vida de la novicia está por completo orientada hacia su profesión. La Iglesia va a poner el sello de su aprobación sobre

el voto de la Comunidad ; y ya, sólo la autoridad más alta, es la que decidirá de su porvenir.

Sea en la reja del coro , sea en la del locutorio , echada la gran cortina negra, aparece ella con el velo levantado y completamente sola, ante el obispo o su representante, quien la interroga minuciosamente ; se asegura de la entera libertad de su decisión, de la firmeza de su vocación, del perfecto equilibrio de su juicio, y transcribe sus observaciones firmadas por su mano, en el «libro de las Profesiones», que se conserva en el archivo del monasterio.

Y héla ya admitida... La hora, de nuevo, es grave. Una redoblada soledad la rodea. Todos los monasterios del país, están advertidos del día de la próxima ceremonia, con el fin de que una vasta red protectora, tejida con las plegarias venidas desde los cuatro puntos del horizonte, rodee a la nueva profesora...

Una tarde, al final del recreo, la novicia solicita la bendición y las oraciones de su priora, y se recomienda especialmente a su madre maestra y a todas las religiosas ; y, finalmente, a los pies de la Virgen, en el coro, implora el auxilio de la Iglesia triunfante, y se abisma por diez días en un retiro de soledad profunda, de intensa oración y de vigilancia más aguda.

En la mañana del décimo día, penitente humilde, condenada voluntaria y serena , con

los pies desnudos, cinturón de sogas, vestida con su escapulario nocturno y la cruz en la mano, penetrará en el refectorio durante la comida ; y, ante todas, acusará sus culpas, y dará gracias a la comunidad, por haberla admitido en la Profesión.

A los grandes golpes de pecho, su corazón palpita fuertemente, la confusión oprime su garganta, y las palabras parecen escapársele ; ya que esta penitencia, tan frecuente en la vida claustral, ella no la ha practicado aún.

La madre priora le habla entre tanto, y luego, terminando con un beso a la tierra y una inclinación a la cruz, vuelve la novicia a su soledad, llena de esa paz ultraterrena que acompaña a la humillación voluntaria, a la victoria duramente ganada sobre sí misma.

El final del recreo de la tarde, la encuentra de nuevo arrodillada en medio de la Comunidad reunida : «BENEDICITE». —«DOMINUS»—. «Nuestra madre, ruego a vuestra reverencia, quiera ayudarme con el socorro de sus plegarias y el mérito de sus buenas obras, a fin de disponerme para la Santa Profesión». Entonces, la madre priora, le hace un don espiritual ; luego, a su vez, cada religiosa ofrece su presente a la novicia, quien, consciente de su pobreza, mendiga alguna limosna para al día siguiente poder ofrecerle al Esposo, los tesoros de la caridad fraterna, y las novenas, comuniones y penitencias, vienen a colmar la mano extendida.

De rodillas, la joven hermana da las gracias a las que le han prodigado sus dones, retirándose después a su última velada en la soledad, a esperar el Alba de su primer juramento.

Bendecidos de antemano por un sacerdote, el escapulario, el cinto y el blanco manto, esperan en la sala capitular, donde, lejos del mundo y en la intimidad de la familia monástica, debe tener lugar la emocionante ceremonia.

La primera etapa de la novicia, es en el oratorio del noviciado—engalanado como en los días de fiesta mayor—, para allí ser, por la priora, investida con el hábito, la toca, y el pequeño velo; después, habiendo escrito y firmado su compromiso, con el cirio en la mano, va a reunirse a las religiosas agrupadas en el coro, y seguir su procesión, la cual, con la cruz al frente, la conducirá a la sala capitular: O GLORIOSA VIRGINUM, SUBLIMIS INTER SIDERA, QUI TE CREAVIT PARVULUM, LACTENTE NUTRIS UBERA...

Como en el día de la toma de hábito, se desgrana el himno para ensalzar a la Purísima Virgen Generatriz de nuestra salvación, dulce Soberana del Carmelo, y la novicia avanza hacia Jesús, el cual, bajo el aspecto de un niño sonriente, en su larga túnica orlada de oro, y sobre el pequeño altar florido, la tiende la corona de boda...

Despojada del escapulario, del cinto y del manto—emblemas de su servidumbre co-

tidiana—ella se presenta libre, sin sujeción. Pero, en un acto de consentimiento espontáneo, se arrodilla ante el asiento que cerca del altar y al lado de la Epístola ocupa la priora, rodeada del aspersionario y del vestido recién depositado para la novicia. Y, una vez aún, el simple diálogo del año pasado, se renueva, para que, ante la comunidad arrodillada, la voluntad de inmolación se manifieste sin sentimiento alguno :

—¿Qué pedís?

—La misericordia de Dios, la pobreza de la Orden, la compañía de mis hermanas.

Las frases se suceden lentas y recogidas. Sí, sí, por el solo amor del Señor, ella quiere mantener y ratificar sus sagrados compromisos. Ahora que ha experimentado la suavidad del yugo, ¿va a rechazarlo? ¿Cómo no sentirse cada día más unida, con un impulso más íntimo, a los abrazos de la Pobreza y a las celestes músicas del silencio?

«Sí, yo lo quiero; sí, persisto en ello...»
¡Grito espontáneo de su corazón!...

Sus manos en las de su priora, y el alma prosternada ante la Majestad Divina, su voz, se eleva firme :

—«Yo, hermana..., hago mi profesión de los votos temporales por tres años (1), y prometo obediencia, castidad y pobreza a Dios Nues-

(1) Si le faltan más de tres años para llegar a veintiuno, dirá en su lugar: «hasta que tenga veintiún años cumplidos».

tro Señor, a la Santísima Virgen María del Monte Carmelo ; a vos, reverenda madre priora, y a las que os sucederán, según la regla primitiva de la Orden de los carmelitas descalzos y nuestras Constituciones». Por tres veces se repite el compromiso sagrado. Luego, la priora, asocia a este acto a toda la Comunidad : «Inmolad a Dios un sacrificio de alabanzas» ; quien con un solo ímpetu responde : «Y entregad vuestros votos al Altísimo».

Entonces, la novicia, ceñida con la corona y siempre arrodillada, ofrece a la priora la cédula de pergamino, garantía de su juramento—que ella guardará en adelante y hasta dentro de su tumba, como un querido tesoro—, y luego, afirma : «Yo me libraré de mis votos hacia el Señor ante todo su pueblo, a la entrada de la casa del Señor».

Ahora, toda la comunidad está en pie, más la novicia permanece prosternada bajo la bendición de su priora, y las invocaciones a las potencias celestiales, para que esta criatura sea colmada con las divinas gracias.

Después, como en el día de su toma de hábito, se le entrega el cinto, el manto y el escapulario, con la reiterada demanda... : «Ahora es otro quien te ciñe»... «El yugo es suave»... «Los que siguen al cordero inmaculado, caminan en sus blancas vestiduras»... Y, sobre todo, el gran velo de las oraciones la cubre y la envuelve, en la hermosa disposición de sus pliegues seculares.

Tres veces la asperga el agua bendita ; luego, tendida sobre ruda sarga, en forma de cruz, ofrece el puro símbolo de su nada ; de esta inmolación que, franqueando desde el presente, los límites del tiempo, escoge para su tumba prematura, el Corazón de Cristo, eternamente vivo.

Las estrofas reales del TE DEUM llenan la pobre sala de muros desnudos, en tanto que la campana, que dieciocho meses antes llamaba gozosamente a la comunidad, porque se les daba una hermanita, dobla hoy a muerto por ella...

Y, como para violentar aún al cielo, y movilizar a todas las milicias de arriba en su ayuda, las oraciones se suceden de nuevo y no se cansan de implorar. Finalmente, persiguiéndose por última vez con agua bendita, terminan, y la madre maestra levanta a la novicia, prodigándole afectuosos abrazos. «ECCE QUAM BONUM... ¡ Oh, sí!, ¡ qué bueno, qué hermoso es para las hermanas el habitar en uno... ! Dulce como el rocío del Hermón, que desciende de Sión, pues es desde allí, desde donde el Señor derrama su bendición y la vida para la eternidad...»

¡ Regocijo grande en el monasterio ; mesa florida en honor de la nueva profesas, que toma asiento cerca de su priora ; santas emociones en el secreto de cada alma, donde reviven los recuerdos de un día semejante ; tiernas efusiones de amor fraternal !... ¡ Qué

bueno, qué dulce sentirse hermana en la casa del Padre Celestial! ¿Quién sabrá celebrar las inefables misericordias de nuestro Dios?...

III

LA GRAN PROMESA

Por dos años aún, la novicia-profesa vuelve al noviciado, y sigue, sin cambio aparente, bajo la sumisión constante de su madre maestra, su tiempo de formación; pero, profundizando más, lo cual conduce especialmente al espíritu de los tres votos, y a una más perfecta penetración de las observancias de la Orden; a falta de lo cual y según la palabra enérgica de un maestro de novicios del Carmelo, un religioso es «apóstata por el espíritu».

«Hija mía, ¿qué vienes a hacer aquí? ¿Por qué te hurtas a los esplendores de la tierra, obras de mis manos? ¿Por qué has huído del hogar donde mi Providencia te colocó? ¿Por qué te has apartado de las alegrías del matrimonio, del cual he hecho un sacramento? ¿Por qué has renunciado a darme, a través de las dulzuras de la maternidad, a los ele-

gidos de tu carne? ¿Por qué, desterrado tu corazón, estás aquí, bajo el sayal, los pies desnudos y ceñida con la soga, como una víctima?...»

¿Por qué...? Ella no sabría olvidar un instante que, más allá de estas magnificencias y de estas ternuras, se le han aparecido las armonías divinas, y este Paraíso donde no se entra «mañana, ni pasado, ni dentro de diez años, pero donde se entra hoy, que se es pobre y crucificado» (1): Ella no sabría dejar tampoco de oír este clamor de Dios, tan contrario al de sus criaturas, que ha resonado hasta en su medula. Víctima de amor, loadora de su gloria, hela aquí de pie, en el ángulo donde convergen los goces celestiales y las agonías del Calvario, que pasan por su alma en grandes alternativas de sombra y de luz, mientras que, centinela siempre alerta, vela en adelante por la salvación del mundo, de cuya Redención es ella partícipe.

«Hija mía, ¿qué vienes a hacer aquí?» A entregarme al amor, Señor; a tener sin cesar mis ojos fijos en vos, en desagravio de tantas miradas como de vos se apartan; a vivir vuestra verdad plena, en reparación de las obras de la mentira; a detener mi corazón en el centro de vuestra ardiente pureza, en satisfacción de las abyecciones secretas de vuestras criaturas; a despojarme de mí misma; a

(1) León Bloy, «La femme pauvre».

allanar las montañas, colmar los valles, enderezar los senderos tortuosos, para preparar vuestro paso a través de mi ser, entregado solamente a vuestras realidades; a no vivir más que en vos, y para nutrir mi alma a cada minuto, a «alimentarme con el sacramento de vuestra voluntad» (1).

—«Es una ilusión—dice Cassien, y con él todos los demás místicos—el aspirar a la contemplación, antes de haber mortificado sus pasiones.» Más que ninguna otra, la vida contemplativa, debe, pues, fundarse sobre un ascetismo riguroso, cuyas exigencias son siempre necesarias, puesto que el ser humano no puede libertarse, desde aquí abajo, de sus flaquezas, y porque «el hilo más delgado» pone obstáculos en la unión divina.

Mas, como en las etapas más avanzadas de su vida religiosa, la monja debe sin duda, en primer lugar, mantener los posiciones ya conquistadas, y seguir también las íntimas sugerencias del espíritu, para alcanzar los más altos grados en la perfección, y en su comunicación con Dios; trátase ante todo, durante el tiempo del noviciado, de colocar las firmes bases del sólido edificio espiritual, en el que, cada día, hasta su muerte, ella colocará su piedra.

Es preciso que la criatura disminuya, a fin de que en ella crezca el Señor, y pueda reali-

(1) Madre Marie de Jesús, fundadora del Carmelo de Paray.

zarse la palabra de Cristo, llena de indecibles promesas: «Aquel que me ame, guarde mis mandamientos, y mi Padre lo amará, y nosotros vendremos a él, y en él haremos nuestra morada...»

¡Perspectivas deslumbrantes, en las que el ojo humano desfallece!... Cada palpitación del corazón, cada estremecimiento del espíritu, cada impulso de la voluntad, orientado hacia esa posible realidad... ¿Constituyen un precio demasiado alto para ser un día el lugar de las efusiones divinas?...

Hora por hora, silenciosamente, se opera en esta mina subterránea el gran trabajo que debe romper las más tensas fibras humanas, y del cual Santa Teresa no cesaba de repetir que «es la cosa más difícil del mundo.»

En el lodo gris de las trincheras, inmóviles y tendidos contra el enemigo invisible, mas siempre presente; colocados como un escudo para proteger a sus hijos, cargados de dolencias sin cuidar, por la redención del suelo natal; silenciosos, pobres, obedientes; sufriendo en su espíritu y en su carne; despojados de ellos mismos, hasta caer, anónimos de la gloria, en el dolor y en la muerte, los soldados de la Gran Guerra, ¿no se aparecen a cada uno, en razón de esta perfecta desnudez de su sacrificio, como aureolados por el más puro heroísmo?... Víctimas patéticas, en quienes no hemos acabado de profundizar las enseñanzas que se desprenden

de su inmolación, de la cual germina una vida abundante...

Pero el patetismo y la belleza de las inmolationes claustrales, ¿no es aún más agudo, de esencia más alta? No son solamente cinco años, sino ¡ toda la vida, y sin descanso ! No por defender la vida tangible de una patria, de un hogar, sino para merecer la salvación de los hermanos desconocidos ; o por el estímulo de un poco de gloria—como ocurre muchas veces en la guerra—, sino por la humillación del corazón, y el enterramiento de una viviente. No por el consentimiento aprobado, soliviantado, arrastrado por la adhesión de todo un pueblo, entusiasta, movido por un solo impulso, sino por la aquiescencia solitaria a la voz secreta... Y esa libertad terrible de huir sin vergüenza aparente, la llamada que nadie conoce... ; y el horizonte cerrado entre cuatro muros blancos... ; y la ascensión sin término en el tiempo, cuyos gemidos cubre el silencio... Y no es en defensa de la tierra, de la tierra llena de recuerdos, por lo que una joven, sola y decidida, va a inmolarse su juventud y su vida, sino del Espíritu, para las conquistas invisibles... Hoguera que cada día consume la misma víctima, siempre libre y consentidora, en su holocausto de amor al Señor y a sus criaturas.

* * *

Como se despoja el jardín de sus flores para

alfombrar el suelo por donde avanza la custodia, así echa la novicia, bajo los pasos de Dios, los pétalos blancos y purpúreos de sus sacrificios cotidianos, a fin de que en los jardines de su alma, crezcan en adelante solamente las frondas eternas.

Por las obras de su penitencia, por la mortificación de su cuerpo, por la estricta disciplina de sus sentidos, su carne queda sometida a su espíritu; un orden superior se establece en ella, y si la esclava aún se resiste, se ponen en ejecución los medios de aniquilarla, y vuelta al juicio por el ayuno, magullada por la disciplina y el cilicio, entrará en la sumisión necesaria.

La mirada se vuelve hacia el interior del ser; los oídos se cierran a las vanas palabras; el olfato no busca más su complacencia en los perfumes, la mano no se tiende más buscando un contacto amigo, sino que descansa en la rugosa sarga; la monotonía de la abstinencia perpetua, suprime las satisfacciones del gusto; y, además de esto, mil ingeniosidades vienen aún a menguar la rienda—tan corta ya—y a domar a la criatura hasta el fondo, previniendo sus menores huídas. A medida que se extinguen los apetitos, el espíritu se desliga; pero es él, quien llevará el peso de las mortificaciones más rudas, más profundas, más sutiles...

La Pobreza la rodea como una muralla fortificada, y se insinúa hasta el centro de sus

pensamientos, donde estampa, igual que un metal preciso, su sello real.

No desea halagos, ni ternuras, ni disfrutes, ni consuelos ; vacía de ella misma, la novicia entrega a la Pobreza un campo libre, donde nada entorpece más los juegos luminosos de la gracia, y donde ella se perseguirá hasta los supremos cercenamientos, a fin de expulsarlos sin misericordia. Mas la persecución sera incesante ; pues el «yo» insidioso, rehuye la muerte ; renace de sus cenizas, y reaparece sordamente

Para sellar sus místicos acuerdos con la Pobreza exigente que la guía en el camino del renunciamiento, ella, novicia hoy, profesa mañana, no quiere ser más «propietaria de ella misma», y se da por completo a la obediencia ; a ese don total, supremo, puro, que pone en su frente y en su dorso los estigmas de la caridad, abrazados a la espada de la verdad. ¡ Obediencia !, engranaje que tritura el ser con sus múltiples inmolaciones ; «virginidad de la voluntad» ; «acto de adoración por excelencia», como decía la fundadora del Carmelo de Paray». «Adorar, es más que someterse ; es amar, es hacer la voluntad de Dios con un culto religioso y como de rodillas. Lo más grande que se puede hacer en la tierra, es obedecer. Ahí está la gran cima, ahí el arrobamiento de Dios hacia la criatura..., el alma que obedece, tiene la certeza de tener a Dios, y de hacerle hacer lo que ella quiera» (1).

(1) Ob. cit., pág. 232.

Así, en la atmósfera fría y ardiente a la vez del Carmelo, la criatura, de purificación en purificación—para no poseer más que a Jesús, «riqueza de los pobres»—, recorre los ciclos de su nada, y, después de haber tomado «la espada de la reflexión» para matar con ella la mentira, se abisma en el conocimiento insondable de su ruindad, y se establece en esa humildad—condimento sabroso de las menores acciones—, que es la verdad vivida en la intimidad del corazón.

Humildad amorosa, donde el alma, esclarecida por su Dios, acaba indiferente a todo juicio sobre ella misma, a todo lo que humanamente pueda emocionarla; y ya no sabe pedir con fervor, sino el total cumplimiento de la voluntad divina, y llega, desbordante de amor, a no poder sufrir más, porque todo sufrimiento—expresión de la voluntad adorable—le es dulce (1).

Entregada el alma a la gran sinceridad del renunciamiento, al mismo tiempo que ella ve «la verdad de su nada», goza de las realidades de su Dios, que ya la elevan más allá del tiempo: «Y allí es, donde los abismos se invocan unos a otros, y donde todos los hombres, reducidos al no ser, como lo que jamás ha sido, se pierden en el infinitamente espacioso mar de la bondad y misericordia de Dios,

(1) Santa Teresita del Niño Jesús: «Histoire d'une âme», pág. 282.

cuya profundidad no puede ser concebida ni expresada» (1). La confianza la invade, puesto que el Señor se convierte en su fuerza y su sostén; deseos inmensos la solicitan, la santidad la llama; y así, con nuevo vigor, combatirá contra la Bestia del Apocalipsis, cuyas siete cabezas se oponen a los siete grados del amor. Dependerá, pues, en adelante, de su fidelidad en establecer toda su vida en la verdad, es decir, en el Cristo—que quiere hacer de su alma el lugar de delicias—, el concederle, desde el presente, los «gozos celestiales, donde todo lo creado, que no es sino nada, hace sitio a lo increado, que es la realidad» (2); y aún puede ser que le dirija esta palabra de magnífico consuelo: «El alma, que consume toda su sustancia en el sacrificio de sí, al hacer mi voluntad, me alimenta» (3).

* * *

La ruda labor de toda una vida, se esboza. Resbala un año, y sin cesar, los horizontes del alma se ensanchan; luego otro, y he aquí que es necesario apartarse del íntimo redil, donde era dulcemente guiada, sostenida y alentada, por una vigilancia amante y firme. Es necesario franquear la cerrada puerta, y cerrarla de nuevo sobre tantos recuerdos, que

(1) Jean de Saint Samson, «Vie spirituelle, mai», 1925, pág. 185.

(2) Santa Teresita del Niño Jesús: «Letres», página 354.

(3) Madre Maríe de Jesús, pág. 102.

sin darse cuenta, y a pesar de ser libre, la han atado con fuertes lazos a ellos; no obstante, está presta a romperlos de un sólo golpe, en este minuto, en que su corazón, ni escoge, ni echa nada de menos.

En el oratorio, donde tan cerca se sienten unas de otras, han terminado los rezos, y los cuerpos se levantan. Y en este momento, como un fruto maduro que se desprende del árbol, la novicia cae de rodillas, curvada hasta la tierra que besa, y así declara sus faltas, sus desfallecimientos, sus cobardías, y pide perdón por los escándalos originados por ella, por las penas causadas, por los disgustos involuntarios... Alrededor de la estrecha sala, los corazones se enlazan silenciosamente en una cadena fraternal, en tanto que la madre habla a la niña, presta a marchar, para sumergirse en el mar profundo donde se ahoga en Dios, es cierto; más no sin tempestades, ni sin que el naufragio pueda suceder a la calma más radiante...

La niña escucha, y la madre habla, deseando decirlo todo; prevenirlo todo, llenar su tarea hasta el fin, sin omitir nada... ¡Que el Señor supla entonces la flaqueza de su sierva y murmure a esta alma las palabras necesarias! Y ahora, que las hermanas se regocijen en la alegría de la sumisión. Como en el día de su llegada, que sea agasajada, y roto el silencio, ¡Dios nos la había prestado; El nos la quita: Alleluia!

Se ha terminado. Ella marcha para no volver más, y el noviciado, el lugar de su infancia religiosa, estará en adelante, cerrado para ella. Después de haberse separado de su madre, según la carne, se separa de su primera madre espiritual, para permanecer siempre bajo la dirección de la priora, cuyo cargo no puede exceder de seis años. Por tanto, su alma no podrá ya nunca más, entablar amistad íntima con una criatura, sin verla periódicamente cortada.

Salvo la celda de la madre priora, todas son iguales en el Carmelo; así pues, la acogerán nuevamente los muros blancos, ornados con pobres imágenes, el jergón sobre las tablas, y la pequeña silla, y el antiguo escritorio...

Como en el noviciado, sus días resbalarán cargados de silencioso trabajo, de recogimiento absoluto, en la atmósfera cercana a la gran promesa, que debe ligarla irrevocablemente hasta su último suspiro.

Las cuestiones materiales, que aseguraban sus posibilidades de retorno al siglo, están ya arregladas.

Hasta entonces, la novicia había puesto sus bienes bajo tutela, reservándose el derecho de disponer de ellos. Ahora, es preciso deshacerse totalmente por una libre donación a favor de quien mejor le parezca, conservando su dote—estipulada según la costumbre del monasterio—, que se coloca en títulos segu-

ros, cuya propiedad no la adquiere el monasterio sino a la muerte de la religiosa, y la cual le será restituída en el caso de que, después de su profesión solemne, llegase a abandonar la vida conventual.

En el momento en que un Carmelo pueda satisfacer las necesidades de su pobreza, las novicias son voluntariamente aceptadas sin dote, siguiendo el ejemplo tantas veces dado por Santa Teresa, quien, sin dejar la prudencia necesaria y sin poner en apuros a sus fundaciones, abría muy anchamente las puertas de sus claustros a las bolsas vacías, como lo atestiguan numerosas cartas suyas. En mayo de 1574, escribía a este propósito al padre dominicano Báñez: «Crea, padre mío, que es un deleite para mí cada vez que tomo alguna que no trae nada, sino que se toma sólo por amor de Dios. Cuando encuentro una de éstas, que lo había de dejar por no poder más, veo que me hace Dios particular merced en que yo sea su medio para su remedio. Si pudiesen todas así, me haría gran alegría; mas ninguna me acuerdo que me contentara de haberla dejado por no tener» (1).

También las constituciones insisten en ello y previenen las infracciones insidiosas contra el espíritu de pobreza: «Para la dote que cada espirante debe llevar al monasterio se observarán exactamente las prescripciones del

(1) «Cartas», t. I, pág. 151.

código de derecho canónico. Sin embargo, en la recepción de las novicias, no se tendrá en cuenta la importancia de la dote, por miedo que, poco a poco, la codicia no venga a introducirse, y parezca haber más bien consideración a la cantidad de la dote que ellas llevan, que a sus cualidades morales.

Que las religiosas tengan siempre presente el espíritu de pobreza, del cual hacen profesión, y lo demuestren en todas las cosas. Que tengan por cierto, que no son las limosnas quienes las deben sustentar, sino la fe, la perfección, y la confianza en Dios solo. Que esta constitución se lea con frecuencia a las monjas, y que ellas la observen con cuidado» (1).

Ha llegado el tiempo de rechazar los bienes humanos; se han tomado todas las medidas para la renunciación, que harán definitiva los votos solemnes. Después de prestada esta ligera atención a las cuestiones materiales, la joven profesora se entrega exclusivamente a los bienes espirituales, y a la supremas disposiciones del alma. Y con una seguridad acrecentada por la libertad de su madurez interior, renueva los gestos que hizo tres años antes, y por última vez, formula su demanda de Profesión.

De nuevo, las bolas negras y blancas—a veces reemplazadas por habas—del secreto es-

(1) Constituciones de los Religiosos descalzos de la Orden del Monte Carmelo (1927), pág. 37).

crutinio, se recogen, mientras que la novicia vuelve al silencio de su celda, y deposita su suerte en las manos poderosas de su madre Teresa de Jesús, de su padre Juan de la Cruz, de todos los Santos de la Orden, y sobre todo, de la Virgen María, para que se digne guardarla en su morada, durante todos los días de su vida... Un ligero golpe en la puerta; su corazón disciplinado brinca, no obstante, de esperanza, pues sabe que es la madre priora que envía por ella...

¡Sí, es admitida!; la vivienda de la Pobreza será su terrestre tesoro, y el dulce sudario del silencio no cesará de envolverla. De rodillas, en la sala Capitular, recibe la grata nueva; lleva a sus labios, con un gesto filial, el escapulario de su priora, y luego avanza al encuentro de los fraternos abrazos. No hay gozo completo en el Carmelo, sino en la unión de todos los corazones formando un solo haz de alegría; por ello, la campana fiel, lanza al aire sus medidos golpecitos, y cada cual une su gesto de ternura al de sus hermanas, como la flor se une a la flor, para tejer una corona perfecta.

Por última vez, antes que una década de gran recogimiento la aise en un supremo examen de sí misma, el obispo o su delegado se asegura de las disposiciones de la profesas; comprueba la entera libertad de su decisión, atestigüa que ninguna consideración humana, ningún temor, ninguna falsa vergüenza la re-

tienen en el monasterio, y concluye ratificando la elección hecha por la Comunidad.

Semejante a la de tres años antes, la ceremonia de la profesión de los votos solemnes se desarrolla en la sala Capitular; pero una indecible gravedad, pesa sobre esta hora en la que, toda una vida, se obliga a caminar por siempre, por el sendero estrecho, rocoso, árido..., mas donde brota, sin embargo, el manantial, cuya agua, quien la ha bebido, no puede ya sentir sed de los manantiales terrestres. Arrodillada la profesa y despojada de los símbolos de su servidumbre—en afirmación de su completa libertad—, por tercera y última vez, se empeña el diálogo secular: «¿Qué pedís?...» Mas cuando la priora interroga: «¿Queréis constantemente perseverar en la Orden hasta la muerte?», parécete que el «sí», ostentoso y neto, cae, pesado como una piedra, en un abismo sin fondo...

Unidas sus manos a las de su priora, y en un silencio, sobre el cual parece estar inclinado el cielo, ella remacha irrevocablemente su cadena, y pronuncia con voz inalterable, su compromiso eternal: «Yo, hermana..., hago mi profesión solemne y prometo obediencia, castidad y pobreza, a Dios Nuestro Señor, a la Santísima Virgen María del Monte Carmelo y a vos, reverenda madre priora, y a las que os sucederán, según la regla primitiva de la Orden de los carmelitas descalzos, y nuestras Constituciones, hasta la muerte.»

Como insensible al rocío de oraciones que las voces claras de sus hermanas hacen llover sobre ella, la monjita permanece de rodillas, en el recogimiento de su corazón, donde quizá una sonrisa divina pone un adorable dulzor.

Mas hay que renunciar a este reposo íntimo ; he aquí de nuevo, para no dejarlos más, el cinto, el escapulario, el manto ; y, finalmente, el gran rosario de seis decenas montado en cuero, y terminado por la medalla de la Orden, y el crucifijo de madera y cuero, que escondido bajo el escapulario, colocará siempre sobre su corazón, la imagen de Jesús Redentor.

Después, los brazos en cruz, permanece prosternada bajo las oleadas majestuosas del «TE DEUM» y el doblar a muerto, que allá arriba, en el pequeño campanario del monasterio, lanza sobre el mundo sus notas fúnebres.

Sí, está muerta para el siglo, la carne y la mentira sutil y multiforme ; para todo lo que no sea la verdad absoluta.

¡ Pasajero que levantas hacia las altas murallas una mirada inquieta ; sí, ha muerto una criatura, por ti quizá..., por ti seguramente... Oyes su doblar, pero el gozo del «TE DEUM» se te escapa, y ¿ cómo sabrías que en este minuto ella se envuelve en un lienzo de júbilo, de un júbilo que sobrepasa tu entendimiento, y que, evadida del reino de las apariencias y de las mentiras ruinosas, empieza a vivir mag-

níficamente, arrastrada en la corriente de la vida divina?...

«ECCE QUAM BONUM ET QUAM JUCUNDUM HABITARE FRATES IN UNUM!... ECCE QUAM BONUM ET QUAM JUCUNDUM...» Y todas las bienaventuradas que conocieron esta dulzura, mezclan su eco celestial a las voces de aquí abajo: «¡Qué bueno, qué hermoso, es para las hermanas el habitar en uno!»

Pero, ¡cuánto mayor será la dulzura de volver a encontrarse todos, después del gran combate, en la morada del Padre! ¡Todos los de antes, los de ahora, los que sirvieron al mismo Señor, por los siglos de los siglos!

Falta aún, sin embargo, a la nueva esposa consagrada, el último sello: el velo negro, que hará su hábito completo y definitivo.

Tras la procesión de los blancos mantos, de pesados pliegues, alumbrada con cirios, ella se encamina al coro. Todas invocan sobre su nueva hermana al Espíritu Santo: «¡Venid... Consolador divino... Tesoro de los siete dones... Dedo de Dios... Promesa del Padre... Iluminadnos, esplendor puro... Santo Amor, abrasad nuestras almas!»...

Ha terminado... Para la madre, para el padre, todo está ya consumado. La reja permanecerá cerrada, vacíos los brazos de la hija que tanto han mecido, la cual, viva, se esconde en la muerte; y la muerte sola es quien los reunirá en esa Vida, donde el duelo de las

separaciones no posará más, sobre los ojos, su mano fría.

Mas, entre la muerte de hoy y la verdadera muerte, pórtico de esperanza, ¡cuántos años, días, minutos, sellados cada uno por el sacrificio definitivo de este instante !... El drama de la Misa comienza. Sobre el altar, en una bandeja, está depositado el velo, símbolo de la víctima que hoy determina su inmolación.

Las religiosas empiezan a cantar la Misa, generalmente la de Nuestra Señora del Monte Carmelo, al ritmo de su nostálgica melopea, expresión emocionante de su vida de completo renunciamiento. Y en el misterio de las almas, la alegría del Introito despliega toda su pompa : «Yo me regocijaré en el Señor, y mi alma exultará en Dios, porque El me ha cubierto con un vestido de salvación, y envuelto con el manto de su justicia.»

Bajo este arco de pureza, avanza la desposada del Señor, mientras que la voz del sacerdote, leyendo la Epístola, celebra su encuentro con la Sabiduría, con las palabras de secular esplendor :

«Yo amo a los que me aman, y los que de mañana velaren a mí, me hallarán. Conmigo están las riquezas y la gloria ; la opulencia y la justicia. Porque mejor es mi fruto que el oro y que la piedra preciosa, y mis productos mejor que la plata escogida. En caminos de justicia ando, en medio de senderos

de juicio, para enriquecer a los que me aman y henchir sus tesoros... Bienaventurado el hombre que me oye y que vela a mis puertas cada día, y está de acecho en los póstigos de mi puerta. El que me hallare, hallará la vida y sacará salud del Señor.»

Prosternada contra la reja del claustro, un cirio alumbrando en su mano, la joven monjita exulta en su corazón, pues desde su mañana ha ido buscando esta divina Sabiduría, y no ha encontrado otros caminos que los suyos; los caminos de la justicia, del amor, y de las beatitudes eternas... En tanto, los cantos fraternales no se cansan de afirmar su confianza: «He extendido mi vestidura sobre ti y he jurado alianza contigo»...

En el altar está el Señor, y hele allí soberanamente obediente, inmolado a la que a El se inmola con golpes de pecho: «Yo no soy digna, Señor...» Y al decir esto, ella se humilla hasta los más bajos círculos de ella misma; hasta el centro de su nada, para allí, tomar su punto de apoyo en la esperanza: «Más decid una sola palabra, y mi alma quedará sana... Y esta palabra, Señor, vos no me la habéis negado, puesto que por siempre, heme aquí, vuestra esposa, cubierta con el paño real de vuestro manto; fuerte en mi debilidad, y en camino hacia el Júbilo inagotable...»

El sacerdote, vaciando el cáliz de la Salvación, une su voz a la de la religiosa: «¡ La fuerza y la belleza serán sus vestiduras, y ella

reirá en el último día !» Pues ella ha escogido la mejor parte, de la cual no será despojada, y su reír victorioso, resonando en los espacios eternos, señalará su triunfo sobre Satán, por el signo invencible de la Cruz...

Llevando el velo bendecido, el sacerdote se acerca a la reja ; y mientras que los chantres expresan el grito de cada uno de los corazones consagrados : «¡ Amo a Cristo !», el corazón precisa a su vez el amor único e incomparable : ««Puesto que te amo, soy casta ; puesto que te toco, soy pura ; puesto que te recibo, soy virgen !»... Mas una voz la llama : «¡ Ven, esposa de Cristo !», y sus hermanas la animan : «Recibe la corona que para toda la eternidad te ha preparado el Señor !»...

Derecha en medio del coro, y con un canto claro, ella responde : «Recíbeme, Señor, no confundas mi espera»... Y hela aquí en la estrecha ventanilla por donde se distribuye la Comunicación a las monjas, encuadrando su rostro radiante, una última vez, antes de ocultarlo para siempre al mundo. ¡ Breve instante, pues ya el sacerdote ha echado el velo sobre su cabeza : «Recibe este velo sagrado, emblema de pureza y de decencia, que ante el tribunal de Nuestro Señor Jesucristo tú llevarás, a fin de vivir en los siglos de los siglos».

Los negros pliegues la envuelven, y entonces se dirige de nuevo al centro del coro cantando : «El ha puesto su signo sobre mi faz»—y sus hermanas, uniendo sus voces a

la suya—: «A fin que yo no admita otro amante que El...»

Prosternada, la profesa se inclina bajo las invocaciones que llaman para cada uno de sus días las consolaciones y la fuerza : «¡ Que te bendiga Dios Padre, Creador de todas las cosas ! Y Dios Hijo, descendiendo del Cielo, para ser nuestro Salvador, el cual no ha rechazado la cruz : Y el Espíritu Santo, blanca paloma, posada sobre Cristo en las aguas del Jordán : Y la Trinidad, perfecta, se digne santificar y guardar cada uno de los días de tu vida ! ¡ Que el Señor se compadezca de todas tus flaquezas ! ¡ Que El cure todas tus debilidades ! ¡ Que El salve tu vida de la muerte ! ¡ Que El te confirme en tus deseos del bien !...»

De nuevo la potente voz del «TE DEUM», alternada en dos coros, sube hacia Dios, como para llevar a su trono el sacrificio de adoración y amor de la víctima, y a continuación, las oraciones se acumulan en una incansable súplica, que no puede callar, cuando se trata de proteger el tesoro misterioso de una vida y de una oblación.

En fin, una última bendición desciende con el agua santa, sobre la nueva «velada», quien, compareciendo una segunda vez en la estrecha ventanilla, tiende sus labios hacia la Hostia para recoger por fin, al Esposo en su alma, adornada con sus múltiples despojos.

Murmurando un último salmo, las religiosas se retiran hacia el interior del monasterio,

donde, seguidamente, reinará el regocijo de los mejores días... E igual que la losa sobre la tumba, el silencio recae... ; la criatura está por completo muerta para el mundo y para ella misma. Pobre, sumisa, privada para siempre de todo lo que hace la dicha de las criaturas en este mundo, conoce, sin embargo, el gozo perfecto, y un grato grito de triunfo, se eleva de su corazón mortificado :

«Míos son los cielos y mía es la tierra ; mías son las gentes, los justos son míos, y míos los pecadores ; los ángeles son míos, y la Madre de Dios, y todas las cosas son mías, y el mismo Dios es mío y para mí, porque Cristo es mío y todo para mí. Pues, ¿qué pides y buscas, alma mía? Tuyo es todo esto y todo es para ti ; no te pongas en menos ni repares en migajas que se caen de la mesa de tu Padre. Sal fuera y gloríate en tu gloria, escóndete en ella y goza, y alcanzarás las peticiones de tu corazón» (1).

(1) San Juan de la Cruz: «Oración del alma enamorada»

IV

EN COMUNIDAD (1)

A la luz incierta del alba, una hermana del velo blanco sube la escalera de piedra, y se arrodilla al umbral del largo corredor donde se abren las celdas ; luego, con mano firme,

(1) Todas las costumbres mencionadas en el curso de esta obra son auténticamente carmelitanos, y en vigor en los Carmelos llamados «teresianos»; es decir sometidos a las Constituciones de ellos. Mas puede notarse de un monasterio a otro—dada la autonomía de los Carmelos—algunas ligeras variantes sobre ciertos puntos no precisados por la Regla de las Constituciones. Por otra parte, en Francia—nosotros lo hemos visto—, una rama carmelitana llamada «bérulien», que guarda fidelidad a las Constituciones de 1588, se ha desarrollado vigorosamente ; las dos observancias se conducen con alguna diferencia en las costumbres, pero por completo exteriores, y, a menudo, apenas perceptibles para el profano ; mas en todo el universo, hay, efectivamente, entre los Carmelos, unidad de espíritu y fraternal unión.

agita las «tabletas»—especie de largas castañuelas—, y a su seco golpeteo su voz se eleva : «¡ Alabado sea Nuestro Señor Jesucristo y la Santísima Virgen su Madre ! ¡ A la oración, hermanas, para alabar al Señor !»

Tres veces la llamada resuena de un extremo al otro del corredor.

Al oírla, cada una de las hermanas, tendido el corazón inmediatamente hacia Dios con gesto pronto, sin titubeos ni vacilaciones, deja la cama, donde la carne se afloja en un buen reposo, que, a no ser por la regla vigilante, se retrasaría quien desde el Alba al crepúsculo, la humilla y señala sus estrictos límites.

En cada celda, se repiten los gestos acostumbrados y rápidos para colocarse el hábito ; el velo se fija con cinco alfileres, ni uno más ni uno menos ; de rodillas, y murmurando una invocación, ponen sobre sus hombros inclinados, después de haberlo besado, el gran escapulario—el mayor distintivo marial—, y abrochando el cinto ; puesto el rosario ; colocado sobre el corazón como un escudo, el crucifijo bendito, como una sombra oscura, las religiosas se deslizan por el corredor para reunirse en el coro—a las cinco, desde Pascua hasta el 14 de septiembre, y a las seis, el resto del año—a ofrecer a Dios en la oración matinal, las «primicias de su corazón».

Los cuerpos, que acaban de dejar brusca-mente el sueño, se inclinan arrodillados en tierra, sin apoyo alguno, mientras que el es-

píritu, igual que un arco en tensión, vence el embotamiento y se eleva a las cimas donde reside el Señor.

En este primer instante cotidiano de retorno a la vida, de retorno a la lucha, toda la energía del ser, se reúne y se concentra para una primera victoria, la victoria rápida de la criatura, que venciendo el entorpecimiento de la insidiosa prolongación de la noche, persigue los últimos regueros de tinieblas, y se entrega a la plena luz.

Bajo las rodillas desnudas, el suelo está frío; el aire helado, envuelve el cuerpo cansado, que durante una hora no descansa sino sobre los talones juntos; y sobre sus rostros transidos, el alba gris, pone una máscara fúnebre...

«¡ BENI, SANCTE SPIRITUS, ET EMITTE COELITUS LUCIS TUAE RADIUM!... O LUX BEATISSIMA, REPLE CORDIS INTIMA TOURUM FIDELIUM... FLECTE QUOD EST RIGIDUM, FOVE QUOD EST FRIGIDUM...»

¡ Sí, que venga el ardiente Espíritu rico de todo consuelo! ¡ Que El levante a cada una de las criaturas prosternadas! ¡ Que El renueve la juventud de su corazón inmolado! ¡ Que El la colme con sus dones para vivir en la mano del Señor el día de hoy! ¡ Que El transforme sus horas lívidas en una aurora celeste!... ¡ Amén!...

Lee aquí la priora un poco de oración, y lue-

go, como un ángel pliega sus grandes alas sobre su rostro ante la majestad de su Dios, cada monja se repliega en lo más profundo de ella misma, extraña a todo, para allí adorar la presencia soberana.

Ninguna sujeción, ningún apremio; el alma sigue su camino según la atracción secreta de la gracia, y su grado propio de avance espiritual; no se trata de esforzarse penosamente por pobres medios, sino de llevar a la cita del amor inefable, un corazón fiel, leal y puro; un corazón simple, libre y sumiso; un corazón, por entero abandonado a la ancha corriente de esa oración espontánea y confiada, que según el testimonio de Santa Teresa, «no es otra cosa, que una íntima comunicación de amistad, donde el alma se entretiene a solas con su Dios, y no se cansa de expresar su amor, a aquel de quien sabe que ella es amada».

Así, regocijada cada una en las profundidades del alma—donde expiran las palabras humanas, mas donde penetra el ojo divino, guiado por la estela del Espíritu y respondiendo a su dulce presión—, contempla una de las magnificencias del Creador.

De la suma de estas oraciones, una síntesis de gloria se eleva hasta la Trinidad, como un homenaje a su infinita perfección. Unida al Verbo Encarnado, apoyada en la Humanidad Santísima de Cristo, la oración carmelitana es verdaderamente una vida manadera, que se

desliza através de los días, para fecundarlos.

Sobre el piso helado, las religiosas pierden la conciencia del frío; el celo místico, las inunda de ese íntimo calor que irradia de sus almas. Mientras que una se sumerge en el misterio de la infancia divina, penetra las agonías redentoras de la pasión o las sublimidades eucarísticas otra se deja transportar por el movimiento del Verbo hacia el Padre, o a los inenarrables cambios de la Trinidad, y una tercera no se aparta del «Pater», del cual cada palabra le descubre horizontes sin límites...

«SUB TUUM PRAESIDIUM CONFUGI-MUS, SACTA DEI GENITRIX...»

Ha terminado. La hora ha pasado rápida y plena. Es preciso no separar al alma de Dios; que no cese de permanecer unida a El. Pero hay que imponerle al espíritu la disciplina de dejar el íntimo coloquio para fundirse en una alabanza colectiva, donde, como en todas partes, la espera el Señor.

El cuerpo siente con frecuencia el magullamiento de sus miembros, y el frío que bajo el sayal gravita sobre sus hombros. No obstante, se endereza rígido: «¡DEUS IN ADJUTORIUM MEUM INTENDE! ¡DOMINE AD ADJUVANDUM ME FESTINA!...» Surgiendo luego el himno apresurado por la claridad que ya resplandece en los blancos muros —«JAM LUCIS ORTO SIDERO»—; y confían el día a Dios, para que, hasta su declinación, haga alabanza de su gloria:

M - M . V A U S S A R D

«Sint pura cordis intima,
Absistad et vecordia
Carnis terat superbiam
Potus cibique parcidas.

Ut cum dies abscesserit,
Noctemque sors reduxcerit,
Mundi por abstinentiam
Ipsi canamus gloriam.»

A derecha e izquierda del pequeño altar de la Virgen María, verdadera superiora de todo monasterio carmelitano, se colocan la priora y subpriora, y a lo largo de los muros, las dos hileras de religiosas, con las manos cruzadas una sobre otra y enfundadas enteramente en sus anchas mangas, sostienen el Breviario para salmodiar los salmos, alternando en dos coros, sentado el uno, el otro de pie. Y como en la tragedia antigua, se levantaba por intervalos un personaje, y solo su voz se oía en el libre espacio, semanera, chantres y versicularios, desempeñan alternativamente su papel, para indicar los capítulos, los himnos, los versículos, siguiendo una liturgia estrictamente establecida de antemano.

¡Drama antiguo por excelencia! Aquí, los siglos se encadenan; la antigua ley engendra la ley nueva, y la corona, la perfecciona, la explica, y la absorbe en una fusión de amor. Las generaciones se reúnen, y el nombre del Altísimo llena el tiempo de una orilla a otra. Los salmos dejan caer los versículos, carga-

dos de sentido eterno, captado en las palabras de los Profetas que vivieron en la gran ráfaga del Espíritu divino, llenos de los deseos de una tierra, en la que deseaban germinara el Salvador, y de los temores y esperanzas de una humanidad milenaria.

Como el río divide de vez en vez su corriente, para engastar en medio de sus aguas una verde isla, así las voces proféticas se apartan ante el nimbo de la Virgen María y de los Santos, y se callan para que sea proclamada su gloria, e invocando Aquel que reina por los siglos de los siglos : ¡ Cristo ! Hijo del Dios vivo, que ha colmado la larga y gimiente espera de su creación, y consumado todas las cosas, en la Unidad indefectible.

Prima. Tercia. Sexta. Nona... Al ritmo meditativo de las disciplinadas voces, los versículos se alargan, semejantes a una red tendida bajo el espíritu, que sin temor se abandona al íntimo fervor de las palabras dirigidas a Dios, sabiendo que no puede recaer sino en El.

Después, las voces se amortiguan hasta no ser más que un murmullo : «FIDELIUM ANIMAE PER MISERICORDIAN; DEI REQUIECCANT IN PACE.» Y ahora, dos a dos, las manos bajo el escapulario y recitando el último salmo : «¡ Que los pueblos os alaben, Señor, pues la tierra ha dado su fruto !», las religiosas se dirigen al antecoro, para de rodillas, recibir la bendición de la priora, y siempre por parejas, proternándose unas después

de otras, besar el escapulario de su madre, que ellas sostienen a veces con sus manos.

Mas el gran acto del día, no se ha efectuado aún. Invadidas por la paz y el recogimiento, las monjas, bajo el amplio manto blanco, se reúnen—a las ocho en verano, y a las nueve en invierno—para la misa cotidiana, después de haberse aplicado—desde el fin de las Horas—a los quehaceres domésticos, asumiendo cada una su parte en el trabajo común.

Misa rezada, seguida por toda la Comunidad de rodillas, la cual se prosterna al «CONFITEOR», recitándolo, antes de dirigirse una a una al «comulgatorio», para recibir la Hostia divina, el Esposo esperado desde el alba...

Los domingos y días festivos, la misa es cantada, y asimismo cada sábado, en honor de Nuestra Señora. Y su canto, lleno a la vez del más allá, y expresivo «de la desnudez del alma, de la inefabilidad del amor y del reposo de la unión» (1); y desarrollado sobre una nota cantable, sin prisa, netamente, con la ancha cadencia de sus finales, concuerda con esa verdad profunda de las almas despojadas de toda búsqueda exterior; de todo lo accesorio, consagradas a lo esencial; libertadas totalmente de todo lo que no sea lo Unico necesario.

Canto verdaderamente carmelitano; eminentemente espiritual; vacío de la complacen-

(1) «El Carmelo», por un carmelita descalzo, página 105.

cia en sí mismo, semejante al estremecimiento contenido del corazón que se eleva y se detiene, quebrado por un amoroso consentimiento. Canto de una emoción punzante, brotado del alma mortificada, el cual, al otro lado de la reja de negra cortina, va a agitar a otras almas, a herirlas con íntima herida, a devolverlas al siglo, con el secreto tormento de las alturas divinas, cuyo viento fuerte y puro acaba de pasar sobre ellas conducido por una pobre nota, rica en indecibles armonías...

* * *

En este momento, la madre priora autoriza a las religiosas poco robustas para prolongar su ayuno hasta el almuerzo, a tomar alguna cosa caliente y un poco de pan, y luego, cada una vuelve a su ocupación manual.

Grande es la variedad de las ocupaciones en el monasterio, donde se procura recurrir lo menos posible a los menestrales: Albañilería, cerrajería, cristalería y ebanistería, ejercitan con frecuencia los talentos y las buenas voluntades de la Comunidad, sin perjuicio de los trabajos corrientes; ya que hace falta cultivar el jardín, recoger las legumbres, hacer la colada, y, dos veces al día preparar la modesta comida, después de haber velado para su abastecimiento.

La ley santificadora del trabajo es rigurosamente observada en el Carmelo. Las constituciones la expresan marcadamente: «Aquel

que quiera comer, debe trabajar, como lo hacía el apóstol San Pablo, que trabajaba con sus propias manos».

Generalmente, se guarda la soledad; por ello, cuando varias religiosas deben trabajar juntas, no rompen el silencio, sino por necesidad, y se comunican por señas tanto como sea posible.

La religiosa encargada durante la semana, de señalar puntualmente las etapas del día por el sonido de la campana, repica brevemente antes de la comida y de la cena, para llamar a sus hermanas al examen de conciencia, que precede inmediatamente la entrada al refectorio. (Función minuciosa e importante ésta de velar por la regularidad armoniosa de los ejercicios, pues sus negligencias son acusadas en el capítulo, y en castigo de las cuales, una antigua costumbre—ya poco usada—hacía recorrer a la infiel el refectorio con una campanita al cuello, ya que, en la disciplina necesaria del ascetismo carmelitano, todo desfallecimiento, la relajación más pequeña, deben ser corregidas inmediatamente.)

Reunidas en el coro, después de haber besado la tierra y recitado el «PATER», cada cual bucea brevemente el fondo de sus intenciones, y hace el balance de su rectitud y de su regularidad, en esta primera mitad del día concedida por el Señor, la cual debe subir hacia El, en un perfume de inmolación, de trabajo, de oración...

Procesionalmente, dos a dos, unidas por el recuerdo y la plegaria a sus muertos, y a los difuntos bienhechores del monasterio, marchan al refectorio salmodiando el «DE PROFUNDIS».

El refectorio del Carmelo, es un lugar de especial vigilancia, donde nada jamás perturba su austeridad, ni aún en los días de mayor regocijo, ya que las palabras se quiebran contra su dura puerta, y no se eleva ninguna voz, sino es para humillarse en una pública acusación, o para leer los textos piadosos.

El cuerpo recibe allí las indispensables consideraciones; mas a su alrededor se redobra la prudencia, a fin de que, en el acto animal de satisfacerse, el espíritu no cese de dominarlo y para que, por esta brecha, la sensualidad—precursora de los grandes defectos—no penetre ni lastime la «real libertad» de las criaturas, sustraídas tanto como es posible por su renunciamiento, a las insidiosas tiranías de la falta original.

Como las demás piezas del monasterio, el refectorio está enjalbegado con cal, y adornado solamente con negras sentencias.

Una de sus extremidades, se escota con una ancha ventana de servicio, que da a la cocina. En la pared opuesta, una gran cruz de madera negra, sin Cristo, más con la palabra de Jesús crucificado: «Sitio», palabra que él pronuncia sin cesar en el secreto del corazón de sus esposas, pues El, el Dios abrumado de

hiel, tiene una infinita sed de amor ; sed que calman las lágrimas del sacrificio.

Bajo la cruz, la mesita de dos cubiertos, donde se sientan, a la derecha, la priora, y a la izquierda, la subpriora ; en el centro de la mesa, una calavera recuerda el inevitable destino... A lo largo de los muros laterales, en dos mesas estrechas, guarnecidas con platos de arcilla—que reciben por categoría de profesión—, las religiosas, después de una profunda inclinación a la cruz, recogidas y con los ojos bajos, se alinean en el orden que guardan en el coro...

«BENEDIC DOMINE, NOS ET HAEC TUA DONA QUAE DE TUA LARGITATE SUMUS SUMPTURI. PER CHRISTUM DOMINUM NOSTRUM». A la voz de la priora, sucede la de la semana leyendo la antífona del día, la cual, salvo en las grandes fiestas, es siempre la misma :

«Los ojos de todos se elevan hacia vos, Señor, y vos les dais el sustento en el tiempo conveniente. Vos abris vuestra mano, y llenáis con vuestra bendición todo lo que alienta.»

Después, subida en el pequeño púlpito que ocupa el ángulo del refectorio a la derecha de la priora, lee algunos versículos de la Biblia, que sus hermanas escuchan de pie, atestiguan-do de este modo la preeminencia del alimento espiritual sobre el corporal, al mismo tiempo que su pobreza obediente, que no osa partir el pan, hasta no haber recibido el permiso,

A la señal de la madre priora, todas, sentadas ya, levantan con un mismo gesto sus mangas, despliegan su servilleta—donde están colocados el vaso y el cubierto—y ponen uno de sus picos sobre la mesa, y el otro prendido sobre su pecho, con el fin de no ofender a la santa pobreza, dejando caer al suelo algunas migajas. Sobre el trozo de pan que el Señor les envía, trazan el signo de la cruz—cuya efigie marca el menor detalle de sus vidas—, y cogiéndolo con ambas manos, en un arranque de gratitud por la divina largueza, besan ese pan que va a dar al cuerpo el vigor para servir a su Dios, después de haber vigorizado por la mañana a su alma con el alimento eucarístico.

«Recibamos este pan—dice un autor carmelita—como un sacramento natural..., como embalsamado de la bendición universal que deja escapar sobre todo ser las manos bienhechoras del Creador; veamos sobre todo en él, la imagen de esos socorros superiores de la divina gracia, que no empecen a la vida de nuestra alma, y que, si somos fieles, nos conducirán un día al eternal banquete de los cielos: «MENSAE COELESTIS PARTICIPES FACIAT NOS REX AETERNAE GLORIAE» (1).

Cada religiosa coloca ante ella el vasito, también de arcilla, donde bebe, después de ha-

(1) R. P. Marie-Bernard, du Sacré-Coeur: «La journée religieuse», pág. 417.

berlo marcado asimismo con el signo de la cruz, y teniéndolo siempre con ambas manos. A la izquierda pone su pan, y a la derecha, el cuchillo y la cuchara de madera.

En el púlpito, lee la lectora, primeramente un capítulo de las Constituciones ; en seguida, otro de la Santa Escritura ; luego, un comentario del Santo del día y algunas páginas de Santa Teresa, de San Juan de la Cruz o de algún otro maestro espiritual...

En cuanto la madre priora pone su escudilla al borde de la mesa, la monja que hace de sirvienta, trae la comida, y cuida con atenta mirada, de que nada falte a ninguna ; y de vez en cuando cede su puesto a la priora, quien, maternalmente, quiere servir a sus hijas.

El espíritu de pobreza hace sabrosos los manjares, más toscos aún que abundantes.

El vino, no está prohibido ; mas el presupuesto del monasterio no alcanza a llenar fácilmente el ánfora vacía... El agua o alguna infusión preparada en el mismo monasterio, lo reemplazan generalmente.

«A esta infusión—como nos lo escribía alegremente una carmelita—se le da, según las circunstancias, el nombre de cerveza, de sidra o de café, no dejando nunca de ser una bebida común, aunque, eso sí, decorada con un bello nombre.»

La abstinencia en el Carmelo es perpetua (1).

(1) No obstante, el Carmelo—no hay que dejar de repetirlo—, aunque tan austero, no es in-

y los frecuentes ayunos, lo agravan aún más. En tiempo ordinario, la comida se compone de una sopa, de un plato de huevos o pescado, de otro de legumbres, y fruta. Desde el 14 de septiembre hasta Pascua, el ayuno propio de la Orden restringe aún la variedad y la abundancia de los «menús», aunque por la noche se sirve, sin embargo, un potaje o un plato de legumbres, aderezadas sin leche ni manteca. Pero en todos los viernes del año, y a lo largo de los ayunos prescritos por la Iglesia durante la Cuaresma y las vigiliass, los huevos, la leche y la manteca, serán por completo prohibidos, y la colación de la noche, se compondrá solamente de una pequeña porción de frutas secas, y de un trozo de pan, estrictamente racionado siempre.

El Viernes Santo, aumentadas las austeridades por la Gran Expiación, un poco de pan seco y un poco de agua, tomados, no en la mesa, sino de rodillas, es la única confortación física que reciben estas mujeres extenuadas por dos meses de ayuno, pero valerosas siempre por la fuerza de su amor.

El refectorio—ya lo hemos dicho, a propósito de los ritos que preceden la toma de hábito y las profesiones—es un lugar de especial

humano. Allí, todas las flaquezas son tomadas en consideración, y ninguna está obligada a exceder temerariamente a sus fuerzas. Así, una mesa aparte, está reservada a las religiosas que tienen necesidad de comer carne.

austeridad y penitencia. Ciertas negligencias, atolondramientos o desmañas, por ejemplo, a la terminación de las comidas, son allí acusadas espontáneamente, sin esperar al próximo Capítulo. La antigua costumbre—raramente practicada en nuestros días—quería que fuese producto al mismo tiempo del cuerpo, del delito; así, se veían en las manos de la falible, la cubierta o la almohada—en castigo de una pereza matinal—o bien el roto utensilio de menaje, lo cual constituía algunas veces un cuadro no exento de pintoresquismo.

Pero con más frecuencia ocurrirá que, arrojada silenciosamente ante la priora, una religiosa solicita el permiso para humillarse a los ojos de sus hermanas, y para unirse, por una penitencia pública, más estrechamente a la Cruz, siguiendo las sugerencias del Espíritu y el impulso de su expiación, añadiendo, en la intimidad del claustro, una joya más a ese tesoro común que «no hurtan los ladrones ni roen los gusanos», y ocultado por los misterios de la inmolación.

Terminada la comida, cada una recoge y come las migajas caídas en su servilleta, en recuerdo de la palabra del Señor, pronunciada después de haber alimentado al pueblo con la multiplicación de los panes y de los peces: «Recoged los pedazos, a fin de que nada se pierda»...

A la señal de la priora, la lectora, desde lo alto del púlpito, pronuncia: «TU AUTEM,

DOMINE, MISERERE NOBIS)... «DEO GRATIAS», responde la Comunidad entera puesta en pie, y uniéndose, ya en voz alta, o ya en silencio a la recitación de las gracias : «BENEDICTUS DEUS IN DONIS SUIS ET SANCTUS IN OMNIBUS OPERIBUS SUIS, QUI VIVIT IN SECLA SAECULORUM.» Finalmente, la terminación de los oficios de la Iglesia : «FIDELIUM ANIMAE PER MISERICORDIAM DEI, REQUEScant IN PACE». Y después del deseo expresado por la semana a sus hermanas : «DEUS DET NOBIS SUAM PACEM», y unidas siempre en el recuerdo de sus muertos, salen dos a dos —no sin haberse inclinado ante la Cruz—, a lo largo del claustro, salmodiando de nuevo el «DE PROFUNDIS», hasta la sala donde algunos instantes de conversación aflojan un poco los rigores de la jornada...

De rodillas, ofrecen su alegría al Señor : «Mi Dios, tengo algún tiempo para pasarlo en recreación con vuestras siervas ; haced que sea para vuestro honor y gloria, y que este ejercicio me sirva para cumplir inmediatamente, con más valor, las obras de vuestro servicio.»

Acabado el recreo, una de las hermanas, besando el escapulario de su priora, solicita el permiso de retirarse. Esto es, porque ha encontrado en la puerta de su celda un billetito notificándole su turno para ir a ayudar a las conversas a lavar la vajilla, a lo cual están obligadas todas, sin excepción alguna.

«Hermana, se os ruega el ir al fregadero para honrar e imitar al Hijo de Dios, quien, por nuestro amor, descendió a hacer y a sufrir las cosas más duras y más humillantes.

Agrupadas en círculo alrededor de la priora, y trabajando en una labor de costura, las carmelitas—para que la mirra penitencial no deje de aromatizar cada uno de sus actos—se mantienen sentadas sobre sus talones; ya que, en la mayor parte de los Carmelos, la sala de recreo es una pieza desnuda y blanca, con sólo la efigie de Cristo, y sin mueble alguno, excepto una estufa, alguna que otra vez.

La Regla permite, en efecto, en la época de los grandes fríos, que sea templada una pieza del monasterio; pero, ligeramente, o sea alrededor de 10 grados. Y este rigor, que hace tiritar a los transidos cuerpos más que ningún otro, choca grandemente a nuestra molicie, y confunde nuestra humana prudencia.

En efecto, el tal rigor, es tan particularmente doloroso, que hace falta una energía heroica para soportarlo, en las regiones de clima duro.

Leyendo cada cual la vida de Santa Teresita de Lisieux, ha sentido su carne desfallecer ante la declaración de esta criatura, tan viril no obstante: «¡ Sí, yo he tenido frío..., hasta morir! »...

Sin embargo, ella lo soportó; ¡ tantas son las reservas de energía en las almas consagradas a expiaciones sin límites!...

Nosotros, que estamos aún en el umbral del

misterio de la inmolación—del que sólo pueden hablar los que en él viven y saben, según la expresión de una gran priora, hasta qué punto «el alma ilumina al cuerpo»—. Nosotros, que no estamos anegados en los abismos del divino amor, y no hemos abordado esa otra orilla, que ya no es de esta tierra, sino que pertenece al reino del Eterno, y a cuyas claridades, que hieren nuestra vista, dirigimos desde lejos una mirada miope... Nosotros, balbucimos, y no podemos comprender... Ya que la Prudencia, virtud cardinal, no debe ser jamás en toda esta vida de expiación ofendida por nadie, ni contradecida. (Esta prudencia, que Santa Teresa, con su hermoso equilibrio de siempre, y siempre consciente de la realidad, señaló con tanta insistencia, y la cual, al ser continuada por sus hijas, tienen fuerza de tradición.)

Yo sé de un Carmelo del Norte que, muy pobre, y obligado a recurrir a los trabajos de las religiosas para adquirir el pan cotidiano, cuando la temperatura es demasiado rigurosa, se ve obligado a mitigar la regla de la soledad, y admite el trabajo común, para que los pobres dedos gordos puedan trabajar, ya que en la celda graciosa, son incapaces de coger una aguja. No obstante, cada una se aísla lo más posible en el calefactorio, y así, la Regla es, a pesar de ello, estrictamente observada.

También sé de otro donde, alguna vez, se concede un jarro de agua caliente para las

más completas abluciones, no prohibidas tampoco por la Regla.

De suerte que un Camerlo moderno, podría ser perfectamente provisto de sala de baños, y ello sin duda regocijaría a Santa Teresa, tan amiga del más completo aseo, que hubiera deseado dedicar acerca de él algún punto en las constituciones.

Asimismo, Santa Teresita de Lisieux, a pesar de su valor para aceptarlo todo, pensaba—según nos dice su biógrafo—«que el no tener en cuenta al hacer observar la Regla, las diferencias de latitudes, y la diversidad de temperamentos, era tentar a Dios, y pecar contra la Prudencia» (1).

* * *

Y he aquí la primera hora de íntima familiaridad del día... Discretamente, los libros de costumbres, complemento de la Regla, previenen los «choques» eventuales, y ponen en guardia contra todo lo que pudiera enfriar los corazones, y ensombrece el trato.

«Si una religiosa, siendo interrogada, es de un sentimiento contrario al de sus hermanas que han hablado antes que ella, debe expresarlo, de manera que no parezca reprobar sus avisos, sino más bien que parezca dispuesta a abandonar el suyo»... «Que no se entreten-

(1) Santa Teresita del Niño Jesús: «Une Rose effeuillée», pág. 278.

gan jamás en cosas capaces de llevar la distracción a un alma religiosa»... «Que no se establezca ningún paralelo entre una nación y otra, y que ninguna parezca preferir la suya a las otras, pues todas las comparaciones son odiosas»... «No hay oposición a que en las conversaciones monásticas que tienen lugar en el recreo, se digan cosas divertidas, con tal que, quien las diga, evite toda afectación, y quienes las escuchen toda explosión de risa inmoderada»... «No hay que llevar tampoco a la recreación, una gravedad molesta y demasiado seria. Ese tiempo nos es dado para aflojar al espíritu, y en él debemos entregarnos a la alegría, pero de una manera moderada, modesta, santa y afable»...

No es éste, sin embargo, el eco de las palabras de Santa Teresa, quien, con su acostumbrada franqueza, se exclamaba: «¡Qué sería de nuestra casa si cada una de nosotras se aplicara a esconder la poca gracia que tiene! Nadie tiene demasiada. Así, que cada una muestre con humildad la que ella tenga, para divertir a las otras. ¡No imitéis a esas pobres gentes, que desde que tienen una poca de devoción, toman un aire enfurruñado, y no tienen ánimo para hablar ni respirar, de miedo a que su devoción se les escape!»...

Sí, dice bien la Santa. ¡Que se expansionen libremente los espíritus y los corazones, en una caridad cordial, y en el recuerdo de la santa presencia!—que tres veces, en el transcurso

del recreo, trae a la memoria el ligero sonido de las «tabletas»—Así, en gozosa paz, se va la hora de libertad, ya transcurra en la sala, o en cualquier lugar de trabajo—donde se encuentra reunida excepcionalmente la comunidad, como por ejemplo, en el lavadero, el día de colada, o en el jardín, los días de la recolección de frutas y legumbres—, manteniendo, además, con cambios de impresiones sobre lecturas o cuestiones sobre la vida de la Iglesia o de la Patria, despiertas las inteligencias, y vibrantes los corazones.

El domingo o los días de fiesta, la madre priora hace a sus hijas lectura de un artículo interesante; de algunas nuevas de la gran familia carmelitana, o de la carta de alguna novicia vuelta al siglo por motivos de salud, mas quien guarda siempre hacia el redil elegido, un afecto fiel... En esta tierna expansión, los corazones se apoyan unos a otros en mutua confortación, para una nueva etapa en el camino ascendente, donde es grato elevarse en rebaño fraternal hacia Cristo Jesús.

Al toque de la campana, quedan truncadas las palabras como un reflejo inmediato de esa obediencia que ha tomado posesión del ser, hasta en sus menores movimientos. Y después de un «PATER» y un «AVE», recitados en voz alta, y de haber besado la tierra, se retira cada una, no sólo en silencio, sino en «gran silencio», ya que esta ora debe ser, más que ninguna, muda...

En verano, las hermanas tienen en esa hora de recreo, la libertad de tomar la siesta o algún reposo; no están obligadas al trabajo de la Regla, y pueden emplear ese «tiempo libre», en lo que su inclinación les dicte.

A la una, se vuelve a un trabajo determinado, que se prolonga hasta las cinco y cuarto, interrumpido sólo por las Vísperas, seguidas de una breve lectura espiritual. A las tres, la campana recuerda la muerte del Señor, y cada cual, prosternada en su celda, se une a ella durante un momento, prosiguiendo luego su silenciosa labor.

Recogidamente, orientado como siempre el espíritu hacia Dios, la carmelita remienda sus vestidos monásticos, cubiertos a menudo de piezas y zurcidos, y se emplea—si es necesario para procurar alguna ayuda al monasterio—, a trabajar con su aguja o su pincel.

Ella confecciona ornamentos de Iglesia, ilumina misales o cánones de altar, no solamente para satisfacer los «encargos», sino también para adornar la capilla del monasterio; esa capilla de la cual no goza personalmente, puesto que la reja y la opaca cortina se la esconden, pero donde con frecuencia—e imitando el ejemplo de Teresa de Avila—plácele a ella, ¡tan pobre!, sentirse pródiga.

Las capillas de los Carmelos tienen cada una su fisonomía propia, según los recursos y el espíritu de la casa. En sus antiguos monasterios, los carmelitas muestran frecuentemen-

te fastuosas iglesias, donde no escasean las columnas de mármol y las colgaduras. La tradición de la Orden no es, pues, contraria al lujo para el Señor, y si hiciera falta, varios pasajes de las «Cartas» o de las «Fundaciones», de Santa Teresa, lo atestiguan. Tal, el de aquel día en que—teniendo la bolsa demasiado lisa—, y en medio de las dificultades surgidas para el establecimiento del convento de Toledo, ella nos cuenta el detalle espontáneo de sus despensas: «Mi haber, llegaría a tres o cuatro ducados. Con ellos compré dos lienzos pintados para ponerlos sobre el altar—pues no tenía absolutamente nada hecho en cuadros—y dos jergones con un cobertor» (1).

En nuestro tiempo, ciertos monasterios no tienen sino una humilde capilla, ya sea por necesidad o ya por testimoniar exteriormente su espíritu de pobreza, extendido hasta la casa de Dios. Otros, al contrario, gustan de hacer servir a la materia vil o preciosa a la gloria del Creador, extrayendo de ella la mayor belleza posible.

Son ambos, conceptos personales; pero los dos se acomodan holgadamente en el espíritu de la regla carmelitana, a condición, sin embargo, de no dar lugar a vanidad alguna, ni asimismo de demostrar una inclinación disfrazada a las riquezas, pues ésta podría tomar un solapado desquite sobre el espíritu de po-

(1) T. III, pág. 201.

breza, mantenido individualmente, pero colectivamente violado.

Hermana del «Angélico», que pintaba de rodillas sus cuadros, la carmelita encargada de trabajar para la iglesia, pone en la trama sedosa de sus bordados, o en los arabescos de su pincel, un poco de su alma contemplativa; y frecuentemente, sus trabajos solitarios encierran los tesoros de amor y de obediencia, registrados en los «Fioretti» del monasterio.

¿No es en verdad emocionante esa humilde hermana conversa que, sin haber tenido jamás el cincel en sus manos, se pone a ejecutar, bajo la orden de su priora, un crucifijo de madera; luego un «Vía Crucis», tallado en piedra, que orna todavía la iglesia de un Carmelo borgoñón?...

Artista por la fe, sencilla y confiada en que la ayuda divina guiará su mano inexperta, ella comenzaba cada una de sus figuras por el extremo de la nariz, y de allí sacaba el personaje entero, y componía rápidamente la escena animada, vigorosa en su desmaña, llena de vida interior, unida a los sufrimientos de la Pasión...

Arte religioso, que por instinto sabe permanecer en la austera tradición carmelitana y en los esplendores despojados de la Verdad. Arte que, según la expresión de Hello, debe ser «el recuerdo de la presencia universal de Dios», y cuyas necesidades ha determinado San Juan de la Cruz:

«Yo no repruebo en ninguna manera lo que se hace para adornar y reverenciar a las imágenes ; lo que yo repruebo es el faltar a este culto de honor, y debíase prohibir a los artífices poco experimentados, ejecutar ese género de obras, porque su talento no es propio para inspirar la devoción. Sin el espíritu adecuado, los adornos exteriores estorban al corazón de ir a Dios, de amarle y de olvidar todo por él.»

* * *

Así, dividido entre la oración y el trabajo, transcurre el tiempo en el silencioso monasterio, hasta que la campana, a las cinco menos cuarto, suspende toda labor, y, como por la mañana, reúne a la comunidad en el coro para la oración de la tarde. Una hora de rodillas—prolongación del recogimiento de la celda—, más toda para Dios sin la más ligera distracción por el trabajo, libre por completo en el abandono del corazón, en el corazón divino...

A las seis, se encuentran nuevamente las religiosas, en largas filas y salmodiando el «DE PROFUNDIS», camino del refectorio, para tomar la cena o la colación, y siguiendo el mismo ceremonial que a medio día, salvo que la lectora prepara la fiesta del día siguiente con la lectura de las lecciones de «MAITINES» ; la vida del santo que será celebrado en el oficio ; el martirologio, etc. Después, recitadas las gracias y los salmos, viene el segun-

do recreo fraternal del día, a reunir a las hermanas en una intimidad, que la noche hace más estrecha aún y más apacible ; en una hermosa serenidad donde no hay asechanzas disimuladas y cuyo lazo es Dios, la cual evoca también esta página, llena de encanto carmelitano.

«Dos veces al día las carmelitas se reúnen para gustar, en la sencillez de las relaciones fraternales, la dulzura del «ECCE QUAM BONUM...» En los hermosos y largos días del verano, suelen tener en el jardín la recreación de la tarde. El declive acentuado del suelo, ha hecho de ese jardín una especie de colina accidentada, con sus repliegues de terreno y sus huídas sobre los grandes horizontes. En el sitio más elevado, desde donde se puede gozar de la obra de Dios, permaneciendo no obstante al abrigo de toda mirada, madre María de Jesús ha hecho arreglar una plazoleta, protegida del sol por la apretada sombra de un gran plátano. Y allí también, la imagen del Maestro domina, tallada en piedra del país por el cincel de nuestra hermana Ana de Saint-Barthélemy. Es Jesús orando en el desierto : «ET FRAT PERNOCTANS IN ORATIONEM DEI», arrodillado ante su Padre, con la mirada extraviada en la contemplación.

»Las religiosas se agrupan a sus pies. La atmósfera, quemante a veces durante el día, ha refrescado ; la gran paz de la tarde comienza a descender y las almas, llenas del gozo de Dios por las horas de oración y de actividad

y de la alegría del deber y la abnegación fraternal, van a reposar unas cerca de las otras, en comunión con el corazón de su madre.

»Las hermanas hacen círculo en los rústicos bancos, alrededor de la madre Marie de Jesús ; todas las miradas convergen en ella. Y ella, con ese arte de la conversación que supone el don de asimilar las ideas, de verlas y expresarlas, dirige la conversación sencilla, íntima, atractiva..., que habla de Dios, de los acontecimientos divinos del tiempo presente, diciendo las cosas más insignificantes con un encanto completamente teresiano.

»Las almas, los corazones, las inteligencias, se sienten unidas ; la más franca alegría sosiega y dispone a tomar de nuevo, y más fácilmente, la austera y dulce soledad y a encontrarla más llena de Dios...

»Toda alma guarda, en el fondo de ella misma, un corazón de niño. Mas las carmelitas lo guardan más que otros, quizá porque ellas se renuevan sin cesar en el manantial siempre vivo de las cosas eternas. Ellas se dirigen a ese Dios, que da a los suyos una juventud sin término : «AD DEUM QUI LETIFICAT JUVENTUTEM MEAM». Y en esta hora de comunión, es cuando ellas dejan brotar sus impresiones y sus pensamientos, con la simplicidad de las almas muy cercanas a Cristo... (1)».

(1) «Vie de Mère Marie de Jesús», páginas 213 a 214.

Cuando el antiguo reloj de arena—que sirve para fijar la duración de los ejercicios de comunidad en el Carmelo—señala el término del recreo, la unión de los corazones se prolonga en la capilla, con la recitación de las Completas, donde el alma, cerca de las emboscadas nocturnas, se resguarda bajo el ala de los ángeles y se acurruca en la mano protectora del Señor : «FRATES SOBRII ESTOTE ET VIGILATE...» En el umbral de las tinieblas, la criatura penitente golpea su pecho a las acusaciones del «mea culpa» ; los salmos desarrollan sus invocaciones, sucesivamente rudas y suplicantes ; y después de reclamar otra vez el auxilio para el sombrío paisaje de la noche, e implorando un sueño puro, como un niño inquieto que, apaciguado de pronto, se abandona al padre, así el alma, dulcemente dócil, se confía por entero. «IN MANUS TUAS, DOMINE, COMMENDO SPIRITUM MEUM...» Y la plegaria rebota, se postra a los pies de la Virgen, se une a los difuntos, se inclina bajo la aspersion del agua bendecida salmodiando el «MISERERE», extinguiéndose luego al toque del gran silencio, que se prolonga desde la noche al alba. Besan entonces las religiosas el escapulario de su priora ; reciben, con una inclinación profunda su bendición, y se retiran.

Hasta los «Maitines» y los «Laudes», los cuales—a fin de evitar el levantarse en la noche—se recitan a las nueve, el tiempo es li-

bre para la lectura, el trabajo personal, la plegaria..., según la necesidad de las almas.

Tres veces por semana, después de haber cerrado los salmos su ciclo cotidiano, en unión con el Cristo flagelado por los pecados del mundo, la disciplina de la regla azota la carne que se ofrece en una penitencia redentora, mientras el canto de un «MISERERE» implora «gracias de conversión para los pecadores, alivio a las almas del purgatorio, ayuda a la Santa Iglesia y a su jefe visible, nuestro Santo Padre el Papa» (1) y termina con la antifona: «CHRISTUS FACTUS EST PRO NOBIS OBEDIENS USQUE AD MORTEM, MORTEM AUTEM CRUCIS.»

Las últimas oraciones se acaban hacia las diez y media, excepto los días de fiesta, en que el oficio, enteramente cantado, aumenta el tiempo de la vigilia.

Por última vez, las religiosas, rezan el salmo «DEUS MISEREATUR NOSTRI: «Que Dios tenga piedad de nosotras y nos bendiga...», y, seguidamente, a continuación de la priora, regresan a sus celdas.

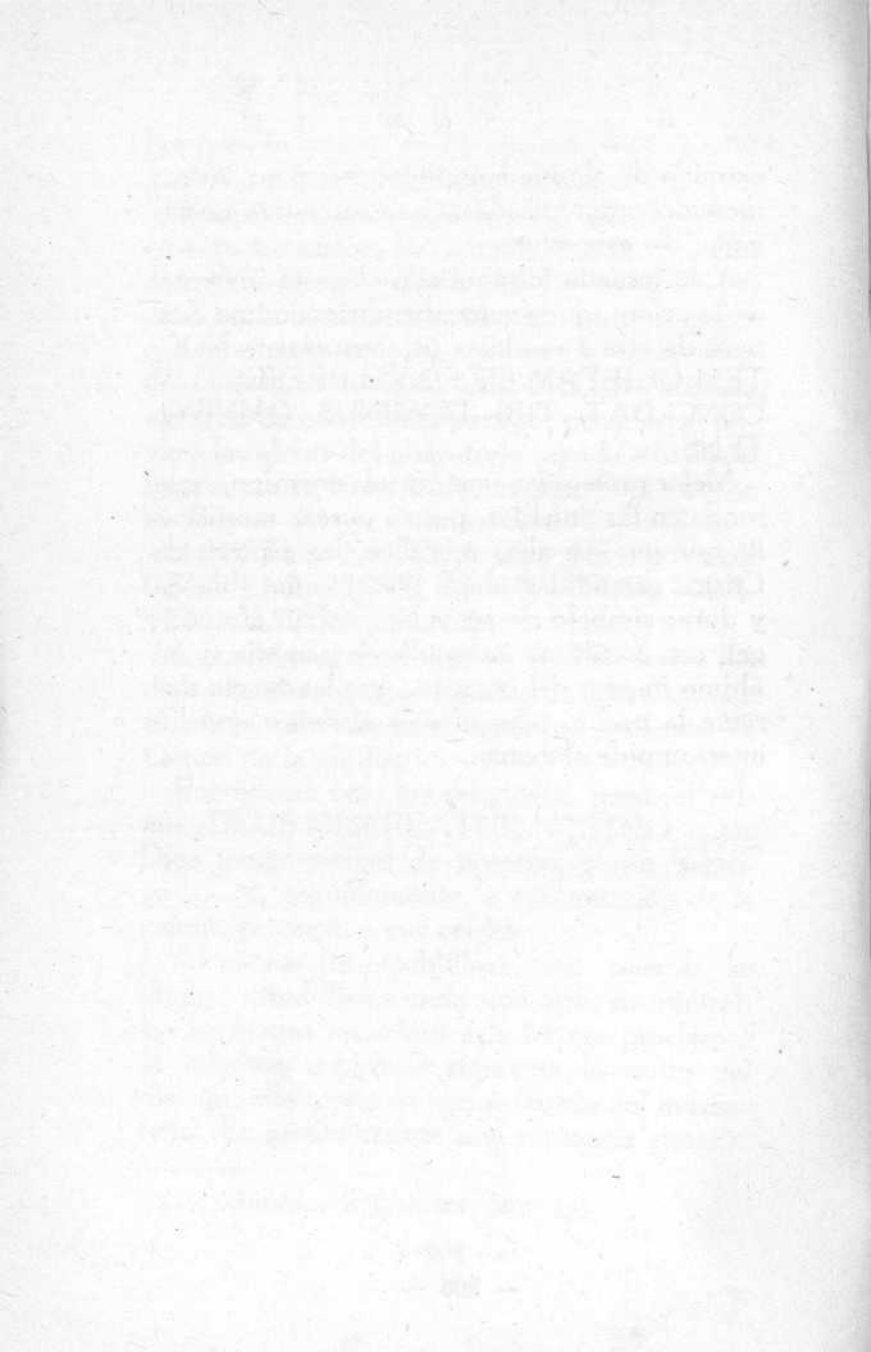
Al chocar las «tablillas», las puertas se abren; arrodilladas cada una ante su umbral, las hermanas escuchan a la lectora proclamar la máxima espiritual referente al santo del día, que ella repite en varios puntos del monasterio. Es generalmente una sentencia rimada,

(1) «Journée religieuse», pág. 475.

extraída de alguna complicación ; pero, más a menudo, improvisada por la semanera encargada de este oficio.

Y la jornada termina con el gesto maternal de la priora, que avanza bendiciendo una después de otra a sus hijas prosternadas : «NOC-TEM QUIETAM ET FINEM PREFECTUM CONCEDAT TIBI DOMINUS OMNIPOTENS...»

Mejor protegidas contra el enemigo, que ronda en las tinieblas, por su pureza mortificada que por sus altas murallas, las esposas de Cristo, extendidas ahora en su cama, blanca y dura, símbolo de su vida, confían a su ángel, con un último murmullo de plegaria, y un último ímpetu del corazón, que las revele durante la noche, para ofrecer al Señor una interrumpida alabanza. . .



V

EN SOLEDAD

Toda esta severa reglamentación de la jornada carmelitana, donde la plegaria, la penitencia y el trabajo, se equilibran, siguiendo una experimentada prudencia, no es otra cosa sino el medio propuesto a las almas contemplativas para realizar su más alto fin : la unión con Dios, por las múltiples etapas de la vida mística.

Cada instante puede servir de preparación para la oración, donde los dones del Espíritu Santo se ejercitan cada vez más, con amplitud más perfecta.

La carmelita se suprime del mundo para vivir «sola con El»; y para entregarse a la Caridad, se rodea de una soledad fecunda, donde resuena la voz del Señor : «Una palabra habló el Padre, que fué su Hijo, y ésta habla siempre en eterno silencio y en silencio, ha de ser oída del alma (1)».

(1) San Juan de la Cruz : «Avisos y sentencias espirituales».

La celda, es verdaderamente el lugar donde Dios habla a su corazón; el terruño donde arraiga su vida religiosa, en la medida de su adhesión a los despojamientos del silencio, que vacían la memoria y sujetan a la criatura a la gracia del momento presente, sin retorno sobre sí misma; sin incursiones en el porvenir; con el único deseo de someterse a la voluntad divina. «Jamás un alma oye al Verbo volver a hablarla vivo, si ella no entra en uno de esos silencios que conocen todos los verdaderos contemplativos... Es preciso entrar en esos grandes silencios vivientes; hay que hacer eternidad en su alma; no hay nada interesante si no Dios, nada que debe entrar en nuestra alma más que Dios» (1).

Humildad, mortificación, plegaria, soledad, silencio..., tales son, con la Fe, la Esperanza y la Caridad, las bases inquebrantables donde se apoya esta oración, «que procede del amor de Dios y se termina en El», verdadera médula de la jornada carmelitana, hasta el punto de que la oración se convierte en vida, y la vida se convierte en oración, según el precepto de la regla: «Cada uno permanecerá en su celda meditando día y noche en la ley del Señor y velando en la plegaria, a menos que esté legítimamente ocupado en otra cosa» (2).

Mas no se trata aquí de que la criatura llamada a la vida contemplativa se torture el es-

(1) Madre Marie de Jesús, pág. 231.

(2) Regla de San Alberto. Saint-Albert.

píritu con penosos esfuerzos, pues Dios «no gusta en ninguna manera que se rompan la cabeza para hacerle largos discursos (1)», sino más bien de establecerse primero—como dice excelentemente Jean de Saint-Samson—«en una viva, actual y continua presencia de Dios, y viviendo más de ella, que nuestros cuerpos viven de sus almas». «Debemos—añade aún—vivir solitarios de espíritu y de cuerpo; en oración perpétua, silencio y recogimiento absoluto de nuestro espíritu en Dios, por la verdadera y fiel abstracción de todo lo visible, material y sensible; es decir, sólo intelectualmente, a fin de ser así elevados en Dios en pura contemplación de las cosas celestes y divinas (2)».

Es sellar, con un mismo golpe, el principio de la inclinación de todos los cristianos, y el término, donde muchos sin duda son los llamados, pero pocos los elegidos, ya que es indispensable una heroica fidelidad, a las gracias de una tan particular elección.

Santa Teresa no se cansa de describir la arquitectura, divinamente suntuosa, de ese «Castillo todo de un diamante o muy claro cristal, adonde hay muchos aposentos, así como en el cielo hay muchas moradas... La puerta para entrar en este Castillo es la oración y consideración, no digo más mental que vocal,

(1) Obras de Santa Teresa, t. V, pág. 214.

(2) Doctrine du Vénérable Frère Jean de Saint-Samson (Saint-Maximin, éd. de la Vie spirituelle).

que, como sea oración, ha de ser con consideración (1)».

* * *

He aquí el hilo conductor. ¿Cómo no seguir paso a paso a Teresa de Avila, quien, después de haber sufrido las incertidumbres de los novicios, conoció las más raras efusiones del espíritu?...

El alma pues, ya pura—y después de haberse purificado aún más por una mirada de amor arrepentido sobre su miseria—considera a Aquel, al cual dirige su plegaria, compañero de su soledad y se considera ella misma... Aquel que es, ella que no es... «Así, cuando se ha hecho todo para ahondar en esos dos puntos, ya, antes de comenzar su oración vocal, se ha consagrado un tiempo considerable a la oración mental (2)».

Es entonces, cuando penetra en el alma esa humildad luminosa, impregnada de confianza, que anula el miedo servil y purifica sus intenciones.

Sobre la firme plataforma de las virtudes teológicas y de las disciplinas monásticas, colocada frente al Dios vivo, toma ella el doble punto de apoyo en su nada, y en la misericordiosa Humanidad de Cristo—que es el verdadero y seguro camino del contemplativo—para la vida

(1) Obras de Santa Teresa, t. V, pág. 150.

(2) Ob. cit., t. V, pág. 173.

fecundante de su oración, pues «nadie puede ir al Padre, sino por Jesús» (1).

Y según la propia promesa del Salvador a la hermana María de Saint-Pierre: «Lo mismo que en un reino se consigue todo lo que se desea con la efigie del príncipe, así, con la moneda preciosa de mi Santa Humanidad, que es mi adorable Faz, obtendréis todo lo que deseareis».

Por otra parte, como dice Santa Teresa, con el buen sentido, del cual no se aparta jamás: «Vivir separado de todo lo que es corporal, y sin cesar abrasado de amor, es bueno para los espíritus angélicos; mas no es asunto para nosotros, que habitamos un cuerpo mortal» (2).

Por un desprendimiento completo de todo disfrute, de una verdadera pobreza de espíritu, de un tranquilo acatamiento a la voluntad divina, llega el alma a ese «Conocimiento simple y afectuoso de Dios y sus obras, que es el fruto de nuestra actividad personal, ayudada por la gracia (3)», o dicho de otro modo, a esa contemplación llamada «adquirida», desde el siglo XVII, y que depende esencialmente de nuestra voluntad (4).

(1) San Juan, t. XIV, pág. 6.

(2) Ob. cit., t. VI, pág. 231.

(3) R. P. Garrigou-Lagrange, «Perfection chrétienne et Contemplation», t. I, pág. 273.

(4) «La Spiritualité carmélitaine traditionnelle», par le R. P. Marie-Joseph du Sacré-Coeur. C. D. (Etudes carmélitaines, juillet-décembre 1927.)

Poco a poco, el alma se estabiliza en Dios, hasta la unificación del amor, que la desliga más profundamente de las sutiles trabas, y la conduce más adelante en los caminos del abandono.

Recogida en una quietud interior, donde ella encuentra a Dios, conoce el alma la alegría cruel, que desde esta tierra—donde es preciso habitar—, la atrae hacia el reposo celeste, el cual no está en su mano el poseer, mas donde la introducirá el espíritu cuando, con entera pasividad, se entregue toda a El. En este estado de sensible suavidad, «las potencias están casi enteramente unidas a Dios, sin encontrarse, no obstante, tan sumergidas en El, que no obren aún por su cuenta».

Entonces es cuando ella entra, si al Señor le place, en esa contemplación «infusa» que un maestro de la teología mística a definido por: «un conocimiento simple y amante de Dios, que no se puede obtener por nuestra actividad personal, ayudada por la gracia, sino que requiere un inspiración e iluminación especial, bastante manifiesta, del Espíritu Santo» (1).

¿Y en esta misteriosa intimidad, en esta unión divina, qué hace el alma?—interroga Santa Teresa—; y el Señor le responde: «Des-hácese toda, hija, para ponerse más en mí; ya no es ella la que vive, sino Yo; como no pue-

(1) R. P. Garrigou-Lagrange, ob. cit., t. I, página 324.

de comprender lo que entiende, es no entender entendiendo».

Es verdad, concluye Teresa. «Quien lo hubiere probado, entenderá algo de esto, porque no se puede decir más claro, por ser tan oscuro lo que allí se pasa. Sólo podré decir que se representa estar junto con Dios, y queda una certidumbre, que en ninguna manera se puede dejar de creer» (1).

¡ Amor suavísimo, donde el alma se impregna a menudo ; divina enseñanza, que la esclarece en su centro más recóndito ; amor purificador, que la gran reformadora no se cansa de describir y celebrar !

«Espantábame después, cómo en llegando a este fuego (que parece vino de arriba, de verdadero amor de Dios, porque, aunque más le quiera y procure y me deshaga por ello, si no es cuando Su Majestad quiere, como he dicho otras veces, no soy parte para tener una centella de él) parece que consume el hombre viejo de faltas, y tibieza, y miseria, y a manera de como hace el ave fénix (según he leído) y de la misma ceniza, después que se quema sale otra ; así queda hecha tiras el alma después, con diferentes deseos y fortaleza grande.»

Mas para renacer de sus cenizas, el alma debe, primeramente, abandonarse dolorosamente al amor abrasador que quiere purificarla ; pues,

(1) Ob. cit., t. II, pág. 197.

como « el madero no se transforma en fuego por un solo grado de calor que le falta en su disposición, así no se transforma el alma en Dios perfectamente, por una imperfección que tenga » (1). Le es preciso entrar en esa árida, aunque luminosa tiniebla de la «noche de los sentidos», donde el rayo invisible la guía hacia la nueva etapa de la vida iluminativa. Entonces, las últimas raíces de los pecados capitales, son minadas por la acción sobrenatural; el alma avanza en el conocimiento de su miseria, al mismo tiempo que en el conocimiento de Dios, y crece a la vez en la humildad y en la caridad. Aborda los supremos desprendimientos; rechaza todo lo que no sea la voluntad firme y desnuda del Señor; todo gozo, toda dulzura, todo consuelo, para prepararse, por un estricto ayuno interior, a abismarse en las rutas espirituales. Una sequedad completa invade su sensibilidad, mientras que la inquietud la posee, ¡ a ella !, abandonada en otro tiempo enteramente a las suavidades de la ternura divina.

Las tentaciones la asaltan, exigiendo la total sumisión de los sentidos al espíritu, el desligamiento de todo lo creado, a fin de adquirir la plenitud de la libertad, la cual le permitirá elevarse por fin a las cimas de la contemplación.

La era de las fidelidades heroicas está abier-

(1) San Juan de la Cruz, «Avisos y sentencias espirituales».

ta. Semejante a los héroes legendarios, quienes por poseer a la princesa cautiva luchaban contra los hombres, los animales, los elementos, y no conquistaban su bella presa sino después de una serie de pruebas, así debe aceptar el alma las dolorosas purificaciones, antes de alcanzar los delirios de la total unión con Dios, y de conocer verdaderamente desde aquí bajo el goce de las alegrías beatíficas.

Mas, ¿cuántas, partiendo con un hermoso impulso, repliegan tristemente sus alas y no continúan su camino sino arrastrándose?... ¿Cuántas, semejantes al joven rico del Evangelio, aprietan con mano avara el pobre tesoro de sus consolaciones humanas, y rechazan el don total que se lo alcanzaría todo?...

Hay, pues, que vencer, no solamente las tentaciones, sino velar sobre la más pequeña imperfección de la naturaleza, ya que, lo mismo que la más imperceptible hendedura, es suficiente para que el vaso lleno se vea inmediatamente agotado, de igual modo la infinita pureza, se esconde ante cualquier sombra mantenida en la criatura elegida.

Es preciso aún, hacer «el vacío» en ella misma, para que el Señor lo lleno todo; vacío completo de la voluntad, la cual no debe desear sino a Dios, y llegar a abrazarlo en un acto de amor puro: «Y así, los sentimientos, sabrosos de suyo, no encaminan el alma a Dios; antes la hacen detener en sí mismos; pero la operación de la voluntad, que es amar a Dios,

sólo en él pone el alma su afición, gozo, gusto, contento y amor, dejadas atrás todas las cosas, y amándole sobre todas ellas; de donde, si alguno se mueve a amar a Dios, por la suavidad que siente, ya deja atrás esta suavidad y pone el amor en Dios, a quien no siente; porque si le pusiese en la suavidad y gusto que siente, reparando y deteniéndose en él, eso ya sería ponerle en criatura o cosa de ella, y hacer de él, motivo, fin y término, y, por consiguiente, la obra de la voluntad sería viciosa (1)». Por tanto—añade el doctor místico: «el remedio radical a todos los males espirituales, la fuente de los verdaderos méritos y de las más sublimes virtudes, se encuentran en la mortificación y la pacificación de las cuatro principales pasiones naturales: el gozo, la esperanza, el temor y el dolor. De su acuerdo, como de su apaciguamiento, manan los bienes infinitos, y por esto se debe esforzar en privar a los sentidos de toda satisfacción, y dejarles como en el vacío y las tinieblas. Gracias a esto se harán rápidos progresos en el bien». Que el alma, pues, se incline siempre:

«No a lo más fácil, sino a lo más dificultoso.

No a lo más sabroso, sino a lo más desabrido.

No a lo más gustoso, sino a lo que no da gusto.

(1) San Juan de la Cruz, «Carta IX a un religioso».

E L C A R M E L O

No a lo que es consuelo, sino antes al desconsuelo.

No al reposo, sino al trabajo.

No a lo más alto y precioso, sino a lo más bajo y despreciado.

No a desear lo más, sino lo menos.

No a lo que es querer algo, sino a no querer nada.

No a andar buscando lo mejor de las cosas, sino lo peor» (1).

De esto modo, el alma se coloca en condiciones de entrar en esa noche de los sentidos, donde, sin deseos propios, podrá decir con Teresa de Lisieux : «Lo que El hace es lo que yo amo» ; y donde, igual que el niño confiado se deja guiar silencioso por los meandros subterráneos, puesta su manecita en la de su padre, seguro de desembocar en la salida luminosa, ella se abandona pasivamente, sin hacer pregunta alguna, teniendo en cuenta estas palabras :

«Para venir a lo que no sabes, has de ir por donde no sabes. Para venir a lo que no posees, has de ir por donde no posees. Para venir a lo que no eres, has de ir por donde no eres. Cuando reparas en algo, dejas de arrojarte al todo ; porque para venir del todo al todo, has de negarte del todo, en todo ; y cuando lo tengas todo a tener, has de tenerlo sin nada que-

(1) San Juan de la Cruz, «Subida del Carmelo», tomo I, cap. XIII.

rer ; porque si quieres tener algo en todo, no tienes puro en Dios tu tesoro» (1.)

Noche fecunda, donde se revela la grandeza de la criatura eximida de su primera servidumbre, quien no se cansa de hacer a su Dios el don libre y gratuito de un amor tan puro que no desea si no darse así, hasta el fin de los tiempos, sin esperar reciprocidad ninguna, en una inmolación muda y dolorosa, más preciosa a su corazón que los pasados goces.

Entonces es, cuando el alma está modelada en la imagen del Maestro crucificado :

«La santidad no se edifica sin esas alternativas. Los sucesivos estados de luz y ardor y, en seguida, de enfriamiento sensible, son queridos por Dios, ya que es, durante la fusión de amor, cuando el alma huye y toma la forma de Cristo ; y es asimismo durante el enfriamiento sensible cuando ella, trabajando y sufriendo, toma fuerza para guardar esta forma divina, como el oro fundido por el ardor del fuego conserva para siempre, el enfriarse, la forma que ha recibido» (2).

La criatura es incapaz, por sus propios medios, por sus deseos, por sus esfuerzos, de operar esta íntima purificación, que, igual que el cauterio en la llaga profunda, destruye para hacer florecer una nueva vida. Hace falta para ello el fuego abrasador de la acción divina ; su

(1) San Juan de la Cruz, «Ascensión», libro I, capítulo XIII.

(2) «Vie de Mère Marie de Jésus», pág. 56.

extensa quemadura, abre el camino de la santidad.

«El Carmelo—se ha dicho con razón—es el lugar de las purificaciones dolorosas». Y lo es, en efecto; puesto que las almas consagradas a la contemplación, vienen especialmente a ofrecerse a ellas, y en cierta manera las atrae, como las cumbres atraen el rayo. Toda santidad se forja en sus tinieblas.

Numerosas son las almas que, ya sea por falta de un vigor mayor, ya por designio de la Sabiduría suprema, no van más allá de ese primer grado de sufrimiento, y se sostienen en intermitencias de consolación y de sequedad, o, algunas veces también, en la sola aridez de la purificación sensitiva, sin tener jamás acceso a esas otras moradas que se acercan a la cámara real, y conducen a la perfección realizable desde aquí abajo.

La santidad es trágica; no hay que cansarse de repetirlo. Porque la santidad, ¿es solamente el hecho de abandonar a la madre, de recluirse tras infranqueables murallas, de acostarse sobre una tabla, de ayunar, trabajar, callarse, rezar...? ¿Es tender un corazón henchido de amor hacia un Dios mudo?...

Esos duros trabajos no son sino la preparación; hay que profundizar aún el último surco, y es al espíritu a quien, la llama purificadora de amor, debe, en nuevas y más espesas tinieblas, fundir en el misterioso crisol.



Es hacia la suprema pobreza—la cual no le dejará nada de ella misma—adonde es conducida el alma, destinada a perderse totalmente en Dios, y allí donde la vida debe establecerse en el centro de la Fe desnuda, en una oscuridad luminosa, intensificada a medida que ella se acerca a la divina Presencia. Le es preciso purgar su entendimiento de todo lo que él pueda saber y comprender, tanto en lo espiritual como en lo temporal, fuera de la divina humanidad de Cristo; cegarle en todos los caminos naturales que él pueda seguir (1); hacer el vacío completo en su memoria, y tenerla en el olvido de todo, semejante a una cera virgen de impresión, ya que la Esperanza, en proporción siempre al despojamiento, crece entonces y se fortifica, conduciendo al alma más cerca de la perfección. Y, en fin, hay que purificar la voluntad en el acto de amor heroico, libre de todo deseo de disfrute; doloroso como la palpitación de un corazón herido, que agonizando, hace una alabanza de adoración a su homicida.

Inerte por el vacío y la detención de todas sus potencias, el alma se adhiere a Dios por un gran esfuerzo de los actos ardientes y angustiados de Fe, Esperanza y Caridad, en la «Nube espesa y pesante» que la envuelve con su árida desolación.

La infinita grandeza e indecible pureza de

(1) San Juan de la Cruz, «Noche oscura», capítulo X.

Dios, que ella percibe entonces, cada vez más claramente, le revelan su abyección y los abismos de su miseria.

Abrumada, el alma se reconoce entonces digna solamente del odio de las criaturas; del desprecio de su Señor bien amado; de la condenación eterna...

A condición de oprimirse a ella misma bajo el peso de la perfección divina, « el alma se siente estar deshaciendo y derritiendo a la faz y vista de sus miserias, con muerte de espíritu cruel, así como si, tragada de una bestia, en su vientre tenebroso, se sintiese estar digiriendo, padeciendo estas angustias, como Jonás en el vientre de aquella marina bestia» (1).

Sus aliados se yerguen contra ella para calumniarla o ridiculizarla; el pensamiento de Dios le es como extraño; los más negros fantasmas la obsesionan, y toda consolación del cielo o de la tierra la es necesaria: «porque la parte sensitiva se purifica en la sequedad, y las potencias, en el vacío de sus aprehensiones, y el espíritu, en tiniebla oscura. Todo lo cual hace Dios por medio de esta oscura contemplación, en la cual, no sólo padece el alma el vacío y suspensión de estos arrimos naturales y aprehensiones, que es un padecer muy congojoso (como si a uno le suspendiesen o detuviesen en el aire, que no respirase), más también está purgando al alma, aniquilando

(1) San Juan de la Cruz, «Noche oscura», tomo II, pág. 6.

o vaciando o consumiendo en ella (así como el fuego al orín y moho del metal), todas las afec- ciones y hábitos imperfectos que ha contraído toda la vida» (1).

Mas esta luz divina, de la cual es penetrada el alma sin darse ella cuenta, es pura ; mas produce tinieblas parecidas a esos rayos ar- dientes del sol que ciegan la mirada. Por- que «cuando la divina luz de la contemplación embiste en el alma, que aún no está ilustrada totalmente, le hace tinieblas espirituales ; por- que no solamente la excede, sino también la oscurece y priva el modo de su inteligencia natural. Que por esta causa, San Dionisio y otros místicos-teólogos, llaman a esta contem- plación infusa, rayo de tinieblas» (2).

Este entorpecimiento interior, esta «estupidez del alma», esta dolorosa grisura, la ha descri- to Teresa de Lisieux en una página magnífica, que es oportuno releer aquí pues está cargada de mística experiencia, santamente vivida :

«Antes de marchar, mi Prometido me ha preguntado que por cuál país yo quisiera via- jar ; qué ruta desearía seguir. Y yo le he res- pondido que yo no tenía más que un solo de- seo : el de llegar a la cumbre de la montaña del amor.

»Seguidamente, numerosos caminos se ofre- cieron a mis ojos ; mas había tantos perfectos,

(1) San Juan de la Cruz, «Noche oscura», to- mo II, pág. 6.

(2) Idem íd., ídem, t. II, pág. 5.

que yo me encontré incapaz de elegir uno a mi entero gusto.

»Entonces dije a mi divino Guía : Vos sabéis donde yo deseo ir ; vos sabéis, por qué yo deseo escalar la montaña ; vos conocéis al que yo quiero y a quien únicamente deseo contentar. Por El sólo, es por quien yo emprendo este viaje ; conducidme, pues, por los senderos de su elección, para que El esté contento y yo estaré entonces en el colmo de la felicidad.

»Y nuestro Señor me cogió de la mano y me hizo entrar en un subterráneo donde no hacía frío ni calor ; donde el sol no luce, ni la lluvia ni el frío tienen acceso. Un subterráneo donde yo no veía si no una claridad medio velada : la claridad que esparcen a su alrededor los ojos bajos de la Faz de Jesús.

»Mi Prometido no me decía nada, ni yo tampoco decía sino que lo amaba más que a mí, sintiendo yo en el fondo de mi corazón que era así, pues soy más suya que mía.

»Yo no veía que avanzábamos hacia el final de nuestro viaje, puesto que éste se efectuaba bajo tierra. Sin embargo, sin saber cómo, me pareció que nos acercábamos a la cumbre de la montaña.

»Yo agradezco a mi Jesús el hacerme caminar entre tinieblas, pues en ellas siento una paz profunda. De buena gana accedería a andar toda mi vida religiosa por ese subterráneo donde El me hizo entrar, y sólo deseo que mis tinieblas obtengan la luz a los pecadores.

»Soy dichosa, sí, muy dichosa, de no tener ninguna consolación ; yo tendría vergüenza de que mi amor se pareciera al de las enamoradas de la tierra, que miran siempre a las manos de su novio para ver si les traen algún presente, o bien su rostro, para sorprender en él una sonrisa de amor que las arrebate. No ; Teresa, la pequeña novia de Jesús, ama a Jesús por él mismo ; ella no quiere mirar el rostro de su Bien amado, sino para sorprender las lágrimas que la arrebatan por sus ocultos encantos. Esas lágrimas que ella quiere enjugar y recoger como inapreciables diamantes, para su vestido de nupcias» (1).

Otras veces, parécela a la criatura que va a perecer en el combate, donde, inerte, siente que la traspasan con mil lanzas, mientras que un muro implacable le oculta las claridades celestes ; pero consentidora sin reticencias, se somete, con una pura y total adhesión, y llega al punto donde es «tan sencillo el sufrir, como el gozar» (2), ofreciéndose a reproducir en su alma inmolada el rostro doloroso del Crucificado :

«¡ Oh ! Faz adorable de Jesús, única belleza que arrebatara mi corazón ! Dígnate imprimir en mí tu divina semejanza, a fin de que tú no puedas mirar el alma de tu pequeña esposa, sin

(1) Santa Teresita del Niño Jesús, «Carta cuarta a la madre Agnes», pág. 343.

(2) Elisabeth de la Trinité, «Souvenirs», página 139.

contemplarte a ti mismo. ¡Oh, mi bien amado!, por tu amor yo acepto el no ver aquí abajo la dulzura de tu mirada; el no sentir el indecible beso de tu boca; más yo te suplico me abrases en tu amor, para que él me consuma rápidamente y me haga aparecer muy pronto ante ti» (1).

Raras son, ya lo hemos dicho, las almas que llegan al término de este estado, que requiere la heroicidad de las virtudes; y no es que deba considerarse como «extraordinario de sí», sino solamente como «extraordinario de hecho», y conforme al orden normal querido por Dios (2).

«Estas purificaciones pasivas, nos aparecen extraordinarias, porque son muy dolorosas y sorprenden nuestra naturaleza; ellas son de hecho, un purgatorio anticipado; pero «normalmente», las almas generosas deben hacer su purgatorio en la tierra, «mereciendo», en vez de hacerlo después de la muerte, «sin merecer». Si lo hacemos después de la muerte, será culpa nuestra, por haber descuidado las gracias que nos estaban concedidas u ofrecidas durante la vida.

»Este purgatorio después de la muerte, por frecuente que sea, no es en el orden deseado por Dios para el desenvolvimiento pleno de la vida sobrenatural, puesto que, inmediatamente

(1) Santa Teresita del Niño Jesús, pág. 310.

(2) R. P. Garrigou-Lagrange, ob. cit., t. I, página 293.

después de la muerte, y según en «el orden radical», el alma debe poseer a Dios por la visión beatífica, y es por ello precisamente, por no verlo, por lo que ella sufre tanto en el purgatorio» (1).

El alma que así se deja conducir, en una verdadera inmolación por la verdad, hasta el final de esa caverna angustiosa, sale al fin maravillosamente fortificada en las virtudes y dones del Espíritu Santo; pura y radiante como un arcángel, presta a contemplar a su Dios cara a cara; y en veces, la unión de la criatura con el Creador es tal, que el éxtasis la arrebató y la transporta fuera de los sentidos; más allá de todo lo creado. Rescate de la flaqueza humana, que desfallece en las alturas divinas, como el alpinista tomado del vértigo, en el aire demasiado puro de las cumbres.

En la cima de su alma, brota el dolor exquisito de su impotencia, al franquear el estrecho umbral que la separa del abrazo eterno. y entonces es cuando ella «se muere por que no muere».

Mas en adelante, esposa indisolublemente unida a su Dios, conocerá en El ese «reposo del abismo», esa unión transformante, en la que, su premio, es la paz indefectible.

Las tres Personas divinas establecen en ella su morada permanente; cesan muy pronto sus

(1) R. P. Garrigou-Lagrange, ob. cit., t. I, página 294.

dolorosos deseos ; la suavidad de la calma divina, la impregna deliciosamente : «y el entendimiento de esta alma es entendimiento de Dios, y su voluntad, voluntad de Dios, y su memoria, memoria eterna de Dios, y su gusto, gusto de Dios. Y la sustancia de su alma, aunque no es sustancia de Dios, porque no puede convertirse en El, pero estando unida con El y absorta en El, es Dios por participación» (1).

Santa Teresa, que como su hermano Juan de la Cruz, recorrió hasta el final, el camino heroico de la más alta santidad, describe como él la última etapa de transformación apacible y deleitosa en Dios. Después, cuidadosa en dar las prendas de su bello equilibrio—que el plan divino no sabría querer destruir—, añade : «No entendáis por esto, hijas, que deja de tener cuenta con comer y dormir, que no le es poco tormento, y hacer todo lo que está obligada, conforme a su estado, que hablamos en cosas interiores ; que de obras exteriores poco hay que decir» (2).

El alma, unida así a la Santa Trinidad, se muestra, pues, perfectamente de acuerdo con sus menores deberes, poniendo, sobre todo, la unión de la santidad ; pues verdaderamente transfigurada en adelante en el Señor, ella podrá aparecer a los ojos clarividentes, como

(1) San Juan de la Cruz, «Llama viva», st. 2.

(2) «Castillo Interior», pág. 294.

se apareció Santa Catalina de Sena a su confesor Raymond de Capoue: En el cuello frágil de la Virgen, no eran los rasgos de Catalina los que se ofrecían, sino la Faz de Jesús, que resplandecía misteriosamente.

Así, sin prisa, y siguiendo el impulso del Señor, ya sea en la oración en el coro; ya en el recogimiento propicio de su celda remendando sus humildes vestidos, se entrega a la oración divina, no con el deseo preconcebido de llegar a las grandes etapas ante las cuales se espanta su humildad, sino solamente—e inmolada por entero—a no rehusar los designios de Dios, y a cumplir fielmente la plenitud de su voluntad, ofreciéndole toda la alabanza para la que le destinó por toda la eternidad.

Serena el alma, tira de la aguja; y mientras su cuerpo permanece inmóvil en la celda claustral, su espíritu se recrea en la contemplación de ese castillo maravilloso, donde libremente tiene siempre acceso, y en el que además de las Siete Moradas, descritas por Santa Teresa, encierra—asegura ella—«muchas otras en lo bajo y en lo alto, y a los lados, con lindos jardines y fuentes, y cosas tan deleitosas, que desearéis deshaceros en alabanzas del gran Dios, que lo crió a su imagen y semejanza» (1).

(1) «Castillo Interior», pág. 317.

VI

AL MARGEN DE LA VIDA COTIDIANA

No hay que imaginarse a la vida carmelitana cuajada en una monotonía implacable. No solamente sobre la tela áspera de los días, teje el alma los bordados armoniosamente matizados, y a lo largo de la semana todas las riquezas del salterio, sino que cada día, empavesado con los colores de la Iglesia, es encadenado a su ritmo, y desposa todas sus penas, así como todas sus alegrías.

Nosotros, cristianos secularizados, no conocemos la comunión de todo un pueblo en el dolor o en la alegría; ni el gozo grave y dulce de las fiestas guardadas para honrar a los apóstoles, a los mártires y a nuestros santos; ni el aspecto apacible de los días regulados por la campana amiga, y por completo inclinados con risueña confianza, bajo la voluntad del Señor... Nuestras vidas están entristecidas por los reniegos, y en el mundo reina la turbación, porque cada corazón, hecho para Dios, se siente inquieto, tanto más, cuanto más se aleja de El...

Los monasterios son pues, los oasis de fidelidad que interceden para que nos sea concedida la gracia ; en su reclusión, nuestras hermanas conversan con los héroes de Cristo : San Juan Bautista, Santa Ana, San Pablo, San Pedro y todos los apóstoles ; los santos de la Orden y San Miguel, que vela sobre la Francia, son para ellas como hermanos mayores. Y estas criaturas, irguiéndose más allá de los siglos, ¿no están más vivas que tantos muertos ambulantes, que pasean de una extremidad a otra de la tierra su semi experiencia?

«No es cierto—decía la madre Marie de Jesus, con el fin de demostrar la exactitud de la liturgia—, no es cierto que hayan transcurrido veinte siglos desde que nació nuestro Señor ; ello ha ocurrido actualmente. Ello vive aún todo su misterio. Y nuestros pecados son quienes han cargado sus hombros con un fardo más pesado ; y nuestra fe y nuestro amor de hoy son quienes han aliviado y consolado su corazón. Mirad : todas las plegarias de la Iglesia hablan a Dios de su Hijo, que ha nacido esta noche, que muere en este momento por nosotros sobre la Cruz, y cuya Resurrección ilumina esta noche gloriosa. La santa liturgia dice siempre ; hoy !...»

Y tanto es así que, cargado de sentido divino y humano a la vez, ella puede ser el eje alrededor del cual se ordenara cada uno de nuestros días.

En armonía con el tiempo litúrgico, la tradi-

ción carmelitana está llena de piadosas costumbres, de gran encanto simbólico, que son a la vez para las almas, reposo y estímulo. Desde el primer domingo de Adviento, el misterio de la vida oculta del Verbo Encarnado en el seno virginal de María, se cierne sobre el monasterio; cada tarde, a las cinco menos cuarto, se reúne la Comunidad, y con cirios encendidos, forman el cortejo del Niño Jesús, que recorre, al canto de himnos, y conducido por la priora, una parte del convento, antes de ser depositado en la celda de la religiosa designada por medio de un sorteo, la cual permanece en adoración ante el precioso depósito, en espera de que, al día siguiente, una de sus hermanas conozca este mismo favor.

Tres días antes de la Natividad, afligiéndose su espíritu con la pobre Familia errante por las rutas palestinianas, cada cual le suministra alguno de los objetos necesarios para su reposo, y designados con billetitos echados a suerte en el recreo del mediodía: Colchón u almohadón, sábanas, cobertor, sillas, alguna porción de sustento, etc., constituyen una gozosa variante en la estricta y necesaria tarea cotidiana.

La noche de Noel, el divino Niño bendice a cada religiosa, arrodillada ante su celda, en memoria del gran transporte de amor de Teresa de Avila, la cual, en una noche semejante, y no pudiendo esperar las doce, salió de su celda con la imagen del Niño Jesús en

sus brazos, cantando alegremente e invitando a sus hijas a levantarse en seguida para adorarlo con ella.

Precedida de los Maitines y seguida por los Laudes, se celebra la misa, ante el júbilo silencioso de los cielos y de la tierra, inclinada de adoración ante la inmensa nueva: ¡Ha nacido el Salvador!... Mas esa noche no es noche de gran silencio; en esa noche, los corazones deben esparcir su gozo.

Después de los Laudes toman un potaje caliente en el refectorio, e inmediatamente se concentran las religiosas en el pesebre y celebran, con plegarias y cánticos al recién nacido, a quien ellas han inmolado toda satisfacción terrestre, incluso su maternidad...

Unas, pasan la noche entera en adoración, mientras que las otras se entregan un poco al sueño, del que serán despertadas a la hora acostumbrada por sus hermanas, con el canto de los ángeles: «¡GLORIA IN EXCELSIS DEO!»

La Navidad lleva gran regocijo al monasterio, y preludia a la única semana en que es permitido cantar cánticos en el coro, durante una media hora; por lo demás, el silencio no existe de Tercia a Completas salvo durante las comidas; y no hace falta decirlo, durante los ejercicios religiosos, siempre algo acrecidos en honor de las fiestas.

Después de esto, cada una se desea feliz Nochebuena—pues la cortesía no es jamás

descuidada—, y he aquí al silencioso monasterio presentando durante unos días un aspecto insólito.

Las faldas oscuras, van y vienen a lo largo de los corredores; llaman a las puertas de sus hermanas; en las celdas, mantienen íntimos coloquios; se forman grupos, que mientras trabajan, charlan libremente; son días de visitas (1), pero tres o cuatro reunidas bastan a llenar el cuartito, y entonces, para hacer lugar a la última que llega, la primera se retira; mas ve seguidamente que otra puerta amical se abre ante ella... «¡ ECCE QUAM BONUM !»... Confortación de los corazones, que, por desprendidos de lo terreno y fijos en Dios que se encuentren, son al fin corazones de carne, sensibles y vibrantes, que sienten la humana necesidad de la amistad, santificada por Jesucristo en la humilde mansión de Betania, donde su mismo corazón pedía y gustaba esa dulzura...

Mas ya la fiesta de la niñez, celebrada en el día de los Santos Inocentes, ha pasado, y seguidamente, el apacible silencio monástico reconquista todos sus derechos, y es acogido por cada una como el amigo cotidiano, más amado ahora aún, por haberle tenido en abandono algunos días.

En la mañana del 1 de enero, día de la Cir-

(1) Esta costumbre es especialmente en uso en los Carmelos franceses; en los otros, las licencias se toman en común, en la sala de recreo.

cuncisión, cada carmelita se esfuerza a contrarrestar y a redimir con sus plegarias y su silencio, las frívolas palabras que corren por el mundo. El recreo no tiene lugar más que después de la comida de mediodía, y entonces se observa una emocionante costumbre: Después de elegido el nombre del Santo que durante el año será reconocido por cada religiosa como su protector particular, se tiran unas cartas con el nombre de los miembros de la Comunidad, y cada monja se convierte en «capellán» de una de sus hermanas, por la cual ella debe particularmente rogar durante aquel año.

Por la noche, erigido sobre una mesa iluminada y florida, el Niño Jesús, por medio de las manos de la priora, distribuye a sus esposas los regalos de año nuevo: A una le da su Corazón, y pide en cambio otro corazón curado de todo amor sensible; a otra, su humildad; a la de más allá, la ciencia de los Santos, que enseña el total abandono en el amor crucificado...

En la mañana de la Epifanía, y en unión de los Reyes Magos cargados de presentes, las carmelitas hacen de nuevo a Jesús, el don supremo y total de sus personas: Arrodilladas sucesivamente ante la priora, y teniendo la cédula de su profesión en sus manos, ratifican su deseo de inmolación: «Yo, hermana X, renuevo mi profesión, y prometo a Dios y a la bienaventurada Virgen María del Monte

Carmelo, y a nuestra superiora, obediencia, castidad y pobreza, según nuestra Regla y nuestras Constituciones».

Después de haberse dado el beso de paz, se reúnen todas en la sala de recreo a tomar el tradicional pastel de Reyes. En la bandeja cubierta con una servilleta blanca, han sido depositados seis partes de una especie de bizcocho, que son sacadas sucesivamente en honor de Nuestro Señor, de la Santísima Virgen, de San José, de San Elías, de Santa Teresa, de San Juan de la Cruz; y al que le toque la «almendra», signo de elección, será reconocido soberano del monasterio durante todo el año, y encargado muy especialmente de socorrerlas en sus necesidades, celebrando inmediatamente su reinado con cánticos ante su estatua florida.

Paso a paso, las esposas de Jesús le siguen en su adolescencia, y no olvidan ese día, en que en el templo, maravillaba a los doctores de Israel, en tanto que llenos de angustia, le buscaban María y José. Para conmemorar esta búsqueda, ellas procuran durante el recreo, descubrir la estatua de Jesús Niño, escondido por la priora; quien lo encuentra toca la campana en señal de gozo, y ella es quien la guardará todo el año, dirigiéndose la Comunidad al coro cantando el «TE DEUM», porque el Salvador, antes perdido, acaba de ser hallado.

Si, por demasiado bien escondido, sus hi-

jas no consiguen encontrarlo en tres días, la priora misma lo descubre, y entonces es ella la guardiana.

¡Puerilidades!—se dirá...—. No, sino expansiones del alma; puntos de apoyo humanos para las etapas crucificantes y los grandes renunciamientos; cadena anudada sin cesar entre la Iglesia triunfante y la Iglesia militante; unión de todos los que por el mundo ruegan en unión con la humanidad del Señor, símbolos que escapan al ojo empañado de la criatura estragada, pero vivientes para los corazones puros y vivificantes como los frescos manantiales.

La Candelaria vuelve a conducir la procesión de los cirios bendecidos, bajo el claustro que encierra el cuadrado patio donde se erige la gran cruz con el Cristo; San José recibe en su ermita un piadoso homenaje de cánticos, mientras que la Virgen María, ve en el día de la Asunción honrada la promesa de su concepción.

Santa Teresa—dice su historiador Ribera—tenía una gran devoción por comulgar el domingo de Ramos, y siempre con la consideración de lo crueles que habían estado los judíos ese día con Nuestro Señor, al dejarle ir a buscar tan lejos su comida, en Betania, después de haberle hecho una recepción tan magnífica. Por esto, y a fin de compensarle, ella abría su alma al huésped bien amado, y le invitaba a tomar su comida y a fijar allí su re-

sidencia, teniendo cuidado de purificarla lo mejor posible antes, para que estuviera más agradablemente.

Así, uno de estos domingos de Ramos, después de haber practicado ya esta devoción durante treinta años, recibiendo la santa Hostia, entra en una tan grande suspensión de espíritu, que no podía tragarla; y cuando, teniéndola aún en la boca, vuelve poco a poco en sí, párecele que su boca está llena de la Sangre preciosa de su Salvador, y lo mismo su figura y toda su persona, y que esta Sangre adorable conservaba el mismo calor que en el momento de su efusión sobre la cruz.

En medio de la excesiva suavidad que ella sentía, le dice Nuestro Señor: «Hija, yo quiero que mi sangre te aproveche, y no hayas miedo que te falte mi misericordia. Yo la derramé con muchos dolores, y gózaslo tú con tan gran deleite. Como ves, bien te pago el convite que me hacías en este día» (1).

Para conmemorar a la vez el recuerdo de su madre—pues el corazón es fiel al Carmelo—y el desamparo de Jesús en la noche de su triunfo, el refectorio carmelitano quiere, el día de Ramos, después de la procesión de las palmas, ofrecer al Maestro la hospitalidad que antaño le fué dada en la pobre vivienda de la Magdalena.

Sobre una mesa pequeña, adornada con un

(1) Ribera, «Vida de Santa Teresa», libro IV, capítulo XII.

cuadro representando la entrada en Jerusalén, se colocan, como la ofrenda de la tierra a su Creador, el pan, el vino, el agua y algunos frutos. Y mientras que la madre priora se ciñe un mandil, cinco religiosas, vestidas con el blanco manto y cubiertas con su largo velo negro entran al canto del «VEXILLA REGIS»; una trae la cruz, bajo una funda violeta, y a sus lados, dos hermanas llevan su palma en una mano, sosteniendo en la otra una cesta llena de crucecitas consagradas a cada uno de los misterios de la Pasión, las cuales se distribuyen a las religiosas durante el canto del «STABAT MATER».

Luego, siempre cantando, desaparecen las cinco.

Ante la Comunidad en pie, la madre priora presenta de rodillas, al Salvador, las humildes ofrendas preparadas, que inmediatamente, serán entregadas a un pobre en nombre suyo... Y después de algunos instantes de adoración, comienza la comida habitual.

Durante la Semana Santa, unidas más que nunca las fieles esposas a la Humanidad de Jesús, le acompañan a lo largo de la Pasión, y tras la reja efectúan los gestos rituales, siguiendo las etapas de los divinos sufrimientos. Mas, apenas cantado el «Aleluya», ellas quieren ser también las primeras en regocijarse, porque Aquel, que estaba muerto, ha resucitado, y porque se ha verificado el gran rescate del hombre.

Así, a la salida del coro, después del largo oficio del Sábado Santo, la madre priora y sus hijas se desean «felices fiestas» y queda abierta la gran licencia de la semana pascual.

Nuevamente, los corazones se reúnen a través de las libres conversaciones; en la sala de recreo resuenan cantos, poemas recitados, música..., y yo sé de una religiosa, primer premio de violín del Conservatorio, que encantaba a sus hermanas con sus conciertos.

Dejemos hablar aquí a una hija de Santa Teresa:

«En el monasterio, el canto no está prohibido en ningún tiempo del recreo, y en los ejercicios del mes de San José, del mes de María, y del mes del Sagrado Corazón (1). En los días de licencia sobre todo, las poetisas y las amantes del arte de la música, pueden loar al Señor en un tono menos austero que en el coro. Mas el Carmelo que muestra al público los velos negros, y las rejas armadas con puntas de hierro no le deja entender estos cán-

(1) Para no faltar a la verdad, es preciso declarar que esos cánticos son, a menudo, mediocres (al fin, como tantos otros cánticos), y que, las que los cantan, parecen gustar alguna vez de una satisfacción sentimental, semejante a una suerte de desquite de la naturaleza contra las severidades del «recto tono»... ¿Por qué no tomar esos cantos del interior del monasterio del antiguo tesoro gregoriano, que traduce tan perfectamente las aspiraciones del alma y los esplendores litúrgicos?...

ticos alegres ; solamente una grave salmodia y un lúgubre canto «recto tono» : La carmelita reserva su vida, sus cánticos y su júbilo a su divino Esposo. Encerrada en una estrecha clausura, las religiosas del Carmelo encuentran la verdadera libertad ; ¿cómo no cantar su alma en una perpetua acción de gracias?

En el domingo del Buen Pastor, las religiosas abrazan a su madre, y cada una le ofrece un cayado con flores, y el nombre de la oferente.

Mas el día de mayor alegría y divertimiento, y preparado desde mucho tiempo antes, es el día de su Santo.

Cantando coplas compuestas para esa circunstancia, la Comunidad va procesionalmente a buscar a la madre priora a su celda, para conducirla a la sala de recreación, donde le ofrecen votos y presentes.

En una especie de altar, a gradas, erigido para el efecto, y dominado por la imagen de la Virgen, están colocados los regalos confeccionados con mucho secreto por un gran cariño, que se ingenia en extraer de su pobreza un objeto amable, el cual procurará a quien va a recibirlo, la alegría de poder dar a su vez ; ya que todas las cosas que le son ofrecidas, ella no las guarda para sí, sino que las distribuirá a los allegados de sus hijas ; a los familiares del monasterio ; a los amigos de la Orden ; a los niños que van a sentarse contra la austera reja para visitar a su misteriosa tía...

Un parte del día, se pasa admirando la exposición de los presentes, cuya variedad tolera lo mismo lienzos de altar, rosarios, ornamentos litúrgicos, pinturas e iluminaciones del más variado gusto, que cestas de frutas o legumbres ofrecidas por la jardinera; pequeños objetos estrambóticos y emocionantes; imágenes compuestas con sellos de correo; minúsculas celdas carmelitanas, arregladas dentro de una caja, o ¡ en una cáscara de huevo!...

Todos los regalos, nacidos de un mismo cariño filial, son acogidos con idéntica ternura maternal, y cada una siente en ese día, hasta qué punto el monasterio es, en verdad, una gran familia, estrechamente unida.

En los recreos de la noche y del día siguiente, las novicias y las hermanas jóvenes, representan algún episodio de la Biblia, del Evangelio o de la vida de algún santo; y como la alondra en el alba clara, los cantos se elevan en el blanco convento a toda voz, para alegrar a una madre, alabando también al Señor en su alegría.

A lo largo del verano, San Marcos, las Rogaciones, la Ascensión, Pentecostés, el día del Señor, Nuestra Señora del Carmelo, San Elías, Santa Teresa, y tantas otras santas memorias, vendrán a provocar, ya una procesión en el jardín; ya una piadosa costumbre; ya algunas horas de descanso...

Y después que el día de difuntos ha reavivado el recuerdo de los muertos, la Presenta-

ción de la Virgen, y el día de San Juan de la Cruz (24 de noviembre), se unen al Adviento, que abre de nuevo el ciclo litúrgico.

¡Qué rápidamente resbala el año! En el mundo se llega a conocer el aburrimiento de encontrar «el tiempo largo»; pero en el Carmelo, los días, demasiado breves según el deseo de los apasionados corazones, pasan deprisa, muy deprisa, osaríamos decir, sino tuvieran a su término y para siempre, la suprema vida de la unión divina...



Algunos acontecimientos más, vienen a poner en el orden monástico, un poco de imprevisto en el correr de las apacibles jornadas carmelitanas, pues, naturalmente, hay que regular los asuntos temporales de la casa, que reclaman, de tiempo en tiempo, el consejo de todas las religiosas «capitulantes», y asimismo, para llevar bien el firme y sobrenatural gobierno que constituye la pequeña república que es un monasterio.

Un mes antes de las elecciones, la priora avisa a la Comunidad para que se prepare. Cada una pide al Espíritu Santo que la ilumine; y las religiosas con cargo, se aplican a dejarlo perfectamente ordenado.

La víspera, el superior conversa en la reja del coro con cada una, la cual, con el velo

levantado y guardando una perfecta discreción, le expone libremente su opinión sobre la situación de su familia religiosa.

Llegado el día, las «oficiales» depositan sus llaves en una cesta, sobre las gradas del altar del coro, salvo la del claustro, que permanece en las manos de la priora todo el tiempo que ésta dura en su cargo.

En el interior de la iglesia, contra la reja monástica, y destinada al superior y a los asistentes, hay una mesa con recado de escribir, escalfador y una vela encendida; y al lado de los religiosos está preparada la urna destinada a recibir los boletines de votación.

La campana reúne en el coro a las religiosas, vestidas con sus blancos mantos, y después de una exhortación del superior y el canto del «VENI CREATOR», se recogen los sufragios, que son examinados por el presidente del escrutinio, el cual va quemando cuidadosamente los boletines en el escalfador.

Cuando se ha hecho la elección—algunas veces se necesitan varias tandas—, la elegida—separada de él por la reja—se arrodilla ante el superior, quien la confirma en su cargo; y la antigua priora, después de remitirle las llaves del monasterio al canto del «TE DEUM», la conduce al estrado preparado al efecto, mientras las campanas repican a todo vuelo.

Las novicias, las hermanas del velo blanco, todas las que no tienen derecho de voto, en-

tran entonces, y la Comunidad reunida, desfila, dos a dos, ante la elegida, empezando por las más ancianas, para prometerle fidelidad, besando su escapulario.

El monasterio está provisto de un jefe, y no hay que temer golpes de Estado, ni caídas de ministerio, ya que éste es un jefe que, no por no llevar en la frente la unción real, deja de ser elegido por derecho divino, bajo el signo del Espíritu, que es quien ilumina a los corazones.

La sumisión es plena; la autoridad establecida por la plegaria, la reflexión y la expresión de las libres voluntades, no podrá ser un instante discutida, hasta el punto de que no es permitido comentario alguno, ni siquiera en las conversaciones privadas.

La priora—que debe tener cuarenta años lo menos y diez de profesión—, permanecerá en su cargo tres años; después de los cuales, puede ser reelegida para un nuevo trienio. Mas pasados los seis años, tiene necesariamente que ceder sus funciones, al menos por tres años.

He aquí, pues, a la humilde religiosa de ayer colocada sobre el alto candelabro, como la luz que debe iluminar la casa; su corazón se intimida, porque le es preciso gobernar y estimular en el servicio del Señor a todas sus hermanas, convertidas en hijas, las cuales parécenle mucho más avanzadas que ella en los caminos de la perfección...

Ante todo, ella debe ser madre accesible a sus hijas, que han dejado a sus madres según la carne y todas las dulzuras de este mundo, y tienen necesidad, por tanto, de ser amadas, sostenidas y comprendidas de una manera, a la vez sobrenatural y maternal. Tiene, pues, que enderezar y alentar; mantener firmes las observancias de la Orden, y velar por la pureza de su espíritu.

Con frecuencia, ella está en su celda, accesible a todas, y siempre compasiva...; y entre los muros de esta celda, es donde van a encerrarse las confidencias del alma, ya que cada una de sus hijas irá a su vez allí a «hacer sus direcciones», es decir, unas veces a entreabrir, y otros a abrir por completo—según la necesidad—la puerta de su «castillo interior», de la morada donde reside Jesús...

Una vez por semana, reunirá el capítulo de culpas, y en la larga sala ornada solamente por un pequeño altar, el asiento de la priora, y dos bancos contra los muros, las religiosas irán a hacer la pública acusación de sus faltas contra la Regla, a recibir la sanción de su madre, y a escuchar su exhortación.

En los casos de urgente decisión, deberá convocar el «capítulo de las deliberaciones», y en él, exponer a las capitulantes el asunto a solucionar, y tomar el consejo de cada una, esperando, sin embargo, que veinticuatro horas más tarde, una votación hecha con habas

negras y blancas arregle definitivamente la cuestión.

La priora, que tiene libertad completa para designar a las religiosas que deberán cumplir las diversas funciones del monasterio (salvo la subpriora—encargada ésta más particularmente de regular las ceremonias y la recitación del oficio divino—), y las claveras—que son sus consejeras especiales—, examinan las cuentas, y retienen dos, de las tres llaves del cofre donde están depositados los archivos del monasterio, de manera que éste no pueda ser abierto sin este triple concurso.

Finalmente, tendrá que asumir el cuidado temporal del monasterio, dar las órdenes a la cocinera, velar por la conservación del edificio, tratar con los menestrales, tomar consejo en los gastos importantes; solicitar el permiso necesario para numerosas iniciativas, para las que ella no está autorizada a tomar de su propio mando, etc...

Ninguna de sus hijas carecerá de lo necesario; ella sabrá equilibrar exactamente los cargos y datas, ya que el monasterio debe vivir de sus rentas, sin hacer cuestión alguna. Tampoco faltará al precepto de la limosna, «siendo más bien pródiga que estricta»; y permanecerá tranquila, a fin de mantener clara y pura la llama espiritual encendida por su madre Teresa de Jesús, y de no faltar a los consejos dirigidos por San Juan de la Cruz a la madre María de Jesús, priora entonces de Córdoba:

«De lo temporal de esa casa, no quisiera que tuviese tanto cuidado, porque se irá Dios olvidando de ella, y vendría a tener mucha necesidad, temporal y espiritualmente, porque nuestra solicitud es la que nos necesita. Arroje, hija, en Dios su cuidado, y él la criará; que el que da y quiere dar lo más, no puede faltar en lo menos; cate que no le falte el deseo de que la falte, y ser pobre, porque en esa misma hora le faltará el espíritu de pobreza e irá aflojando en las virtudes... Lo que ha de hacer, es procurar traer su alma y las de sus monjas en toda perfección y religión, unidas con Dios y alegres con solo él, que yo le aseguro todo lo demás.»

¡Tarea ardua a cumplir, el sostener con mano firme este balance que el espíritu debe llevar siempre consigo; el llevar esta carga de almas en ruta hacia la perfección!...

Pero esta cruz, como toda la que desciende de la mano divina, es recibida con sumisión y gozo. Así, cuando antes de cesar en su cargo, irá a humillarse al refectorio ante sus hijas con el hábito penitencial, para acusar las culpas cometidas en el deber de su estado, les descubrirá en verdad «un corazón contrito y humillado» (tan necesaria le parecerá una eminente santidad, para ser guía de las esposas de Jesús), un corazón, también que, satisfecha la prueba de obediencia, aspira a esta otra obediencia, pasiva y muda, donde hay que permanecer en el silencio de su propia vo-

luntad, lejos de las emboscadas del poder, más propio a alejar que a acercar a la muerte completa de sí misma, lo cual es condición indispensable en la vida de Dios.

VII

DE LA CLAUSURA AL DESIERTO

Una vida que pretende transformarse en el amor, para acercarse sin cesar a Dios, requiere, ante todo, la soledad en toda su integridad. Por ello, desde San Elías al padre de Foucauld, el desierto no ha cesado de ofrecerse a las almas ardientes, como «un lugar de refrigerio, de luz y de paz», donde la criatura, desligada de todo y de todos en su renunciamento sin reserva, en su deseo de conformidad con el Cristo crucificado, oye, entre el vasto silencio, la gran voz del Señor.

Si el monasterio carmelitano no puede edificarse en el aislamiento de las mudas arenas, al menos se presenta como una fortaleza sin brecha sobre el mundo, donde el alma se aísla como en un desierto. Todas las ventanas se abren ante el apacible recinto del claustro, sobre el jardín, o en la lejana campiña —pues Santa Teresa recomienda mucho a sus hijas, el instalarse, tanto como sea posible, en

un sitio hermoso, de ancha perspectiva ; eso, decía ella, «satisface a la imaginación»—, y la puerta del claustro permanece cuidadosamente cerrada con sus dos cerraduras, cuyas dos llaves, retenidas una por la priora y la otra por la primera clavera, no deben jamás aparecer juntas en una misma mano.

Más allá de la infranqueable puerta, el pequeño dominio del «torno», se extiende como una zona neutra, donde velan las torneras, que hacen la unión entre el mundo y esta vivienda cerrada para todos, y asimismo para ellas, pues más allá del huerto, los altos muros las rodean con su cerco.

Las rejas de los locutorios, igual que las del coro, es imposible abrirlas ; giran éstas hacia el exterior, el batiente pesadamente claveado, reforzado con una defensa de madera, y el duelo de una cortina negra se extiende detrás, como una noche sin estrellas.

Las condiciones de estas barreras claustrales son señaladas minuciosamente : «La reja del coro, tendrá alrededor de dos metros de anchura y será hecha así : del lado de la iglesia, se colocará una primera reja, de barras de hierro de un centímetro y medio de espesor, formadas en cuadritos de seis centímetros de espacio entre ellos, y con puntas de hierro de ocho centímetros de longitud. A unos cincuenta centímetros de esta primera reja habrá otro de barrotes de madera ; luego, una cortina de lienzo pegada a los barrotes ; y del lado

de las religiosas, todo estará cerrado, con bastidores guarnecidos de un lienzo fuerte y muy apretado, de manera que no se pueda percibir nada a través de ello. La llave de ese bastidor será guardada por la madre priora.»

Santa Teresa, a lo largo de sus cartas, y entre los más minuciosos detalles sobre las diversas aberturas a cerrar, recomienda que la ventanilla del confesonario sea hecha de un «palastro horadado, como un rallo» cubierto de tela, prohíbe a las religiosas, además, de ir a la iglesia para adornarla; y ordena de no hablar jamás con el velo levantado, salvo a las rarísimas personas designadas por las Constituciones, y, desde luego, no a los confesores, ni a los «religiosos de cualquier Orden que sea y, sobre todo, a nuestros padres carmelitas descalzos».

Ella no cesa, y lo mismo en viaje, de ser fiel a la clausura bendita, que la guarda así como a sus hijas en «este gozo profundo, donde Nuestro Señor las mantiene».

Que nadie se permita, pues, bajo pena de excomunión, penetrar en esa fortaleza, sin la expresada licencia de los superiores, y solamente por causas urgentes e indispensables. «Los superiores mismos no deben entrar allí sin un motivo absolutamente necesario.» La madre, pues, que da una hija al Carmelo, jamás podrá ver la pobre celda preferida al cuarto íntimo, adornado para servir de marco a su juventud; ni el austero refectorio, donde

no resuena el eco de las conversaciones familiares ; ni el jardín, lleno, a pesar de las murellas, del estremecimiento de la vida... No, la regla es estricta, y no cederá ante el corazón maternal en derrota . La hija se ha entregado toda al Dios, celoso ; para seguirla tendrá que aceptar la inmolación total ; tenderse sobre la misma cruz, sepultarse en el mismo silencio, y no con el gesto de una madre que abraza a su hija, sino como dos hermanas, que no pueden reconocerse, sino en el rayo luminoso que cae de las llagas del Crucificado...

El día que a la puerta del claustro conduce ella a su hija, vestida de blanco, como para los más bellos desposorios, abraza por última vez a esta hija que, quedando tan cerca, le resulta más lejana que si estuviera, v. g., navegando por el mar de la China, pues nunca, nunca más, volverá a ella, y en adelante, tendrá que verla y hablarla a través de la reja cuadrículada.

Levantado el velo y la labor en su mano, siguiendo la regla de pobreza, la religiosa tiene autorización para recibir la visita de sus familiares durante una media hora, o una hora, señalada por el reloj de arena que se escurre cerca de ella, salvo permiso de permanecer más tiempo, con los que vienen de lejos o raramente. Pero ni los domingos y días de fiesta ; ni durante el Adviento y la Cuaresma ; ni los días en que está expuesto el

Santo Sacramento, es dada la autorización de ir al locutorio.

Las carmelitas no están privadas de libre comunicación con el exterior, puesto que, además de las conversaciones con sus familias y sus confesores, conversan a solas con el superior durante los períodos de elección, y pueden escribir fuera de todo control al Papa, al cardenal protector, al obispo de la diócesis, al provincial y a los superiores mayores de la Orden (1).

Estos corazones, poseídos del amor de Dios, no llegan, sin embargo, a ser insensibles a los más sagrados sentimientos humanos. La vida afectiva de las almas contemplativas, no es debilitada en lo más mínimo; más bien se afinará y hará más colurosa, puesto que el egoísmo no se mezcla, y el don de su ternura es completamente puro.

Pero estas almas, al no situarse más sobre el plano terrestre, están ya como ligadas a la eternidad; y por ello, es en Dios y fuera del tiempo, como ellas aman a las criaturas, y su afecto es elevado y sereno, apartado de las fluctuaciones y de las inquietudes, fijo para siempre, con su existencia entera, en el centro de la voluntad divina.

Ellas no desean esas visitas amicales o familiares, pues saben que todos los ruidos del mundo, deben morir totalmente sobre el um-

(1) «Constituciones», pág. 137.

bral del «Hortus conclusus», donde reposa el Bien Amado, que no se deja poseer sino en el silencio, sin resonancias del alma... Así, desde esta ribera de eternidad—que es desde donde ellas contemplan la tierra—, los más queridos seres son como extraños, aún viviendo insertados, no obstante, en la sustancia misma del corazón.

Santa Teresa, hasta el fin de su vida, no dejó de tomar parte en las penas y las alegrías de su familia, y su corazón, despegado de los lazos terrestres, desbordaba, sin embargo, sobre sus amigos en afecto cálido, que no dejaba de afirmarse y manifestarse con atenciones de un gran encanto humano. Como a puñados, tiraba ella al primero que llegaba las flores radiantes de su jardín; mas era el Señor quien las hacía crecer, llenando él mismo sus manos para que fuese pródiga, sin turbar su corazón, recluso para siempre en la celda de las heridas de Cristo.

La que fué admirable carmelita, Elisabeth de la Trinité, con un renunciamiento completo, más profundamente humana—verdadera hija de Santa Teresa—, sentía en su corazón la resonancia de las alegrías del hogar de su joven hermana; y ¿hay que citar, para tocar el fondo sensible de un alma consagrada a Dios, esta carta tan llena de ternura?...

«Querida mamá: Hoy, martes, es tu día, y aunque en el Carmelo no es costumbre escribir en esta ocasión, pues nosotras debemos

sacrificarnos, sobre todo, en lo que concierne al corazón, nuestra reverenda madre me ha permitido hacer coincidir mi carta con esta fecha que me es tan querida. Adivina tú si yo te envío lo más tierno que poseo. ¡ Con qué alegría preparaba en otro tiempo mis sorpresas para este día ! ¿ Te acuerdas ? ... Todo eso lo he inmolado sobre el altar de mi corazón a Aquel que es un Esposo de sangre. Decir que nada me ha costado, estaría muy lejos de la verdad ; algunas veces me pregunto, ¿ cómo he podido dejar una madre tan buena ? ; pero cada día comprendo mejor que, cuando más nos damos a Dios, más se da él también. ¡ Feliz día, pues ! Yo sería muy feliz si la Santa Virgen se llevara en su Asunción, todos vuestros cuidados pasados, presentes y venideros, pues tú te procuras demasiados, y tu Elisabeth no puede ver pasar una sombra sobre tu rostro amado » (1).

Y es aún Elisabeth de la Trinité quien resume su hermoso amor, a la vez filial y carmelitano, en estas frases espontáneas, dirigidas también a su madre :

« Te escribo en nuestra celdita llena de silencio ; llena, sobre todo, de la presencia de Dios. Esta noche, siento aún la necesidad de decirte gracias ; pues sin tu « fiat », tú sabes bien que yo no te hubiera dejado, y El que-ría que te sacrificara por su amor.

(1) « Souvenirs », d'Elisabeth de la Trinité, página 162.

»El Carmelo es como el cielo ; hay que separarse de todo, para poseer a Aquel que lo es Todo ; pero yo te amo, como se amará en la Patria ; allí no puede haber separación entre nosotras, puesto que Aquel que yo tengo conmigo habita en ti ; así que estamos por entero unidas...

»Tu hija, que te abraza con todo el amor de su corazón de carmelita, ese corazón que es todo tuyo, ya que es todo a El, todo a la Trinidad» (1).

Iguálmente se observa, en el orden de amistad, en la fundadora del Carmelo de Paray-le-Monial, quien dirigió a una amiga estas emocionantes líneas, donde le recuerda primeramente, el regalo de un racimo de violetas transmitidas por el cajón del «torno» y las cuales embalsaman su memoria :

«Nuestro grato encuentro de hace treinta y nueve años, ¿no fué ayer? Añadiendo todo lo que el cambio mutuo de nuestra amistad, a traído de fuerza y de ternura a ese lazo formado tan rápidamente al lado de un «bouquet» de violetas... En todo ese tiempo, el corazón, que había vuelto a encontrar el vuestro detrás del torno de Dijon, os amaba mucho, y en él, la ternura de cuarenta años de amistad segura y fiel que nos une, amiga mía, no ha hecho sino crecer. Nuestro afecto no ha sufrido las injurias del tiempo. Vuestro recuerdo se mezcla a los de mi juventud religiosa ; a todos

(1) Ob. cit., pág. 146.

los acontecimientos de mi vida : Mi priorato, la Fundación... Cada año, lejos de disminuir, aumenta. Y es porque la amistad verdadera que nos unió, se hizo de alma a alma, de corazón a corazón. Yo amo a todos los que son objeto de vuestro amor y sufro con todas vuestras penas, y pido a Dios que me haga gozar con vos muchas alegrías... Pongo un beso en esta página, que ella os lo lleve lleno de religiosa y fiel ternura» (1).

Es, en verdad, el eco directo de Teresa de Avila, tan respetuoso de la amistad, de la cual conoció ella el precio y el beneficio y mostrábalo a sus hijas como un don de Dios : «Cuando conozcáis, hermanas mías, a una de estas almas (muy adelante en el castillo interior), vuestra madre priora debe procurar todas las diligencias posibles para llevaros a comunicar con ella. A tales almas, amarlas tanto como os sea posible. Es mucha verdad que su número es corto, pero cuando una persona llega a la perfección, el Señor no quiere que esté ignorada. Se os dirá, con seguridad, que una amistad de este género no es necesaria, que Dios os basta. Pero yo os digo que es un muy buen medio de llegar a Dios haber comunicación con sus amigos. Siempre se saca buen provecho. Por mi parte, si no estoy en el infierno, lo debo, después de Dios, a amigos de ese género» (2).

(1) Ob. cit., pág. 41.

(2) Obras, t. V.

Estas citas, un poco largas, mostrarán mejor que todo comentario el vivo equilibrio divino y humano donde se sostiene una verdadera hija de Santa Teresa, sana, franca, recta, alegre y perfectamente libre en Dios, en el que desenvuelve su vida entera.

* * *

Muy raramente, pues, la puerta de clausura se abre ante un visitante. Los soberanos y su séquito, y las fundadoras, son admitidos, siguiendo una antigua tradición, y a quienes una delicada discreción les lleva a menudo a beneficiar. Los cardenales y el obispo de la diócesis son igualmente admitidos cuando van acompañados de algún otro sacerdote. El confesor penetra en la clausura para administrar los Sacramentos, como penetran los médicos, los dentistas, etc., cuando su presencia es necesaria; y asimismo los artesanos, requeridos por indispensables trabajos.

Cada cinco años tiene lugar, generalmente, la visita canónica, ya hecha por el obispo, ya por el superior de la Orden, asistidos siempre por un sacerdote que permanece cerca de ellos, las horas pasadas en el monasterio.

En el locutorio, y tras la reja libre de su cortina, la Comunidad, en blanco manto y levantado el velo, recibe al obispo, al canto del «VENI CREATOR»; luego, cuando se han retirado todas, vienen una a una a conversar li-

brememente con el visitador, quien no es introducido en la clausura, sino después de haber visto en particular, a todas las religiosas.

Ante él y su asistente, la puerta se abre, encuadrada por dos largas filas de largos velos negros que recaen sobre el hábito blanco y moreno, las cuales se arrodillan en silencio, mientras que la priora, colocada entre la alta cruz y los cirios encendidos, le ofrece, por mediación de su ayudante, el agua bendita que reciben todas las religiosas sucesivamente, y asimismo el crucifijo, el cual besan.

Al sonido de las campanas, y al canto del «TE DEUM», la procesión, precediendo al prelado, lo conduce al coro, y no procede a la inspección del monasterio—acompañado de la priora, subpriora y dos de las claveras, una de éstas llevando el agua bendita—antes que las religiosas hayan vuelto a sus celdas.

De este modo escolta el grupo al prelado, cuyo cinto púrpura y el precioso anillo, hacen deslizar cambiantes reflejos sobre los pobres muros blancos, como una súbita alegría colorea repentinamente un rostro pálido, con una gotita de sangre. Y mientras monseñor entrará de nuevo en su palacio episcopal, su visita dejará en el corazón humilde y confiado de las hijas penitentes en la ruda vida del amor una furtiva estela de gozo; un consuelo de haberse inclinado antes de la partida del padre bajo su bendición, para una absolución general.

El confesor—ya lo hemos dicho—no penetra en la clausura sino para asistir a las enfermas, cerca de las cuales él se mantiene «vía recta», y según la más amplia tolerancia, como recomiendan las constituciones: «Todas las religiosas, encontrándose gravemente enfermas, y aún sin haber peligro de muerte, pueden llamar no importa qué sacerdote, autorizado para las confesiones de mujeres, aunque no esté designado por esta Comunidad, y confesarse con él durante el tiempo que dure la grave enfermedad, tan a menudo como ellas lo deseen, sin que la priora se lo pueda impedir ni directa ni indirectamente.»

El espíritu de Santa Teresa no ha cesado pues, jamás, de ser íntegramente mantenido en este punto. El relato de su vida, está lleno de la rebusca angustiosa de un alma sacerdotal que pueda iluminar y guiar la suya. Repetidamente insiste sobre la necesidad, para un alma de oración, de confiarse a un director experimentado; mas también, sobre la dificultad de encontrarlo..., es preferible a pesar de todo, el carecer de él, que equivocarse en su elección. Por ello hay que pedir con insistencia a Dios el procurarle ese gran bien al alma:

«Así, que importa mucho ser el maestro avisado, digo de buen entendimiento, y que tenga experiencia: si con eso, tiene letras, es de grandísimo negocio. Mas si no se pueden hallar estas tres cosas juntas, las dos primeras

importan más, porque letrados pueden procurar para comunicarse con ellos cuando tuvieren necesidad. Digo que a los principios, sino tienen oración, aprovechan poco letras. No digo que no traten con letrados, porque espíritu que no haya comenzado en verdad, yo más le querría sin oración, y es gran cosa letras, porque éstas nos enseñan a los que poco sabemos, y nos dan la luz; y llegados a verdades de la Sagrada Escritura, hacemos lo que debemos: ¡de devociones a bobas, nos libre Dios!» (1).

Sin estrechez alguna de espíritu, sin particularismo, sin exclusivismo contra ninguna familia religiosa, Santa Teresa buscó la luz en todas las direcciones donde ella creyó poder encontrarla. Franciscanos, jesuitas, dominicanos, carmelitas, sacerdotes seculares, fueron sucesivamente sus consejeros o sus guías, y ella se aplaudía siempre el haber dado a su alma estos diversos sustentos, cuyo conjunto le resultó como un alimento completo.

Esta flexibilidad en la dirección, ella la reclama abiertamente para sus hijas:

«Yo sé, qué terribles tormentos aguantan en otros monasterios donde se ha apretado demasiado la libertad para los socorros espirituales. Una alma así ligada, no puede servir bien a Dios; el demonio la tienta por ahí. Y contrariamente, cuando tienen la libertad de esco-

(1) Ob. cit., t. I, pág. 105.

ger, ni hacen ningún caso, ni quieren aprovecharse» (1).

También las Constituciones se hacen eco fiel de esta soberana prudencia de la fundadora, y sus textos merecen ser citados en testimonio de esta amplitud de miras, que es una de las notas dominantes del espíritu carmelitano : «Si una religiosa, por la paz de su alma o por avanzar mejor en los caminos de Dios, juzga necesario el tener un confesor o director de conciencia especial, podrá pedirlo al ordinario, quien velará para evitar todo abuso. A cada Comunidad se dará, además, un confesor extraordinario, quien irá al monasterio lo menos cuatro veces por año, y a quien todas las religiosas deberán presentarse, al menos para recibir su bendición.

»Los ordinarios designarán en seguida, para cada monasterio, algunos sacerdotes, a los cuales las monjas puedan fácilmente recurrir en casos particulares, sin ningún permiso. Así pues, si una religiosa pide uno de esos confesores, no está permitido a ninguna superiora de informarse por ella misma o por otras, directa o indirectamente del motivo de esta demanda, o de oponerse en palabras o en actos ; o asimismo por no importa qué razón, el mostrar que por ello está descontenta. Si, a pesar de las prescripciones precedentes, una religiosa, por la tranquilidad de su conciencia,

(1) «Cartas», t. III, pág. 105.

se presentara en un lugar, debidamente aprobado para las confesiones, y a no importa qué sacerdote aprobado por el ordinario diocesano, para escuchar las confesiones de mujeres, su confesión será válida y lícita. La priora no puede prohibir esas confesiones ni interrogar sobre ellas, ni aún indirectamente» (1).

* * *

Las hijas de Santa Teresa guardan la nostalgia de esa solitaria montaña palestiniiana, donde ellas fueron engendradas en el Espíritu. El desierto no ha cesado nunca de atraerlas, y las Constituciones de los religiosas carmelitas prescriben que, en cada provincia, haya un «Santo Desierto», donde se entreguen únicamente al oficio divino y a la contemplación (2), y en la Orden entera, el retiro del Señor. en el desierto, se conserva como una tradición viva y fecunda.

Numerosos monasterios viven, desde el 6 de enero al 15 de febrero, en ese misterio «de un Dios, adorando a un Dios», guardando soledad completa; y conmemoran la salida de Nuestro Señor del desierto, con una piadosa e íntima ceremonia: Durante toda la noche del 14 y el día del 15, una guardia de amor se coloca ante el Santo Sacramento expuesto; las religiosas rezan largamente en unión con los

(1) «Constituciones», pág. 130.

(2) «El Carmelo», por un Carmelita descalzo, página 31.

coros de los ángeles ; renuevan sus votos, y luego llevan procesionalmente al refectorio la estatua de Jesús.

«Después de haber ayunado cuarenta días y cuarenta noches, Cristo tiene hambre—refiere San Mateo en su cuarto capítulo—, y después de haber sufrido los asaltos del demonio tentador : «Retírate, Satán, le dice el Salvador ; pues está escrito : Tú adorarás al Señor, »tu Dios, y no servirás si no a a El». Entonces el demonio le dejó y los ángeles se aproximaron y le sirvieron.»

En memoria de esto, las piadosas acompañantes del Señor, en su pobre refectorio, le sirven una comida, que El acepta, puesto que un pobre llama en seguida a la puerta, y se lleva gozoso el humilde festín (1).

A pesar del recogimiento y el silencio de cada una de sus jornadas, las carmelitas sienten la necesidad de sumergirse, durante algún tiempo del año, en una soledad acrecentada. No solamente cada mes, un día de retiro, las recluye aún más que de costumbre en su celda, y de tiempo en tiempo un predicador viene a darles un retiro platicado, sino que todos los años, por turno, se suprimen de la Comunidad durante diez días.

En el jardín, se construyen generalmente pequeñas ermitas, compuestas de un oratorio y un cuartito, donde las religiosas van a bus-

(1) Madre Maríe de Jesús, pág. 101,

car el desierto, y a colocar, a través de los siglos, sus pasos en los pasos de sus antepasados espirituales, los grandes solitarios. Desierto—o más bien oasis de pureza e íntima unión con Dios—que deja el alma iluminada y desbordante de alabanzas ; tal la de San Jerónimo, celebrando los beneficios de la soledad.

«¡ Oh, desierto, esmaltado con las flores de Cristo ! ¡ Soledad donde nacen las piedras misteriosas, con las que está construído en el Apocalipsis la ciudad del gran Rey ! ¡ Santo retiro, donde se goza de la familiaridad del mismo Dios ! Hermano, ¿ qué haces en el mundo, tú que eres mayor que el mundo?... ¿ Por qué permanecer en la sombra sofocante de los techos? ¿ Por qué quedar prisionero en la jaula dorada de las grandes ciudades?... Créeme, yo no sé, pero yo veo aquí más luz. Aquí, libertado del peso del cuerpo, el alma toma su vuelo hacia los cielos» (1).

En la época aniversario de su profesión, la religiosa se prepara, si ello es posible, para la década de soledad . Al final del recreo de la tarde, ella solicita la bendición de su priora y las oraciones de sus hermanas, y desde el día siguiente por la mañana, se retira, ya en su celda, ya, lo más frecuente, en una ermita, que dejará cada noche, para tomar como de costumbre, su reposo, en el interior del monasterio.

(1) Carta a Heliodoro.

Durante estos días de soledad, no aparece en Comunidad más que para la oración de la tarde, la misa, y la recitación de las pequeñas Horas.

Sola toma sus comidas ; sola pasea por el jardín, y sola permanece en gran silencio durante todo el día, sin hablar, salvo con la priora, quien ha regulado de antemano con ella el plan de su retiro, y le da los permisos necesarios para las austeridades corporales que acompañan a sus prácticas espirituales, las cuales están siempre sometidas a la obediencia.

Dos horas de oración, añadidas a las dos previstas por la Regla ; dos, lo menos, de trabajo manual, con las lecturas, reflexiones y meditaciones, llenan los días que transcurren demasiado deprisa, donde el alma, aligerada, se eleva más cerca de Dios...

En la noche del décimo día, cumple en el refectorio la tradicional penitencia de la acusación de las faltas exteriores, y al día siguiente, a la terminación de la misa, la priora, después de dirigirle algunas frases confortantes, le levanta el negro velo con el cual ella ocultaba su rostro para aislarse de sus hermanas, y la reintegra a la vida común.

¡ Cuántas veces, en el transcurso del año, evocará, con el deseo de revivirlos, estos días de mayor austeridad y de más vivo amor, como otros se fortifican al humano recuerdo de los días de intimidad entre los seres amados !

Con su madurez religiosa, crece su amor por esta clausura que le filtra la vida del mundo para no dejarle percibir sino un eco purificado.

En un impulso de gratitud, ella podría, imitando a Santa María Magdalena de Pazzi, besar estas altas murallas que encierran su amor, y que son para ella más queridas que la cámara nupcial a la esposa carnal, puesto que, sirviendo de prelude al abrazo eterno, ellas le permiten, desde aquí abajo, una unión completa con el Esposo Crucificado.

VIII

LA ULTIMA ETAPA

¿Qué es—decía Teresa de Avila—, que es nuestra vida de renunciamiento? «Pasar una noche en una mala hostería ; eso es todo»... Sí, breve como una noche que deja bajo los párpados, cerrados, un rayo luminoso, y el alba eterna...

¿Cómo, Señor, por este corto esfuerzo terrestre se anuncia ya la felicidad sin fin... He aquí la vejez de la sierva de Dios. Como un mantel de lino blanco, bordado para el altar con dibujos minuciosos y regulares, así está desplegada su vida allí, ante sus ojos, quienes, desde tanto tiempo, fijan su mirada en esa ribera de paz donde hay que abordar...

Ay !, ¡ qué prestos pasan los días de la criatura, y cómo ella los hubiera llenado mejor, si, con lúcida mirada, hubiera tenido siempre, como hoy, medida la brevedad del tiempo y la inmensidad del más allá !...

La casa familiar, los hermanos, el padre, la

madre, de quienes ha sido necesario separarse, a costa de un rompimiento del cual su corazón no ha cesado jamás de vibrar, ¡ qué lejanos y qué cerca le resultan al mismo tiempo!... Su traje de desposada no ha perdido aún la forma y el perfume de su carne..., y el doblar de la campana, sonando sobre su juventud, mientras que el «MAGNIFICAT» contaba en su alma sangrante y gozosa, he aquí que va a sonar de nuevo; mas esta vez, de debajo del negro manto, ella no se levantará más, y un himno eternal es lo que cantará entonces...

El tiempo del mérito concedido por Dios ha terminado, y ha llegado la hora en la que ella—que a los ojos del mundo pareció insensata y despreciable— va a rendir el último testimonio a la Sabiduría Suprema, quien, ante su pobre sayal monástico, entreabre ya las puertas del reino de la Gloria.

Numerosas son en el Carmelo, las vidas que se consumen hasta la extrema vejez en el servicio del Señor, y la emocionante ceremonia del jubileo señala, algunas veces, el medio siglo de profesión religiosa de una monja. Es entonces, como un soplo matinal, que pasara cargado de recuerdos llenos de emoción, sobre la anciana religiosa, de corazón y ojos siempre cándidos...

¡ Qué emoción siente cuando, detrás de la cruz y de los candelabros, viene a buscarla hasta su celda toda la Comunidad—a ella, ¡ tan

humilde !—, en una procesión, terminada por tres novicias cargadas con los atributos de su piadoso triunfo : el cirio, la corona, el palo crucial, enguinaldados los tres, con flores !...

«Venid, venid, esposa de Cristo, a recibir la corona que el Señor os ha preparado para toda la eternidad...» Entonces ella, arrodillada como lo estaba hace cincuenta años, cerca de la reja sin cortina, descubrirá al mundo ese rostro marchito, cuya juventud, estrictamente ocultada, fué ofrecida a la sola mirada del Esposo...

Oficia el obispo mismo, reclamando nueva abundancia de bendiciones sobre esta vida declinante, y luego, con las palabras de antaño, vuelve a interrogar : «¿Qué pedís?...» Y la religiosa, arrodillada como sobre el borde de su tumba, sin ese ardor del primer juramento, mas en la aquiescencia garantizada por toda una vida, responde con una adhesión sin sentimiento del pasado ; con una gratitud grave y profunda : «La misericordia de Dios, la gracia del Jubileo y la de prepararme santamente a la muerte». Después, coronada, bendecida, el palo crucial en la mano, y cuando el «TE DEUM» ha hecho subir hacia el Señor la acción de gracias, y después de haber abrazado cada una a la jubilada salmodiando una vez más el canto cuya verdad es experimentada de año en año más intensamente : «¡ Qué bueno, qué hermoso es, para las hermanas el habitar en uno !...» Vuelve la Comunidad a la inti-

midad del monasterio, llena de una emocionante alegría, precursora de los gozos celestiales, preparados allá en lo alto para el alma fiel...

Tras estos tardíos gozos humanos, e igual que un cortejo de sombras grises, he aquí las pruebas del anochecer de la vida, penetrando solapadamente... ; las debilidades, la enfermedad, la muerte... Pero en esos días de sufrimiento y de inmovilidad, donde el ser parece disgregarse ya, ¡cuán protegida no se sentirá la religiosa por las plegarias y los afectos que la rodean !...

Permaneciendo en el mundo, quizá, lejos de los suyos, o habiéndolos cruelmente sobrevivido, tal vez conociera el dolor de la agonía solitaria...

Cierto, Señor—se dice ella—que la mejor ruta es la que yo he escogido, al seguir, en la encrucijada de los caminos que se presentaban a mi juventud, la que conducía a vuestro palacio sellado. Vos estáis aquí, a mi cabecera, con la Virgen María y los ángeles del Paraíso ; sí, mi alma os adivina, mientras que una madre y hermanas oprimen mis manos ; posan sobre mis ojos su mirada afectuosa, y refrescan dulcemente mis labios febriles...

«Antes debe faltar lo necesario, a las que se encuentran bien—dicen las constituciones—, que el alivio a los enfermos.»

En un sillón reposa su cuerpo cansado ; la almohada y las sábanas de lienzo, son frescos

y agradables a sus miembros doloridos, y, con una confianza obediente, ella se abandona a los hábiles cuidados de la enfermera.

Ante el ejercicio de la caridad, cede la regla del silencio; sus hermanas la visitan y le hablan dulcemente. Y su lecho se coloca cerca de la ventana, para que pueda gozar, hasta el último momento, de la divina creación; y las flores, como asimismo las espigas de trigo, le llevan el perfume del jardín y del campo... Los corazones dejan desbordar su calor, para sostenerla contra el aliento frío de la muerte, y le prodigan los tesoros del amor, que hace «que se viva en los otros más que en sí mismos». La madre priora, con frecuencia durante el día y en el silencio de la noche, la consuela y conforta con sus dulces palabras y cuidados. El sacerdote, portador de las gracias, se sienta cerca de la cama, enviándole el deseo bendito: «PAX HUIC DOMUI», y Jesús viene a ella en su Eucaristía...

La paz interior domina las últimas ansias, en el doloroso combate que hizo exclamar a Elisabeth de la Trinité, moribunda: «¡Qué solemne es la hora en la que yo me encuentro! El más allá es sorprendente; me parece habitarlo ya desde mucho tiempo, y, sin embargo, es lo desconocido... ¡Oh! ¡Qué necesario es rogar por los moribundos!... ¡De buena gana yo pasaría mi eternidad cerca de ellos, para asistirles, pues la muerte tiene algo espantoso!... ¡Ella debe ser terrible para los que no

han vivido sino en los placeres, y están tan unidos a este mundo ! Yo, desligada por completo de todo, siento, sin embargo, un sentimiento indefinible, alguna cosa de la justicia y de la santidad de Dios. Tengo consciencia de que la muerte es un castigo y, ¡ me encuentro tan pequeña, tan desprovista de méritos !... ¡ Qué necesario es llevar la confianza a los agonizantes !... »)

Todos los apoyos del cielo vienen a ayudarla en la lucha y el monasterio es un solo corazón, lleno de súplicas y plegarias.

La moribunda renueva entonces su adhesión a la fe católica ; el compromiso de sus votos ; implora el perdón de su priora y de sus hermanas, que le hacen la misma demanda, y presenta luego a la santa unción sus miembros consagrados al Señor por una purificación suprema. Y todas, con una sola voz, imploran al Dios bueno y temible, y dirigen hacia El el grito penitente de los siete salmos ; luego, como en la noche de la batalla, todos los refulgos son lanzados al último asalto, la milicia celeste es llamada al socorro del alma que muere, y las letanías de los Santos se desgranaban en el silencio donde los vivos rodean invisibles presencias.

En adelante, noche y día, permanecerán a su lado dos de sus hermanas, y el crucifijo no cesa de ofrecerse a sus miradas. Fraternalmente, y con una infinita compasión, sus compañeras la sostienen, la exhortan y expresan los

sentimientos de amor y de arrepentimiento, que ya no pueden subir más, de su corazón a sus labios...

Cuando el sudor helado perlée su rostro, y las sombras violáceas recorran su palidez, entonces, por las bocas amigas, se elevará la voz secular de la Iglesia : «¡ Partid de este mundo, alma cristiana, en nombre de Dios, el Padre omnipotente que os ha creado ; en nombre de Jesucristo, Hijo de Dios viviente, que ha padecido por vos ; en nombre del Espíritu Santo, que ha descendido sobre vos ; en nombre de los Angeles y de los Arcángeles ; en nombre de los Tronos y de las Dominaciones ; en nombre de los Principados y de las Potencias ; en nombre de los Querubines y de los Serafines ; en nombre de los Patriarcas y de los Profetas ; en nombre de los Santos Mártires y Confesores ; en nombre de las Santas Vírgenes y de todos los Santos y Santas de Dios !

»¡ Que vuestra mansión sea hoy en la paz, y vuestra morada en la Santa Sión, por Jesucristo Nuestro Señor !... ¡ Que la tropa gloriosa de los Angeles vaya delante de vuestra alma, cuando ella salga de vuestro cuerpo ! ¡ Que la asamblea de los Apóstoles, que debe, con Dios, juzgar el Universo, os acoja favorablemente !... ¡ Que la armada triunfante de los mártires se recocije a vuestra llegada ! ¡ Que la resplandeciente reunión de los Confesores os rodee ! ¡ Que el coro gozoso de las Vírgenes os reciba ! ¡ Que, admitida en el se-

no de Abraham, todos los Patriarcas os feliciten y os abracen ! ¡ Que Jesucristo se muestre a vos, lleno de dulzura y alegría !... ¡ Que ese Pastor os reconozca por una de sus ovejas ! ¡ Que El os perdone todos vuestros pecados y os coloque a su derecha con el nombre de los elegidos ! ¿ Podréis mirar a vuestro Redentor cara a cara ? ¿ Podréis contemplar sin cesar a ese Dios de la verdad ? ¡ Colocada en el puesto de los bienaventurados, id a gustar las dulzuras del júbilo y de la contemplación divina, por los siglos de los siglos ! »

Las súplicas se suceden ininterrumpidas ; se implora la libertad ; la Sangre de Jesús, derramada por esta alma, hoy presa en las tinieblas de la muerte, es invocada, y una ardiente llamada sube de las palabras sordamente pronunciadas...

« ¡ Oh, Señor ! En vuestras manos encomiando mi espíritu !... El minuto es inmenso. El cielo toca un instante la tierra, jadeante de angustia, por libertar a esta alma que se « va a la luz, al amor, a la vida », y no « siente el entregarse al Amor... »

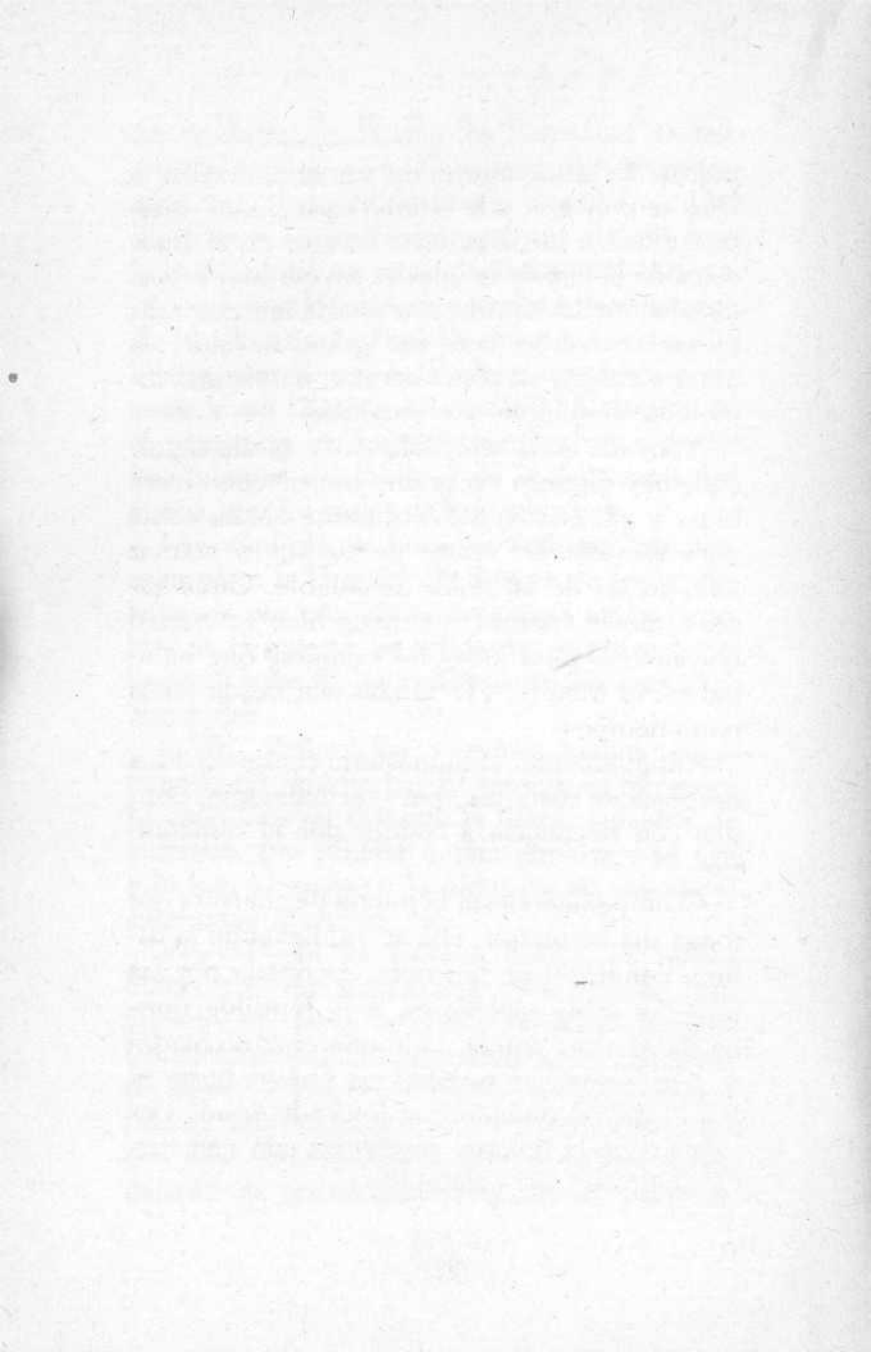
Vestida con su morena túnica, el manto blanco y el velo negro, desnudos los pies, descubierto el rostro, la cruz y la cédula de profesión entre sus manos enlazadas, y coronada de flores, la carmelita reposa entre las plegarias de sus hermanas, que en todo el tiempo que ella permanezca de cuerpo presente, no dejarán de envolverla. Más allá de los altos

muros, la gran nueva de un alma vuelta a Dios se propaga, y la familia carmelitana entera, se une a la plegaria... Luego, en el coro, cerca de la reja de la iglesia, sin cortina, extendida sobre un sayal, y a sus lados dos religiosas cubiertas con sus grandes velos, la muerte enseña su rostro sereno, de víctima inmolada en el júbilo y el sacrificio...

Apoyada en la reja, sola en la iglesia sepulcral, hay algunas veces una mujer con entero luto; y allí está, inmóvil durante horas, como para saciarse del rostro de su hija y colmar todo su ser de un dolor inagotable. Otras veces también, nadie... Aunque bien es verdad que muerta para todas las criaturas que habitan en el mundo, ¡lo estaba ella desde hacía tanto tiempo!...

Antiguamente, el monasterio conservaba los despojos de sus hijas; pero, actualmente, obligan con frecuencia a conducirlos al cementerio.

Acompañada hasta la puerta de clausura por todas sus hermanas, ella se va, llevando la última bendición de la priora, escoltada por las torneras y los sacerdotes, a la humilde tumba monástica, donde, bajo una cruz de madera, reposarán sus humillados huesos hasta el gran estremecimiento que los enderezará, victoriosos de la muerte, revestidos con una carne gloriosa... para siempre.



IX

EN LA UNIDAD DE LA CARIDAD POR LA MUERTE Y EL JUBILO

Cómo desde la estrecha ventana de un faro aislado sobre su alto promontorio, ve el vigilante encuadrarse el horizonte y las costas lejanas, lo mismo se desarrolla, en el cerrado campo del Carmelo, el panorama del mundo.

Desposarse con Jesús es, al mismo tiempo, desposarse con las criaturas presentes en el Calvario, en el divino pensamiento redentor, y extender su alma hasta más allá de los confines de la tierra, para conglobar a la vez la Iglesia militante con las ánimas del Purgatorio.

Una red de hilos secretos, que domina los acontecimientos terrestres, volviendo a atar tierra y cielo, se anuda en cada casa consagrada a Dios. En las ciudades y campos, las gentes de armas batallan; mas la victoria la concede el Señor a la súplica de dos manos frágiles, levantadas hacia el cielo, para ofrecerle el holocausto de un corazón puro y mortificado.

A través de la apacible morada, penetra el sufrimiento de los hombres ; y, caridad suprema, allí encuentra corazones que cargan sobre ellos, el dolor de otros corazones desconocidos y fraternos.

Y así como en el orden humano las generaciones se suceden para sostener una fundación ancestral, en el Carmelo, una serie de almas, consagradas al amor reparador, cooperan a la Pasión de Cristo ; cargan con los pecados del mundo, los rescatan a precio de sangre, y hacen descender una lluvia purificadora sobre los mismos de quienes han recibido las heridas.

¡ Pequeño monasterio silencioso, en el recodo de una calle provinciana, o en el pliegue de algún vallecillo ! : eres la piedra angular de las vastas empresas para la gloria de Dios ; punto de apoyo de las almas levantadas hacia Jesús en la fe y la penitencia ; miliario de oro, de donde parten los caminos hacia las cinco partes del mundo, para conducir a la unidad del redil del Padre, a todas las ovejas dispersas...

« Yo me santifico por ellos—decía Jesús pensando en cada uno de nosotros—a fin de que ellos sean santificados en la Verdad... » Y esto es lo que hace la carmelita ; la vida divina en ella, debe expulsar definitivamente todo egoísmo, toda adhesión a sí misma. Ninguna mira interesada en su sacrificio ; ella no descuenta su salario... ¡ Que el reino del Señor

vibre en todas las almas, en toda la tierra ; este es el triunfo de su inmolución ; aquí reside ese gozo que nadie le podría arrebatar... El amor al prójimo es la medida de su verdadero amor a Cristo ; ella sabe la preeminencia del don espiritual sobre otro cualquier beneficio, y, por la salvación de un alma, estaría pronta, imitando la caridad heroica de Teresa de Avila, a permanecer en el Purgatorio hasta el día del juicio, y quizá también a seguir a Elisabeth de la Trinité en ese insuperable ímpetu de amor, que la hacía exclamar :

« ¡ Ah !, vos sabéis, vos que leéis en mi corazón, que si yo deseo sufrir tanto y dejarlo todo por Vos, no es por evitarme algunas llamas del Purgatorio, sino únicamente para consolaros, ¡ oh, mi Bien Amado ! Si Vos lo quisierais, yo estaría presta a vivir en el Infierno para que, desde ese abismo infernal, montara sin cesar hacia Vos la plegaria de un corazón que os ama ! » (1).

¿ Qué amor terrestre sabría encontrar acentos tales ; consentir una oblación tan completa?...

Nunca discerniremos mejor el verdadero rostro del Carmelo, como escudriñando los rasgos de las que vivieron a su sombra ; jamás sorprenderemos los misterios de su alma gozosa en su renunciamento, sino penetrando en la hendedura quemante, que súbitamente, co-

(1) Ob. cit., pág. 63.

mo la lava del volcán, agita con su fuerza irresistible la montaña, o que, alentando su ardor, se hunde en lo más íntimo del ser, bajo el empuje de un amor incoercible, que brota sobre el mundo como una llama consumante...

Y es aún Teresita de Lisieux quien, con un trazo neto, fija la actitud de la carmelita, atenta al pie de la cruz, continuando la Redención :

«Un domingo, al cerrar mi libro al final de la misa, una imagen, representando a Nuestro Señor en cruz, resbala un poco fuera de las páginas, no dejándose ver más que una de sus divinas manos, horadada y sangrante.

»Yo experimenté entonces un sentimiento nuevo e inefable. Mi corazón se fundía de dolor, a la vista de aquella sangre preciosa que caía a tierra sin que nadie se apresurase a recogerla ; entonces decidí estar constantemente en espíritu, al pie de la Cruz, para recibir el divino rocío de la salvación y esparcirlo en seguida sobre las almas.

»Después de este día, el grito de Jesús agonizante : «Tengo sed», resuena a cada instante en mi corazón, para encender allí un ardor desconocido y vivísimo.

»Yo quería dar de beber a mi Bien Amado ; yo me sentía devorada a mi misma por la sed de las almas, y quería, al precio que fuera, arrancar a los pecadores de las llamas eternas... Era un verdadero cambio : En las almas, yo vertía la sangre de Jesús, y a Jesús

ofrecía esas mismas almas, refrigeradas por el rocío del Calvario.

»Así pensaba yo calmar su sed ; pero cuanto más le daba a beber, más aumentaba la sed de mi pobre alma, y yo recibía esta sed ardiente como la más deliciosa recompensa» (1).

A los pies del Señor, y en unión con la universalidad de las criaturas, se prosterna la carmelita, y en su penitencia, como en su oración, su intención tiene presentes las múltiples necesidades de las almas—y muy especialmente de las almas sacerdotales—, de la Iglesia, del mundo entero...

Es cierto que de su contemplación no deriva, como de sus hermanos en religión, una acción apostólica, permitiéndole marchar para las misiones, que, desde el tiempo de Teresa de Avila, fueron fundadas por el Padre Jerónimo Graciano en las Indias y en el Congo ; pero estas almas lejanas, nacidas a la fe católica. ¿hubieran sido tan numerosas, a no ser engendradas por su plegaria mortificada?

Tal religiosa, se consagra por entero a la conversión de los infieles ; tal otra, se ofrece por el retorno de Israel a su Mesías, o por la unión de las Iglesias disidentes...

«Estos pobres indios, me cuestan muchas lágrimas», escribía, desde el fondo de su monasterio de Toledo, Teresa de Avila, a su hermano Lorenzo, que residía entonces en Li-

(1) «Une rose effeuillée», págs. 90 a 92.

ma... Y este grito, es el grito de un corazón latiendo al unísono del corazón divino, y que sabe con qué agonía fué rescatada cada una de esas almas...

Los acontecimientos públicos repercuten su eco a través de los monasterios carmelitanos, en proporción de sus consecuencias para el reinado de Dios, tan frecuentemente deseado en el curso de un día.

Ana de Saint-Barthélemy, luchando sin desarmar contra el cielo, salva a Anvers, con la sola fuerza de su plegaria.

En los tiempos de las elecciones legislativas, los monasterios redoblan sus rigores corporales y sus oraciones, como para hacer violencia al Señor. Tal, esa priora que, según el testimonio de sus hermanas, interrumpía entonces su sueño hasta tres veces por noche para recorrer las estaciones del «VIA CRUCIS», en una súplica, cuya vehemencia sólo Dios la sabe, y, al día siguiente de la declaración de guerra, irguiéndose como un escudo entre el Dueño del Mundo y el frente del combate, invitaba a sus hijas a las más rudas inmolaciones, gritando: «¡Economicemos sangre, por el amor!»

Sí, cada Carmelo, es verdaderamente, una cima, cuyo extremo va hasta los cielos, a buscar la luz y la protección, para esparcirlas sobre el mundo. Una morada de elección, donde no pueden vivir sino las almas lo bastante fuertes para respirar la atmósfera de la verdad

plena; la atmósfera que consume todas las pequeñeces humanas; todo lo relativo, todo lo transitorio, para hacer sitio al gran pasaje del Señor...

Así lo dice un amigo del Carmelo: «La mística tiene sus primarios; devotas personas demasiado conscientes de su gracia; demasiado deseosas de que éste se tenga en cuenta; demasiado deslumbradas por los términos sublimes que ellas tienen siempre en boca... Pequeña extravagancia, con la cual, la divina indulgencia, es menos severa que nosotros, mas quien hace a la santidad misma poco atrayente.

»En su conjunto, los Carmelos—los que la historia nos muestra y los que yo he tenido el íntimo gozo de ver por mis ojos—, no conocen primarios» (1).

Para un alma, devorada del celo de Dios, ¿no es el mayor acto de fe y el más perfecto renunciamiento; esa inmovilidad muda, en la que ella se tiende ante el Señor, sin dudar jamás—siguiendo la palabra de su padre, San Juan de la Cruz—de que «el más pequeño movimiento de amor puro no sea más útil a la iglesia, que todas las demás obras reunidas». y que la sabiduría, soberanamente eficaz, sea la de consagrarse cada vez más intensamente al amor solitario?...

(1) Henri Bremond, «Histoire littéraire du sentiment religieux en France», t. II, pág. 361.

Como María Magdalena, ella rompe con un solo gesto el vaso precioso de su vida, para derramar silenciosamente el perfume sobre los pies de Jesús, hasta la última gota, en una «libación de amor...»

Por la humildad de su sierva, el Señor hace entonces grandes cosas: Continuando la encarnación, la mujer estéril a los ojos del mundo, participa en la acción divina, puesto que de su carne y de su alma penitente, el Cuerpo místico de Cristo—cuya inefable gestación verá señalado su término, por el último elegido—extrae un misterioso crecimiento.

«¡ Oh, Dios!—suplicaba Santa Catalina de Sena—, hacednos vivir muertos en la verdadera y perfecta luz». Pues es en esta luz donde la criatura, llamada a la reparación y al amor, ve las almas en Dios; en esta muerte, donde reside su gozo, fruto de la caridad, «harmonía de todas las potencias con la voluntad de Dios», cambio indecible entre el Corazón de Dios y el corazón del hombre, y del corazón del hombre al corazón de su Dios; alegría celestial, injertada en el madero de la Cruz, cantada a lo largo de los siglos por los que, marcados con el sello de la verdad absoluta y del amor inmolado, pertenecen a «ese pueblo bienaventurado que conoce el júbilo» y conoce él sólo las palabras para expresar la celeste alegría de su corazón: «Ningún gozo es comparable al que irradia nuestro cielo: Gozo de amar; gozo de pertenecer a Dios; de estar

consagrada a El ; gozo de vivir una vida verdadera, llenos los ojos de claridades sin término ; gozo divino de la comunión de los Santos ; gozo inenarrable de seguir al Señor hasta el fin, hasta el Calvario ; gozo por encima de todo otro gozo, el de ser verdadera esposa ; gozo que nada altera, que nada modifica ; gozo que forma la cumbre gloriosa e inmutable de nuestra vida interior...»

Mas, ¡ cómo es necesario morir para sí, para ser constituido de ese modo en la alegría y los intereses del Maestro ! ¡ Cómo es preciso haber conocido el misterio de la muerte y de la mortificación de Cristo ! ¡ Cuán adentro ha habido que penetrar en su aniquilamiento y en su sacrificio para ser establecido en su gozo inmortal... ! «Que mi júbilo sea en vos, y que vuestro júbilo sea perfecto» (San Juan, XV, II (1)).

(1) «Mère Marie de Jésus», pág. 259.

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE
LIBRO EN MADRID, EN LA
IMPRESA INDUSTRIAL
GRÁFICA, PALMA, XLIV,
Y NORTE, XXI, EL DÍA
XVII DE MARZO
DE MCMXXXI

E 4-3-638.

Cinco obras que no deben
faltar en ninguna biblioteca

Ayme Guerrín

Colette Yver

—
Jesús tal
como fué visto

—
San Pedro

Marie Gasquet

Santa
Juana de Arco

René Bazin

Jean Ravennes

—
Pío X

—
María de
Jerusalén

Exclusiva de Venta para España:

Sociedad General Española de Librería

Diarios, Revistas y Publicaciones (S. A.)

Madrid * Barcelona * Irún * Valencia
Sevilla * Granada * Burgos * Murcia

638

M. M.
VAUSSARD

EL
CARMELO



5

pesetas

Paris-Madrid